

Alejandro J. de Oto

EL VIAJE DE LA ESCRITURA

Richard F. Burton y el este de África



EL COLEGIO DE MÉXICO

EL VIAJE DE LA ESCRITURA
Richard F. Burton y el este de África

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

EL VIAJE
DE LA ESCRITURA
Richard F. Burton
y el este de África

Alejandro J. De Oto



EL COLEGIO DE MÉXICO

16.963

t88v

Oto, Alejandro J. de

El viaje de la escritura : Richard F. Burton y el este de África /
Alejandro J. de Oto. — México : El Colegio de México, Centro de
Estudios de Asia y África, 1996.

157 p. ; 21 cm

ISBN 968-12-0693-2

1. Burton, Richard Francis, 1821-1890-Crítica textual. 2. Burton,
Richard Francis, 1821-1890-Crítica e interpretación. 3. Narración
(Retórica).

Portada de Mónica Diez-Martínez

Ilustración de portada: David Roberts, *Grupo a la entrada del templo
de Amun en Goorna, Tebas*, litografía (fragmento), 1838.

Primera edición, 1996

D.R. © El Colegio de México

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

ISBN 968-12-0693-2

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	11
Agradecimientos	13

PRIMERA PARTE

Introducción. La presentación de las distancias: narrados y narrador en la encrucijada del este de África	17
Los motivos de una lectura	17
Sobre los contenidos y los temas	24
Una descripción de los capítulos	24
I. Las inscripciones del imperio y las tensiones	27
Los temas	27
Imperio y narraciones	27
Viaje-inscripción-escritura	44
Viajes e intersecciones	48

SEGUNDA PARTE

Presentación	61
Los tiempos y los espacios de la narrativa	61
Los motivos de los capítulos II y III	63
Advertencia	64
II. Cuatro tesis sobre la narrativa de R. F. Burton	65
Burton y el orientalismo. La mirada de Edward Said	65

El lugar y el orden. La mirada de Kathleen Zane	73
Las tensiones y las pertenencias. La mirada de Pallavi Pandit	82
Las tensiones y los contrapuntos. La mirada de Thomas Assad	89
III. Los primeros pasos y las intersecciones de las miradas	97
La elección del texto	97
Advertencia	98
La presentación del problema	99
Nota sobre el tiempo en <i>Primeros pasos...</i>	101
Orden y tiempo	101
Tiempos intersectados	106
Orden y espacio	111
Mirada, inscripción y orden	118
Espacios intersectados	119
Los itinerarios de una representación	127
En el este de África se interpretan papeles	128
Conclusiones. Los narrados, las intersecciones y las tensiones	135
Breve balance	135
Narrados e intersecciones	136
Distantes y próximos	145
Una nota biográfica acerca de Richard F. Burton	147
Trabajos de Richard F. Burton	151
Bibliografía	153

Para mis padres

PRÓLOGO

A mediados del siglo XIX, avanzado el proceso de consolidación del colonialismo europeo, las narraciones de viajeros en Asia y África se constituyeron en expresión de un lenguaje particular. Éste se concreta en lo que se ha identificado como *discurso colonial*. En realidad éste se compuso de una serie de “subtextos” que se fueron adaptando a las circunstancias históricas repitiendo a la vez ciertos temas que apoyarán el proceso de expansión del imperialismo europeo.

Pocas veces se han realizado estudios en profundidad de los textos y de los contextos en que se movieron o que crearon los viajeros europeos, como el que Alejandro De Oto ha llevado a cabo en el libro que ahora presentamos, *El viaje de la escritura. Richard F. Burton y el este de África*. Burton llegó a diferentes regiones de Asia y de África desde la Inglaterra victoriana. Sin embargo, no lo hizo solo sino acarreando un equipaje cultural y moral, e ideas preconcebidas que en el curso de los viajes/narraciones se quebraron o se reforzaron al confrontarse con los Otros culturales y con mundos desconocidos.

La narración de Burton muestra que se mueve en territorios marcados por el conflicto, en los que se cruzan el discurso colonial y los discursos propios de la gente de los lugares que se recorren. Es particularmente importante en este libro el acercamiento que se hace a los espacios menos normados por la dominación. Allí se producen respuestas que no son obvias para el observador de fuera. Es en esos espacios donde se centra el estudio de De Oto, en aquellas que llama “líneas de fuga”. Se presenta también una noción crítica de “los narrados” y, en general, de toda definición y perspectiva del Otro cultural.

El viaje de la escritura constituye un estudio exhaustivo en el cual “Imperio”, narraciones, diferentes tiempos, la población colonizada y sus diálogos con el “emisario/representante imperial” R. F. Burton, se entrelazan marcando un contrapunto en el cual ni personas ni paisajes son elementos pasivos. En ese ámbito de la narración marcada por conflictos se propone una perspectiva no lineal de lectura que resulta más rica que los análisis convencionales. De este modo, como hace el autor, se relativiza el poder de la escritura para construir el mundo según nociones de orden estrictamente controladas.

Alejandro De Oto nos ha dado no sólo un texto rico en análisis sino también un libro estimulante para continuar explorando las construcciones que se han hecho de las sociedades no occidentales, y para combatir esos “mundos imaginados” por el observador que lo hace desde una situación de lejanía o de poder.

Susana B. C. Devalle

AGRADECIMIENTOS

Este estudio es el producto de diálogos amables que he sostenido con varias personas de distintas geografías. Por esta razón, quiero agradecer a cada una de ellas el tiempo y las ideas que compartieron generosamente conmigo. En primer lugar a la profesora Susana Devalle, quien me apoyó con gran entusiasmo y paciencia, ofreciéndome comentarios inteligentes y un enriquecedor ambiente para la tarea crítica. Al profesor Romer Cornejo por generar en el espacio de sus cursos el inicio de las preocupaciones que atraviesan y ordenan este trabajo. Al profesor Manuel Ruiz por discutir parte de las ideas que aquí se expresan en un seminario llevado a cabo en el otoño de 1993. A las profesoras y profesores del área de África por todas las instancias de discusión que se abrieron en sus cursos. A la profesora Flora Botton por el constante estímulo y apoyo directo a mi formación académica. Todas estas personas son profesoras/es del Centro de Estudios de Asia y África (CEAA) de El Colegio de México, espacio en el cual pude encontrar durante tres gratos años el ambiente intelectual y material necesario para desarrollar ideas y discutir las de manera creativa, a la vez que me permitió entender y compartir mejor a México.

Quiero agradecer también al profesor V. Y. Mudimbe, de Duke University, por sus agudos comentarios sobre este trabajo en una conversación sostenida en diciembre de 1993. Al profesor John Page, del CEAA, por su amable disidencia respecto a mi escritura. Al profesor Ricardo Forster, de la Universidad de Buenos Aires, por su amistad y por varios años de compartir una misma pasión por la literatura de viaje. A Cecilia Zuleta por recordarme que éste era mi tema de estudio. A Mónica Cejas por los itinerarios de tres años y medio que terminaron en una gran amistad. A Wilda Western, Mauricio Fernández Picolo, Esteban Vernik y Juan Carlos Segura

por su calidez invaluable, por iluminar gran parte de lo que se discute aquí y por los buenos tiempos. A Joanna Bartow, una verdadera intelectual crítica, porque me enseñó que cruzar fronteras de todo tipo es posible: *a big hug!*

Carina Gálvez, de la Universidad de Granada, me ofreció el ejemplo de su trabajo académico y su afecto. A ella quiero darle el más profundo agradecimiento.

Por último debo aclarar que ninguna de las personas mencionadas es responsable de los errores que pudiera haber cometido y de las opiniones vertidas en este trabajo.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN.

LA PRESENTACIÓN DE LAS DISTANCIAS: NARRADOS Y NARRADOR EN LA ENCRUCIJADA DEL ESTE DE ÁFRICA

Far away so close
U2

LOS MOTIVOS DE UNA LECTURA

En el prefacio de un libro de Cristina de Peretti, Jacques Derrida se pregunta sobre “qué gestos se esperan de un prefacio”, y dice:

[...] quizás aquellos gestos que consisten en introducir, presentar, plantear o exponer, recopilar. Y, por supuesto al hacerlo, imponer, autorizar, conferir fuerza de ley a una evaluación, a un consejo, o incluso a una orden: “esto es lo que ustedes van a leer y lo que deben leer, lo que hay que leer, créanme, y éstas son las instrucciones, les digo también cómo hay que leer.” Es también prevenir: el prefacio viene a ponerles sobre aviso de antemano contra tal o cual error (Derrida, 1989: 10).

En una encrucijada similar se encuentra la presentación de este estudio. Las preocupaciones que lo ordenaron y le dieron forma en otras lecturas posiblemente desaparezcan. A pesar de ello, las páginas que siguen tienen la esperanza de conducir la lectura a través de una tarea crítica con ciertas nociones acerca de las miradas imperiales y la escritura de viaje correspondiente.

Imponer un orden parece una tarea ardua. Sin embargo, muchas instancias de la superficie textual remiten a ámbitos acota-

dos en el escenario de representaciones que un orden determinado permite. Este trabajo es justamente el análisis de uno de los intentos de imposición de uno de esos órdenes en los territorios del África del este en el siglo XIX: la narrativa de *Primeros pasos en el este de África. Una exploración a la ciudad prohibida de Harar*.¹

Implica también, y fundamentalmente, una estrategia de lectura que intenta recuperar para nuestra mirada los espacios menos visibles de esta narrativa. En este sentido, la perspectiva política que guía este trabajo se asienta sobre la sospecha de una serie de afirmaciones implícitas y explícitas.

En principio hay aquí una crítica a la idea de las dualidades entre el mundo de los narradores y el mundo de los “narrados”. Es frecuente encontrar en textos críticos esta perspectiva. Desde mi punto de vista, *Orientalism*, de Edward Said, es una de las voces más importantes que ejemplifican tal posición. La idea de que existe una captura de la gente y de los paisajes de Asia occidental por medio del discurso orientalista no presenta objeciones. Sin embargo, no queda claro cuáles son las formas en que ese discurso opera en los propios territorios sobre los que habla. Es cierto que Said no se propone establecer la posición de los discursos “locales” respecto a la mirada orientalista. Tampoco en el presente estudio existe esa pretensión. No obstante, el asunto es que en su análisis las narraciones imperiales y coloniales se presentan de una manera tan homogénea que se hace difícil percibir cuáles son los caminos para oponerse a ellas. Existe, a mi juicio, cierta idea de la infalibilidad de los discursos de orden y dominio, que deja poco espacio a la creación de historias nuevas, de historias que emergen de los cruces, la mayoría de las veces brutales, entre colonizados y colonizadores.

Por esa razón, también se presenta aquí una crítica a la idea de la inmunidad de los actores comprometidos en esta historia. Partir de análisis que ubican a la gente y la cultura en categorías de oposición no hace más que reforzar la idea de la permanencia de identidades como fenómenos puros e inmodificables. En el contexto de la expansión imperial del siglo XIX la imposición de patrones

¹ Nos basamos en la traducción de la primera edición inglesa cuyo título es *First Footsteps in East Africa; or, An Exploration of Harar*.

culturales occidentales a territorios completos fue un hecho premeditado y explícito. Esa instancia, en la región somalí, en la época que comprende los viajes de Burton —mediados del siglo XIX—, estaba todavía en el terreno de los intentos. Gran Bretaña dominaba amplias zonas de Asia y de África. Sin embargo, el interior del país somalí permanecía desconocido para los europeos. La necesidad de controlar los flujos de mercancías y gente que unían secularmente a las regiones interiores del este de África con el mundo musulmán, y en especial con la península arábiga, era un factor que promovía los proyectos de exploración. Las prácticas comerciales de los musulmanes eran de vieja data y la región completa podría ser descrita como lugar de profundos cruces culturales. Los grupos nómadas, llamados genéricamente beduinos, tenían bajo su control gran parte del territorio. Las ciudades como Harar, en su mayoría musulmanas, eran los sitios de poder político, religioso y comercial en escala local. La llegada de exploradores como Burton implicó, como lo veremos en el capítulo I, integrar nuevas narraciones a este territorio, las cuales contenían pretensiones de dominio y control pero también momentos de tensión y de conflicto.

Procesos similares se produjeron en distintas regiones de África, aunque con diferentes ritmos y fechas. El punto central aquí es que los sujetos resultantes de esa historia fueron sujetos heterogéneos, atravesados por diversas narraciones y lenguas. A las narraciones occidentales les ocurrió algo similar. Tampoco en ellas se pueden percibir claramente y sin ninguna duda su inmunidad. Frente a lo explícito de las intenciones de la escritura de viaje de Richard F. Burton, por ejemplo, hay todo un universo de tensión y de conflicto con las narraciones de los “otros culturales”. Su narrativa registra esas áreas difusas. Como lo veremos a lo largo de este estudio, eso no implica que Burton renuncie a una mirada imperial. Sin embargo, esas áreas, al tener presencia en la narración, condicionan la supuesta homogeneidad del texto así como sus pretensiones políticas, y abren un espacio de lectura donde las aproximaciones entre los implicados en el relato, es decir, narrador y “narrados”, son más importantes que los alejamientos. Es, sin duda, un terreno que podría considerarse un punto de fuga frente a las certezas que afirman que estas escrituras son siempre territo-

rio de construcción de la otredad. Desde este punto de vista, la narrativa de Burton no se constituye en un lugar inmune. Está atravesada por otras narraciones, donde aparecen actores concretos con los que se identifican los descritos y “narrados” por Burton, y que presionan en distintos niveles. Por ese motivo, la escritura de *Primeros pasos...* es un territorio con diversos registros, con diversas señales de los “narrados”. En el lugar donde las nociones de orden de Burton no operan con la misma intensidad es donde la gente y los paisajes adquieren la centralidad de las representaciones.

En una lectura de estas características hay una serie de subtextos políticos, los cuales habilitan perspectivas críticas. En primer lugar, permiten hacer una crítica de las narraciones occidentales sin tener que trabajar desde el inicio con fuertes supuestos como los de control y dominación sin ninguna contraparte efectiva.

En segundo lugar, relativizan el poder de la escritura para conformar el mundo y la gente a su medida. No obstante, en este estudio el papel que juega la primera es central, porque se trata justamente del análisis de un texto. Sin embargo, hay dos posturas comunes respecto a la escritura de viaje o de exploración. Por un lado, considero que se afirma con demasiada rapidez que las cosas escritas por los viajeros, exploradores, misioneros, etc., participan en una red discursiva que atrapa a los paisajes, a la gente y sus representaciones en una especie de cárcel de la que es muy difícil escapar. ¿Cárcel para quién? ¿Para los que se quiere atrapar en ese intento de representación o para los que los describen? Por otro lado, también de manera implícita se piensa que los discursos occidentales en el contexto de las intersecciones culturales son casi inmutables, debido a que presentan una faceta de imposición y de certezas en cuanto a sus enunciados. Este último punto proviene más de un prejuicio que de una situación concreta. Generalmente la crítica al imperialismo, es de suponer que sin intención, ha intensificado esta perspectiva. Al hacerlo, ubica las lecturas en el terreno de los dualismos y las inmunidades. Esta experiencia crítica ha sido y es también utilizada por los excolonizados.² Cada

² Para este tema, véase el trabajo de Yao Souchou, “The Predicament of Modernity and Mahathir’s Rage: Mass Media and the West as Transcendental Evil”.

narración occidental se ve como una especie de fortaleza de control y subordinación. De allí se deduce que un narrador como Burton puede mantener el dominio de sus intenciones a lo largo de su narrativa y, cuando eso no ocurre, sólo se trata de un detalle marginal en el “plan general” de la obra.

En tercer lugar, y por último, a lo que también nos enfrentamos es a una crítica muy fuerte de la noción de exterioridad. Es decir, a la posibilidad de hablar desde afuera de una sociedad a la que no se pertenece. Este problema se trata en una amplia literatura; en este trabajo simplemente quiero dejarlo formulado en forma de pregunta: ¿existe la posibilidad de observar y describir “desde afuera”, si contamos con elementos críticos para hacerlo? ¿Hablar de algo o de alguien no es siempre una forma de intervención? El punto es, a mi juicio, la posibilidad de que distintas narraciones entren en un territorio común de intercambios y de disputas. Es evidente que los intercambios no ocurrían en la narrativa de viaje de Burton. Es decir, éstos no tenían la entidad de un programa intencional de diálogos. Sin embargo, las disputas, o mejor dicho, las tensiones y los conflictos estaban presentes, lo que volvía a señalar el carácter complejo de las interacciones. La pregunta en esta instancia es: ¿sólo se deben mirar los espacios que explícitamente consagran la dominación y el intento de imponer un orden? O bien, junto a esto, ¿se deben mirar también los espacios menos normados, menos definidos por cierta lógica de dominio? Porque así como se puede ver qué instancias del discurso dominante se trasladan al discurso subordinado por medio de la hegemonía del primero, es necesario saber qué elementos son apropiados y resignificados por el segundo, a la par de establecer de qué manera el discurso hegemónico es alterado o cambiado por la interacción. En este estudio sólo exploro una dimensión del problema: las áreas donde las nociones de orden de la narrativa de Burton entran en conflicto y tensión con otras formas de mirar y con ellas mismas, debido a la acción que el “contexto” ejerce sobre ella.

Por esa razón el concepto de narración que utilizo a lo largo de este estudio no remite a una noción de escritura en el sentido estricto del término. Por el contrario, apunta a cualquier tipo de representaciones sobre la cultura y las prácticas culturales de todos

los actores implicados en la historia.³ En este marco, el imperio puede actuar como una narración en la medida en que, como la palabra lo indica, narra una serie de supuestos sobre el papel del “hombre blanco” y de Gran Bretaña.

Desde esta perspectiva, el contexto debe estar entre comillas. El escenario no es, en mi lectura, un espacio estático ocupado por distintos actores. El escenario está compuesto por los actores mismos, Burton incluido. No hay un contexto, en el sentido asignado a la palabra por una historiografía tradicional, es decir, un marco en el que los sujetos se explican y son explicados. Por el contrario, uno de los puntos sobre el que se apoya este estudio es la homologación de la idea de contexto a la de texto y, esta última, vista desde una perspectiva amplia, es decir, no reducida a la expresión escrita. De este modo, las intersecciones que se producen en la escritura de Burton son la muestra de distintas narraciones, distintas no sólo por sus pertenencias culturales sino también por la forma en que se manifiestan o se formalizan. El espacio textual de *Primeros pasos...* se convierte desde este punto de vista en el territorio que registra esas intersecciones. Es un territorio marcado por el conflicto. A partir de él, los cruces representan formas nuevas de apropiación y resignificación de diferentes instancias del discurso occidental y del discurso “local”. Este movimiento está marcado por nociones de subordinación cultural, en las que debe inscribirse el movimiento de captura por parte de la episteme occidental, de los conocimientos de la gente que habita los territorios imperiales. Los cruces, entonces, tienen una fuerte impronta en el sentido del control y el orden de la mirada de Burton. Sin embargo, también son el ámbito en el que es posible encontrar creaciones permanentes de historias y formas diversas de respuesta o silencio. Burton tiene, sin duda, el papel privilegiado, en la medida en que es el que escribe y el que intenta inscribir. No obstante ello, en los espacios menos normados de su narrativa es donde las formas de respuesta de los otros implicados en la historia

³ Comparto aquí el sentido que Homi Bhabha asigna a la narración respecto a las naciones: “Las naciones, como las narrativas, pierden sus orígenes en los mitos del tiempo y solamente realizan totalmente sus horizontes en una visión mental” (1990: 1).

se presenta. Esas presentaciones en más de una ocasión se asientan sobre territorios no textuales, en el sentido del término que lo liga a la escritura. Cuando los beduinos, como veremos en el capítulo III, devuelven la mirada a Burton, no es para escribir una narrativa que denote sus formas de inscripción. Lo que hacen es contestar en el plano de los acontecimientos, de una factualidad que no necesita de la escritura para desplegar una mirada. En última instancia es un problema de reglas de juego. La escritura, y en este caso la narrativa de Burton, proponen ciertas reglas. Los “narrados”, a la condición de la mirada de Burton, no replican en el mismo territorio. Sin embargo, la narrativa de *Primeros pasos...* es capaz de mostrar las condiciones en que algunas de las réplicas se producen. No necesariamente, como se verá en el capítulo III, Burton registrará esas formas de expresión como actitudes en conflicto con sus afirmaciones. Serán sus propias reacciones las que confirmarán que una situación inestable se ha generado. Inestabilidad para las narraciones de orden y control del que trata de imponer una mirada. Burton operará con un recurso topológico cuando la situación se vuelve confusa para sus certezas: la ironía. Esta última, paradójicamente, será la señal de que las distancias entre el narrador y los “narrados” empiezan a acortarse. La ironía no tendría sentido si no se aplicara a situaciones generadas por la gente o a la gente misma. Este momento tiene el nombre de tensión en este estudio: el momento en que los procedimientos de captura muestran un conflicto, que se genera cuando distintas formas de la mirada se intersectan. La tensión es el resultado de la incapacidad que muestra la narrativa de Burton para contener las réplicas a su mirada en un territorio menos dominado por el prejuicio. Las señales visibles de esta situación caracterizarán a su escritura de manera ambigua, en tanto da cuenta de ellas, pero ni las incluye dentro de los espacios domesticados ni les otorga autonomía.

Este trabajo se afirma justamente en las líneas de fuga de *Primeros pasos...*, es decir, en los lugares donde las nociones de orden del narrador se enfrentan a situaciones culturales con las que no pueden operar.

En suma, en este estudio se pretende ver la escritura de Richard F. Burton como un espacio inestable, poderoso y capaz de imponer un orden a la gente y los paisajes y, a la par, capaz de entrar en una

zona de conflictos relacionados con las pertenencias, donde la normatividad se disuelve, lo cual hace que el narrador esté, respecto a los “narrados”, en una posición igual a la que describe el título de la canción de U2: “Stay (far away so close)”.

SOBRE LOS CONTENIDOS Y LOS TEMAS

Cada uno de los puntos anteriores atestiguan en este estudio una presencia más implícita que explícita. Sin embargo, interfieren en la forma en que se desarrollan los temas y en la manera en que están distribuidos los capítulos.

El texto está organizado como una tarea permanente de contrapuntos. Las dos instancias más claras son las que se refieren a los intentos de homogeneizar a la gente y a los paisajes de los territorios imperiales y cuando esos intentos fallan a causa de que la escritura de *Primeros pasos...* se presenta como un ámbito de intersecciones entre distintas narraciones. En todo momento debe tenerse en cuenta que esas narraciones están mediadas por el tamiz de la escritura.

UNA DESCRIPCIÓN DE LOS CAPÍTULO

En el capítulo I se enfocan básicamente tres problemas. En primer lugar, se trata de establecer mediante la noción de “apertura” algunos de los rasgos característicos de la expansión imperial en el siglo XIX, especialmente durante la era victoriana. No se presta atención a los factores de orden económico sino a algunas de las narraciones que otorgan legitimidad y fundamento a la expansión, como, por ejemplo, las ideas de superioridad histórica y racial, y las de redención de los territorios conquistados. Cada uno de estos elementos son mencionados para mostrar el ambiente ideológico en el que se desarrollan las narrativas de viaje como las de Richard F. Burton. El segundo tema es una corta reflexión sobre el problema de la escritura como inscripción. Allí parto de la idea de que escribir es una forma de colonizar. En esa sección, los contenidos refuerzan la idea de las miradas homogéneas de Occidente sobre

los “otros culturales”. En la última parte del capítulo se presenta una reflexión sobre las dimensiones que el viaje abre para el que lo lleva a cabo y para la escritura. En este punto comienza a aparecer de manera concreta el problema de las intersecciones entre diferentes narraciones; éste es el punto donde se empieza a cuestionar la homogeneidad de las miradas de Burton.

El segundo capítulo tiene una doble función. Por un lado, es un control crítico de mi estudio y por otro la presentación y discusión de las principales tesis escritas hasta el momento sobre la narrativa de Richard F. Burton. Hay una presentación que antecede a los capítulos II y III con el objeto de situar a ambos en el mismo ámbito de reflexiones y temas. En el capítulo II la principal discusión se establece en torno al problema de la distancia o el alejamiento del narrador respecto a los “narrados”. Junto a esto hay una mirada crítica de las posiciones que se afirman en la idea de que la escritura de Burton es solamente un territorio de control y orden.

En el capítulo III se presenta el análisis de la narrativa de Burton desde dos nociones: tiempo y espacio, a la par que se explica por qué se eligió el texto *Primeros pasos...* Aquí se ponen en juego las ideas que se enunciaron en la primera parte de esta introducción. Tiempo y espacio son analizados como nociones de orden, es decir, como parte del intento normativizador de Burton. Sin embargo, son contrastados con la idea de las intersecciones de narraciones y miradas. En este punto se retoma el problema de los acercamientos de la mirada del narrador a los “narrados”, en contraste con la idea del alejamiento que se discutió en el capítulo anterior.

Por último, unas reflexiones finales respecto a las ideas expresadas en la introducción a la luz de los análisis llevados a cabo en los capítulos. En esta parte se postulan algunas preguntas que exceden el marco de este estudio pero que se sitúan en la misma línea de reflexiones.

I. LAS INSCRIPCIONES DEL IMPERIO Y LAS TENSIONES

LOS TEMAS

El siglo XIX puede ser caracterizado, desde la perspectiva de la historia europea, como la época de las grandes movilizaciones de gente y recursos. Fue también la época en que las fuerzas económicas, políticas y culturales de Europa, en especial de Gran Bretaña, adquirieron presencia en ámbitos globales. “Imperialismo” es uno de los nombres más importantes de esa historia.

En ese proceso, la elaboración de discursos y prácticas sociales y culturales sobre los territorios y la gente fue una constante. En este estudio la intención es abordar algunas de las características del movimiento imperial por medio del análisis de la narrativa de viaje de Richard Francis Burton, entendiendo que la narrativa de viajeros o la escritura de viaje fueron momentos particulares en la constitución de discursos sobre los otros, pero que fundamentalmente fueron los territorios donde distintas narraciones culturales se intersectaron. Por ese motivo, este capítulo tiene una doble función: reflexionar sobre algunos de los escenarios ideológicos que el despliegue del imperio presenta y discutir el papel que la literatura de viaje desempeña en ellos.

IMPERIO Y NARRACIONES

Las miradas del siglo XIX hacia las regiones del mundo no europeas estaban básicamente construidas a partir de la idea de apertura. “Abrir” era la palabra clave del proceso que estaba en marcha. Para los representantes de las viejas formas imperiales la posesión de

territorios había sido una cuestión central. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX, los cambios políticos en Inglaterra trajeron consigo una nueva forma de concebir y establecer las relaciones comerciales. Para quienes los impulsaban la estrategia se concentró en la exportación e implantación de ideas occidentales en amplias zonas del planeta. Ya no se necesitaba sujetar más territorios a la vieja usanza, sino que se luchaba por que en más territorios se consumieran productos ingleses (Davies, 1991: 45-46).

La adquisición de territorios, el conocimiento de ellos y de la gente que los habitaba no desapareció sino que se reformuló. Lo que importaba ahora era determinar las posibilidades de los espacios y de la gente que había en ellos. Estas posibilidades se establecieron en términos de mejores réditos económicos. Junto a esta nueva política se consolidaron formas de mirar. A pesar de que los principales “productos exportados” a los territorios no europeos fueron las ideas económicas, otros conjuntos de ideas de distinta naturaleza comenzaron a ser introducidos en las nuevas geografías al mismo tiempo que ganaban espacio entre las audiencias europeas. Es decir, emergieron nuevas formas de representación que operaban en diferentes ámbitos: en el político, el académico y el ideológico.

En la esfera de los saberes, tanto la geografía como la antropología devinieron en una especie de aliados de las políticas comerciales y del despliegue del poder imperial. No obstante, el conocimiento que la antropología desarrolló no necesariamente fue de utilidad para administradores imperiales. En más de una ocasión, la información y los conocimientos que los antropólogos obtenían resultaron casi incomprensibles para las necesidades de la acción práctica. Por el contrario, existió una amplia correspondencia entre estas disciplinas y el imperio en el hecho de que los antropólogos necesitaron de este último para desarrollar sus saberes. El poder europeo visto como discurso y práctica fue siempre una parte concreta de lo que los antropólogos intentaban comprender y de la manera en que lo hacían (Asad, 1991: 315). En otras palabras, los fundamentos desde donde se pensaban y se trataban de explicar otras culturas se hallaban justamente en el interior de una *raison* imperial. Como señala Spurr, tomando la idea de Foucault:

[...] el discurso racional del conocimiento occidental opone la razón a la locura y la verdad a la falsedad, ubicando su empresa en uno de los lados de esta antítesis. Internamente, el mismo discurso organiza el universo en disciplinas, cada una rechaza [...] lo excéntrico, lo anormal y lo monstruoso en favor de aquellas proposiciones que las inscriben en los horizontes teóricos reconocidos por la disciplina (1993: 62-63).

El imperio fue el ambiente ideal para que este tipo de disciplinas se desarrollaran, en tanto ofrecía una nueva y ampliada disponibilidad de “otredades”, así como la oportunidad de institucionalizar saberes que hasta ese entonces habían permanecido en ámbitos informales. Del mismo modo veremos en el capítulo II cómo para Edward Said se produjo algo similar con el orientalismo, el cual sin duda se inscribe perfectamente en el escenario de las actitudes, discursos y prácticas imperiales.

El hecho es que el proceso de abrir áreas completas del mundo a la intervención europea implicó el movimiento de gente hacia ellas. Como lo señala Talal Asad, los europeos que se trasladaron a distintas regiones de Asia y de África como misioneros, colonos, comerciantes o soldados, no fueron actores pasivos. Todos ellos contribuyeron a “orientar” a los territorios y a sus habitantes hacia las prácticas sociales y culturales “modernas” (1991: 314). En este contexto, las miradas sobre la otredad adquirieron nuevos elementos. Para el caso de África, por ejemplo, las formulaciones europeas —anteriores a la gran expansión del siglo XIX—¹ sobre las particularidades de la gente y la geografía del continente estaban caracterizadas por fuertes nociones míticas y por la ausencia, en las narraciones, de elementos obtenidos a partir de la observación directa.² Esto no quiere decir que los contactos entre europeos y africanos sean recientes; desde el siglo XII hay registro de ello.

¹ De todas maneras hay narraciones sobre África anteriores al siglo XIX que denotan una mirada inquisitiva, más atenta a los hechos, a la descripción de los mismos, que a la construcción de mitos respecto a la gente y los territorios. Por ejemplo, se puede ver el peculiar relato de L. F. Romer, *Golfe de Guinée, 1700-1750*.

² Véase para este punto el excelente ensayo de Jean François Medeiros, *L'Occident et L'Afrique...*, en especial los capítulos I, III y IV. Para el tema de la mirada de los viajeros y las representaciones, véase el capítulo X.

Lo que se modifica en el siglo XIX es la actitud respecto a África. Desde ámbitos académicos se habla de la descripción y la clasificación de la gente y los paisajes. El nuevo contexto es más definidamente interventor en términos de una captura económica, pero también cultural. En este ambiente de la primera mitad del siglo pasado se produjo la intersección de las antiguas narraciones con las que se formulaban en el terreno de los propios contactos. Estos últimos variaban enormemente de acuerdo con las diferentes experiencias de comerciantes, misioneros, soldados, viajeros y exploradores; aquí nos concentraremos en los dos últimos. La subordinación de los lugares y las personas que las descripciones abarcaban fue una de las características centrales de la literatura resultante. Sin embargo, los escenarios donde las narraciones acontecían daban a éstas improntas diferentes en forma y contenido. Las concepciones de Mungo Park,³ por ejemplo, acerca de la unidad de la humanidad y sus actitudes favorables a la gente de África, estaban básicamente distanciadas de algunas de las opiniones de Richard F. Burton que analizaremos en el capítulo III. Los relatos de James Bruce, un explorador escocés, sobre la corte de Etiopía eran elogiosos en términos de la retórica de su tiempo. Dixon Denham, otro explorador escocés, señalaba que a pesar de que los británicos consideraban a los africanos como salvajes desnudos, éstos eran religiosos y civilizados. En el mismo contexto de prácticas y discursos que favorecían a los africanos puede leerse la actitud que los sirvientes de Livingstone tuvieron con éste después de su muerte y el cuidado especial que le otorgaron a su cuerpo (Van Orman, 1984: 18-19). El esmero que pusieron en toda la operación revelaría que Livingstone era bien considerado entre los africanos.

Cada viajero o explorador de algún modo era parte de un escenario cambiante. Sin embargo, a pesar de la lista de actitudes piadosas y de visiones humanísticas bien intencionadas, el problema de las miradas subyacía tras las diferencias. Como el mismo Van Orman implícitamente lo señala, las palabras que estaban detrás de cada acto eran “civilizados”, “religiosos”, “piadosos”, “devo-

³ Al respecto se puede consultar el trabajo de Kenneth Lupton, *Mungo Park, the African Traveler*.

ción". El mundo de los africanos era leído a través del cristal de distintas narraciones. La del cristianismo fue una de las más importantes y poderosas; el discurso del iluminismo fue, sin duda, la otra narración. El vocabulario del que se disponía para enfrentar las descripciones de los otros y de los paisajes remitía casi siempre a dos lugares relacionados: el de dominio y el de transformación. El primero se articulaba con las prácticas del imperialismo. El segundo, aunque mediado por una experiencia histórica diferente, se enlazaba con la trama de las acciones y discursos imperiales, en tanto lo que proponía era la transformación de la gente que habitaba los territorios conquistados en la dirección de lo considerado como civilizado o moderno. Es el proceso que Mudimbe describe con claridad respecto al significado de la colonización: reforma de la mente nativa, integración de las historias económicas locales en el contexto de una economía global y el dominio del espacio físico (1988: 1-2). Los espacios "abiertos" por la intervención de la mirada y la acción de los europeos debían reconocer una sola forma de presentación. El "descubrimiento" de los territorios que estaban en el imaginario de los viajeros y exploradores tenía en sí mismo un fuerte tono autoconfirmatorio, ya que se había definido de antemano el objeto de la búsqueda, se le había recortado a un conjunto de intereses y variables. El hallazgo, más que contener elementos circunstanciales, se correspondía con las hipótesis que sobre el objeto se habían formulado. Las poblaciones locales y los propios paisajes eran introducidos, o mejor dicho capturados, en un gesto de conversión de los conocimientos locales —vistos como discursos— en conocimientos europeos, los cuales estaban asociados a formas y relaciones de poder europeas (Pratt, 1992: 202). Richard F. Burton, por ejemplo, decía respecto a la expedición a Harar:

Las páginas siguientes contienen el diario que el autor escribió durante su viaje a Harar. Debe tenerse presente que la región atravesada en tal ocasión sólo le era conocida de antemano por los *vagos relatos de algunos viajeros nativos*⁴ [...] Por otro lado, nadie había llegado hasta Harar, y pocas son las ciudades del mundo que en la actualidad, cuando recorremos el globo de uno a otro confín, no han abierto sus puertas a los aventureros europeos (1987: 27).

⁴ Las cursivas son mías.

Es decir, la gente de los territorios explorados sabía dónde estaban los lugares que los exploradores buscaban. El asunto era que ese conocimiento debía integrarse y por consiguiente reformularse en los saberes europeos. La trama de esta captura, en términos de representación, significó en la vida de la gente un creciente proceso de desterritorialización⁵ y de resistencias culturales. El universo simbólico comenzó desde épocas tempranas a conformarse en la red del discurso y de las prácticas imperiales. Sin embargo, éste no fue un proceso homogéneo ni unilateral. Por el contrario, los actores sociales conjugaron distintas facetas de las representaciones imperiales en el contexto de sus representaciones y prácticas cotidianas. Donde la subordinación fue un hecho palpable también emergían estrategias de resistencia que muchas veces se traducían en apropiaciones de discursos occidentales, como el de la modernización por ejemplo. Los escenarios del imperio tenían un alto contenido de conflicto, como lo veremos en el capítulo III.

A pesar de ello, la desterritorialización fue casi uno de los resultados más evidentes porque ella implicó que los actores subordinados entraran, de un modo u otro, en un universo de representaciones que frecuentemente les resultaba extraño. Esta situación se revela con más intensidad en la crítica que desarrollan distintos autores africanos contemporáneos. La escritura de Chinua Achebe en *Things Fall Apart* es un ejemplo de las dimensiones que alcanzaron los contactos entre el colonialismo y el cristianismo, por un lado, y una comunidad africana, la ibo de Nigeria, por

⁵ El concepto lo tomo de *Kafka. Por una literatura menor*, de Jacques Deleuze y Félix Guattari (1978). Estos autores definen que una literatura menor no es una literatura escrita en una lengua menor sino una literatura escrita por minorías en una lengua mayor. En este marco el idioma es afectado por un “coeficiente de desterritorialización”. Para Kafka éste era el problema de los judíos de Praga: escribir en alemán los distanciaba de la territorialidad checa y la imposibilidad de escribir en alemán significaba la desterritorialización de la población alemana. Los judíos formaban parte de esta minoría opresora, pero al mismo tiempo eran excluidos de ella (28-29). En el caso de los escritores africanos que narran en inglés o francés se establece el mismo conflicto. La pregunta es para quiénes escriben, es decir, quiénes son sus audiencias, y cuál es su situación en relación con las pertenencias africanas.

el otro. La escritura de esta novela coloca a Achebe en una posición de reconciliación consigo mismo frente al pasado cerrado por el colonialismo. Como parte de las mixturas que las situaciones imperiales y su correlato producen —las coloniales—, Achebe intenta restablecer la historicidad de la cultura y la sociedad ibo. El conflicto se establece desde la partida con las formas de representación del discurso colonial en tanto el autor necesita desarticular las formas objetivadas de este discurso (Gikandi, 1991: 25). Otro ejemplo de este intento de restablecer una historicidad a la gente de África es el de Yambo Ouloguem en *Bound to Violence*. Ouloguem nos invita a recorrer los itinerarios de una mentalidad forjada en la experiencia del esclavismo que está presente con toda su fuerza en el periodo colonial, particularmente en las élites africanas.

Quizá la mejor representación del problema de la desterritorialización se halle en el hecho de hablar en lenguas que no son las propias y desde ellas construir un literatura crítica. Camara Laye es uno de los mejores ejemplos de la reconstitución de historias locales y de vida cotidiana. *L'enfant noir* es un tejido de narraciones y de historias cotidianas en la tierra natal del autor, la Alta Guinea, escrita en francés. A la par es también la conjugación en el espacio textual de historias emergentes.

Sin embargo, antes de que estas manifestaciones se hicieran presentes, la idea de captura subyacía en cada uno de los registros de exploradores, viajeros y misioneros en el siglo xix. A partir de ella se apuntalaba con fuerza la noción de que era posible “corregir” los procesos culturales y sociales de los territorios del imperio. En siglos anteriores, por ejemplo en el xvi y xvii, la tendencia era considerar que las “brechas” entre los nativos y los europeos eran insalvables. A partir de este prejuicio se construía el argumento lógico de que al ser los “nativos” paganos y salvajes no estaban calificados para poseer la tierra, lo que facilitaba su remoción e incluso su exterminio (Van Orman, 1984: 15). Es evidente que en el siglo xix la situación no mejoró para la gente de los territorios imperiales pero, sin embargo, se modificó la base de la argumentación. Ahora podían acercarse al ideal europeo, pero para ello debían ser objeto de intervención. La trama del imperio y de una lectura hegemónica de la modernidad debía imponerse. En

cierta forma el espacio cultural que posibilitó la intervención era compartido por distintos actores en las llamadas sociedades metropolitanas. Uno de los mayores críticos culturales del siglo, Carlos Marx, pensaba que

por sobre todo es, en nuestra opinión, algo muy afortunado que el jefe árabe haya sido apresado. La lucha de los beduinos fue una lucha sin esperanzas y aunque la manera en la que los brutales soldados, como Bugeaud, llevaron a cabo la guerra es altamente condenable, la conquista de Argelia es un hecho importante y afortunado para el progreso de la civilización [...] La conquista de Argelia ya ha forzado a los Beys de Túnez y Trípoli y aún al emperador de Marruecos a entrar en el camino de la civilización (Avineri, 1969: 43).

Las palabras del vocabulario que mencionamos estaban compuestas por términos ligados a actitudes clasificatorias y que fijaban esencias a la gente y a las cosas que eran descritas. La cultura imperial del siglo XIX se articuló alrededor de palabras como “civilización”, “inferior”, “superior”, “pueblos subordinados”, “dependencia”, “expansión” y “autoridad”. Pero, como bien lo señala Edward Said, “ni el imperialismo ni el colonialismo son un simple acto de acumulación y adquisición. Ambos son apoyados y quizás aún impelidos por las formaciones ideológicas que incluyen las nociones de que ciertos territorios y gente *requieren* y suplican la dominación, así como también formas de conocimiento afiliadas a la dominación [...]” (1993: 9). De esta forma el imperialismo es un campo más vasto de lo que pudiera suponerse. En el siglo XIX el tipo de ideologías que estaban ligadas a él ordenaban las formas de mirar de quienes se convertían en los “descriptores” de los territorios no europeos.

Este vocabulario y las ideologías que le eran aliadas se manifestaban en distintos campos de las experiencias culturales. En el caso de los viajeros y exploradores, y específicamente en los textos de Richard F. Burton, estos factores actuaban para reforzar las certezas del narrador, sus certezas culturales por cierto. Como todo discurso de dominación ofrecía formas seguras de interpretar el mundo y las diferencias. Este aspecto lo señala Mary Louise Pratt (1992) respecto a las narrativas de viaje de tres escritores viajeros:

Richard F. Burton, Paul Theroux⁶ y Alberto Moravia.⁷ Para esta autora, en los textos de Burton se encuentran presentes tres estrategias: de estetización; de densidad de significado; de dominación. La primera de ellas contempla a la *mission civilisatrice*⁸ como un proyecto estetizante. Según Pratt, Occidente ha utilizado esta estrategia para presentar a los otros culturales como disponibles para su intervención benigna y embellecedora (205).⁹ En el caso de Burton el paisaje es estetizado, la vista es tomada como una pintura (204). La segunda de las estrategias se refiere a la forma de representación del lugar que se describe. En palabras de Pratt, “el paisaje se representa como extremadamente rico en material y en sustancia semántica. Esta densidad se alcanza especialmente a través de un número enorme de adjetivos modificadores” (204). Burton usa en inglés palabras tales como “emerald green”, “snowy foam”, “steel coloured mountains” (204). La tercera estrategia se refiere básicamente a la relación entre el que mira y el que es mirado. Para Pratt, Burton tiene la doble función de ser el que mira para juzgar y apreciar, y el “pintor verbal” que produce una pintura para los otros (204-205), es decir, para una audiencia.

Según la autora esas tres estrategias están presentes en los otros dos escritores. De cierta manera hay una permanencia de formas coloniales de describir y de representar en el espacio histórico de la época poscolonial. Tanto Theroux como Moravia son escritores importantes de la segunda mitad del siglo xx. El lugar interesante de las tres escrituras es que, a pesar de que todas

⁶ El libro de Theroux que analiza Pratt es *The Old Patagonian Express*.

⁷ Pratt estudia el texto de Moravia titulado *Which Tribe Do You Belong To?*

⁸ Van Orman dice que el concepto de misión civilizatoria fue lo suficientemente racionalizado como para que los gobiernos tomaran la decisión de lanzar sus planes expansionistas. En el caso de Estados Unidos el movimiento adquirió el nombre de “destino manifiesto” (*Manifest Destiny*) y, en el caso de África, el de “la disputa por África” (*Scramble for Africa*) (1984: xii).

⁹ Hay otra perspectiva para este tema. La captura de la belleza de la gente y los territorios no occidentales por cualquier medio —la fotografía, el cine, la escritura, etc.— se vuelve un ejercicio egocéntrico. Lo que importa es cómo el fotógrafo, el cineasta o el escritor realiza la tarea estética. La técnica se impone sobre el objeto y lo transforma en un objeto de entretenimiento. Las cosas, aunque sean producto de una realidad trágica, están dispuestas para que la técnica y un dispositivo estético se desplieguen (Spurr, 1993: 52).

están hablando de territorios que no son familiares para los narradores, cada una de ellas reclama la autoridad de su visión (217).

El reclamo se sitúa, se podría decir con seguridad, en el ambiente ideológico que el imperio como gran narración proporciona. Cada uno de estos autores, pero en especial Burton, habitan en los pliegues de las distintas narraciones que la formación imperial ha proporcionado y aún proporciona.¹⁰ Las descripciones de los otros implicaron también una regeneración permanente de la idea del imperio, la que a pesar de las instancias homogeneizantes que como práctica de dominio concreto poseía, también ofrecía el ambiente para la producción de una enorme cantidad de relatos, narraciones e historias, que volvían más complejos a los sujetos de la dominación. En cierta forma la “densidad de significados” a la que alude Pratt también contribuía a esta dinámica de la complejidad. De la misma manera en que esta “densidad” potenciaba cada elemento que se situaba en el espacio abarcado por la mirada del narrador incrementaba el contenido de las descripciones y, por lo tanto, de las representaciones.

Si logramos desplazar la idea de las representaciones correctas e incorrectas¹¹ veremos que la estetización y la densidad de significado, además de ser formas de concebir el espacio social, físico y cultural victoriano, también son campos de exploración enormemente ricos en lo que concierne a una tarea deconstructiva, como en parte llevo a cabo en este estudio. Pero una tarea que muestre tanto las zonas homogéneas, donde los sentidos están delimitados y reforzados, como los espacios donde estos discursos y textos presentan fisuras que ponen en juego su supuesta solidez.

Sin embargo, por el momento hay que decir que en la historia de las miradas imperiales, el dato central es la firmeza con la que los narradores sostuvieron sus formas de ver y de representar los

¹⁰ Es evidente que no hay casi nada en común entre el mundo victoriano y el mundo actual. Tanto Theroux como Moravia son parte de otro tipo de experiencia histórica y cultural. Con sólo mencionar la pertenencia de ambos a una cultura donde las imágenes son creadas y recreadas permanentemente por los *mass media* nos daremos cuenta de las diferencias respecto a la narrativa de Burton. Sin embargo, los patrones que analiza Pratt pueden ser válidos en tanto las miradas no difieren en ese terreno.

¹¹ Este aspecto se discute en el capítulo III.

espacios sociales y culturales de los otros. En ese sentido opera la afirmación de Talal Asad que se mencionó anteriormente. El imperio otorgaba a estos narradores descriptores el contexto para desarrollar sus historias y la base ideológica para ordenarlas. Incluso en los territorios donde el imperio no estaba presente, los “soñadores del imperio”¹² actuaban como si sus acciones fueran imposibles de detener.

Era en el ámbito de las certezas culturales de los victorianos —de quien Richard Burton fue uno de sus representantes— donde se llevó cabo la expansión imperial. Lo que caracterizaba a ese “espíritu de expansión victoriano”¹³ eran distintos factores. La noción de progreso operaba como el tamiz por donde se evaluaban las eficacias culturales. Éstas se afincaban en la habilidad de los pueblos de probar su capacidad para la libertad y el libre comercio. En ese marco los ingleses eran representados en la cima de la pirámide, seguidos por los estadounidenses y, más de lejos, por los pueblos latinos. La gente de Asia y de África se encontraba en escalones aún más bajos debido a que el progreso no había podido desplegarse en sus geografías, porque estuvieron sometidos a siglos de despotismos y religiones pasivas (Robinson, Gallagher, Denny, 1981: 2-3). Esta ideología otorgó la base para que las nociones de orden implícitas y explícitas que estaban en el discurso de la expansión no sólo se afincaran en las ideas económicas, sino que se trasladaran a un amplio espectro de representaciones de los otros y de autorrepresentaciones. El discurso tenía una doble faceta: por un lado, aspiraba a controlar mercados cada vez más amplios y, por otro, presentaba a los ingleses en el mundo cumpliendo una misión redentora.

Desde cualquier punto de vista la expansión no sólo pareció “natural y necesaria sino inevitable” (3). Como vimos en la cita de Marx, pensar en contra de la lógica del imperio no era algo fácil ni siempre posible de hacer. Las asociaciones entre el desarrollo económico de Inglaterra y su imagen de portadora de los destinos

¹² Ver el texto de Achmed Abdullah y T. Compton Pakenham, *Dreamers of Empire*.

¹³ La frase es el título del capítulo I del libro de Robinson, Gallagher y Denny: *Africa and the Victorians. The Official Mind of Imperialism*.

de la historia, aunque sea como una herramienta,¹⁴ permeó cada uno de los discursos y actividades que los victorianos sostuvieron tanto en casa como fuera de ella. La apertura del mundo se refiere entonces a un vasto campo semántico. En la idea están contenidas desde las aspiraciones económicas hasta las ideológicas y religiosas. Como vimos, abrir implicaba más que una simple exportación. Implicaba un conflicto entre nociones de orden espacial y temporal inglesas o europeas y africanas y asiáticas.

El imperialismo, en realidad, inauguró nuevas formas de experiencia en tanto también fue en sí mismo un enorme cruce de narraciones. Cada una de ellas en general tenían una orientación moderna, en el sentido dado por Asad a la palabra. Así como el imperio era un territorio de conflictos intensos, también lo fue de fuertes apropiaciones por parte de los actores implicados en su trama. La subordinación de la gente, incluso de sus representaciones, a una esfera de inmovilidad, en tanto la transformación estaba en manos de quienes portaban el discurso y las prácticas modernas, encontró una contraparte en la resignificación que la gente "local" llevó a cabo a partir de las propuestas que el propio discurso imperial ofrecía. Sin embargo, una forma característica de la crítica del imperialismo ha sido aquella que localiza a los sujetos en el contexto de la acción y de la reacción. Todos los actos cometidos por el imperialismo y sus variantes regionales, como el orientalismo, lo que provocan es una reacción de los afectados, quienes se identifican a partir de estas circunstancias negativas; pero siempre reaccionan, lo que les permite mantener una cierta inmunidad. Como se expresa Homi Bhabha respecto a la crítica al orientalismo de Edward Said:

¹⁴ Esta idea es de Marx. Dentro de su propia crítica había fuertes elementos que reforzaban la idea del imperio desde una mirada teleológica: "Inglaterra, es cierto, al causar una revolución social en Indostán, estaba actuando solamente por los más viles intereses [...] Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿la humanidad puede cumplir con su destino sin una revolución fundamental en el estado social de Asia? Si no puede, cualesquiera que hayan sido los crímenes de Inglaterra, ella fue *la herramienta inconsciente de la historia* al traer la revolución." (Avineri, 1969: 39, 94, 95). Las cursivas son mías.

Es difícil concebir el proceso de subjetivización como un lugar que contiene el discurso orientalista o colonial para los sujetos dominados sin el ser dominante estratégicamente ubicado dentro de él. Hay siempre, en Said, la sugerencia de que el poder y el discurso colonial es poseído enteramente por el colonizador, lo que es una simplificación histórica y teórica. Los términos en los que el orientalismo de Said es unificado —la intencionalidad y la unidireccionalidad del poder colonial— también unifica al sujeto de la enunciación colonial (1990: 24-25).

En realidad, en el contexto de la expansión imperial las representaciones no siempre operaban de un modo unívoco. Los espacios culturales “abiertos” fueron más el resultado de cruces entre narraciones o, podríamos decir, entre discursos de distinta naturaleza, que de una definición desde la exterioridad. Sin duda, el intento y la acción de subordinar a los que eran “narrados” desempeñaba un papel central. Como se señaló antes, la imposición de nociones de orden espacial y temporal sobre los territorios era un interés explícito. Por este motivo, en los relatos de los exploradores está presente la enunciación de los otros como forma de dominio y de control. En este proceso, las narraciones producen una forma de desterritorialización respecto a los “narrados”. En este caso el concepto tiene una connotación distinta. En la medida en que la gente es nombrada y conformada en el interior de un modelo de representación, las posibilidades de poseer el control de sus propias representaciones disminuyen. La pérdida de la territorialidad opera de diferentes maneras. En primer lugar, las descripciones y las narraciones como formas de conocimiento y de poder atrapan en su propia lógica a las personas y a distintos materiales culturales. Es obvio que la dimensión de poder desempeña un papel central en este escenario. Por esta razón, la intervención de las narraciones imperiales en las comunidades locales es un factor central. Al intentar trasponer sus nociones de orden, éstas desplazan a los sujetos de su entorno en un movimiento que por un lado los estigmatiza y, por otro, los obliga a reformular sus referencias culturales. Así, la desterritorialización se sitúa en un ámbito de conflictos, especialmente culturales, en el que la gente debe enfrentarse a las fuerzas que la acotan a un marco restringido de representaciones. Los contenidos de esa lucha son diversos y gran parte de ellos se toman y reformulan en las propias

prácticas culturales derivadas de la lectura de una modernidad hegemónica que ofrece el imperialismo. En esa dirección se ubica la crítica de Homi Bhabha a Edward Said. No hay frente al despliegue de las narraciones imperiales solamente un acto de reacción y, por ende, de inmunidad por parte de los afectados. Más que eso, hay conflicto y apropiación. Las dimensiones de una dualidad, de una oposición definitiva pertenecen más al ámbito de las especulaciones que al de las prácticas culturales. En segundo lugar, la pérdida de territorio, la mayoría de las veces de un modo trágico, implicó para los sujetos de los espacios imperiales la dificultad de “reorganizar” sus propias representaciones. Es decir, en el proceso donde distintas narraciones se entrecruzan, pero donde también algunas de ellas son hegemónicas y otras subordinadas, la articulación entre formas de concebir el mundo y las relaciones sociales se vuelve un escenario menos estable, a pesar del orden prometido y pretendido del imperio.

Quizá donde mejor se refleja esta situación es en la historiografía africana poscolonial. Los intentos de “reorganización” y de historización del pasado se afirmaron definidamente en el campo de las historias precoloniales. El movimiento característico fue rescatar las viejas tradiciones y revalorizar las instituciones africanas anteriores a la colonización europea. En cierta forma fue un conflicto situado en el terreno de las representaciones. Lo que se debatía era la posibilidad de recuperar las propias formas de imaginar y concebir el mundo frente a las representaciones hegemónicas del imperialismo. Sin embargo, gran parte de los trabajos producidos desde la década de los años cincuenta de este siglo, y algunos anteriores, como los de Léopold Senghor,¹⁵ compartían la misma lógica de las tradiciones historiográficas europeas, aunque se refirieran a casos de la historia africana. El entrecruzamiento de narraciones, de algún modo, trajo como resultado un hecho nuevo para aquella época. Las épicas de Sundiata¹⁶ o de Chaka eran

¹⁵ Véase en particular *Liberté III. Négritude et...*

¹⁶ El trabajo de Tamsir Niane sobre el Sundiata tiene la virtud de recuperar el uso de fuentes orales para el trabajo historiográfico. Sin embargo, no hay en él una crítica a lo que significa una tradición oral codificada y que se centra en las alabanzas al poder. Para entender el papel que tenían los *griots* en las tradiciones orales, véase el texto de Hale, *Scribe, Griot, and...*

recuperadas como formas auténticas de las tradiciones africanas, pero el dispositivo historiográfico que las comprendía reforzaba su pertenencia a un discurso occidental. Las instituciones políticas, el poder¹⁷ y el ejercicio del poder político eran los temas centrales. Aunque en el contexto de la formación de los Estados nacionales esto tenía sentido, se imponía una forma de mirar que llevaba a cabo una reinterpretación del pasado desde una perspectiva epistemológica occidental. En suma, cambiaban los temas pero no las estrategias para su análisis.

Éste fue otro de los momentos de captura de las epistemes locales por parte de la episteme occidental, así como un ejemplo de que la inmunidad de los actores subordinados al discurso, y las prácticas imperiales que critica Homi Bhabha, no eran tan concretas.

Las oposiciones entre lo “tradicional” y lo “moderno” se hacían presentes en esa forma de concebir el pasado. Por el contrario, lo que aquí se afirma es que las narraciones imperiales se cruzaron con otras narraciones, y que en esa intersección se constituyeron historias de conflicto y de adecuaciones. La subordinación, el dominio y el control no estaban ausentes de ellas, pero más que oposiciones definitivas, que delimitaciones tajantes, lo que hubo fue una mixtura de historias. Estas mezclas se producían en distintas esferas. La narrativa de *Primeros pasos...* es uno de los mejores ejemplos. No debe entenderse que este texto es un modelo de actitudes antimperiales. También puede ser un buen catálogo de las características que reúnen las nociones de orden y dominio. Cruces de historias, historias nuevas, tensiones y conflictos no son categorías fijas; son parte de una estrategia de lectura, la cual está preocupada por los espacios menos homogéneos de las escrituras que constituyeron el discurso imperial.

La perspectiva que Said defiende se encuentra asentada en realidad en la idea de la existencia de un dualismo muy poderoso en los espacios imperiales y coloniales. Esta idea se apoya en las afirmaciones de Fanon sobre el maniqueísmo de las sociedades coloniales. En *Los condenados de la tierra* Fanon dice que

¹⁷ El texto *El concepto de poder en África* es un ejemplo de la revalorización un tanto acrítica de las tradiciones.

dislocar el mundo colonial no significa que después de la abolición de las fronteras se arreglará la comunicación entre las dos zonas [colonizadores y colonizados...] El mundo colonial es un mundo maniqueo. No le basta al colono limitar físicamente [...] el espacio del colonizado. Como para expresar el carácter totalitario de la explotación colonial, el colono hace del colonizado una especie de quinta-esencia del mal. La sociedad colonizada no sólo se define como una sociedad sin valores. No le basta al colono afirmar que los valores han abandonado, o mejor aún, no han habitado jamás el mundo colonizado. El indígena es declarado impermeable a la ética (1972: 35-36).

En la esfera de las relaciones entre colonizadores y colonizados muchas de las instancias culturales se resolvían desde esta perspectiva. Las sociedades metropolitanas habían creado un mundo dual. Fanon lo advierte en su crítica. Sin embargo, la explicación continúa reproduciendo la noción de la inmunidad de los actores subordinados. Si el mundo es tan dual, las posibilidades de incorporar elementos culturales del dominador estaría vedada, no sería posible. En ese sentido, se crean una especie de ghettos culturales. Los territorios imperiales contenían un campo más vasto de representaciones y prácticas culturales. El problema de las categorías de Fanon es que cierran los lugares donde se produjeron los cruces de narraciones. El ejemplo de las ideologías de las luchas de liberación nacional es suficiente para explicar esto. La apropiación, por parte de los actores, del discurso socialista o nacionalista para llevar adelante la acción es una muestra de las intersecciones culturales, sociales e ideológicas de la gente de África y la gente de Europa. Pero incluso en lo que podríamos denominar las acciones que buscaban la sujeción de la gente al poder imperial, la idea de una separación entre los mundos del dominador y del dominado no estaba totalmente clara. En cierta forma, el dominio europeo en los territorios del imperio se basaba en el hecho de establecer supuestas diferencias morales y culturales entre colonizadores y colonizados. Sin embargo, el objetivo del discurso colonial no era construir separaciones tajantes. Por el contrario, la estrategia fue dominar y gobernar por inclusión y domesticación más que por confrontación, lo que reconocería la identidad del otro (Spurr, 1993: 32). Es el mismo movimiento que se realiza en la esfera de los saberes. Así como hay una apropiación e inclusión de éstos en

la episteme occidental, se intenta conformar a los sujetos en el interior de un paradigma cultural externo.

Esta dinámica de la apropiación sitúa el conflicto en un escenario más complejo. En principio, porque las narraciones sobre los otros, más que establecer distancias infranqueables, las acortan, la mayoría de las veces en un movimiento no deseado. La retórica de las mismas incluye, como vimos, un vocabulario de subordinación y de dominación pero no siempre se manifiesta en esas claves. Hay espacios donde los intentos definidos de control y de orden no permanecen inmunes (véase el capítulo III). En otras palabras, a pesar de que el discurso imperial tiene una dirección y una manifiesta intención de dominio, no necesariamente permanece puro frente a las diferencias culturales que trata de domesticar. Por el contrario, se vuelve un territorio heterogéneo a pesar de su basamento homogeneizante. La falta de "inmunidad" es compartida por todas las partes comprometidas en esta historia.

Es evidente que esa situación no implica que los discursos hegemónicos dejen de serlo o que se conviertan en una especie de territorio neutral o que la escritura de viaje sea un ámbito ingenuo de representaciones sobre los otros. Lo que está en juego es una caracterización simple de las relaciones que el imperialismo ha desarrollado, frente a una que recupere instancias complejas y por momentos paradójicas. Desplazar las lecturas dualistas de las historias imperiales implica comprometerse con un análisis de las narraciones donde la retórica de las oposiciones entre entidades de distinta naturaleza no tenga el papel principal.

Esta postura evidentemente puede tener riesgos políticos. Sin embargo, las tesis que reafirman las posiciones dualistas ofrecen, a mi juicio, pocas claves para explicar las consecuencias de la descolonización, la que de por sí es un concepto difícil, en tanto enuncia la intención de quitar de las exsociedades coloniales todos los rastros de dominación externa, a la vez que designa un lazo muy fuerte con el proceso anterior.

El imperialismo fue un proceso de características diversas, lo cual hizo posible que las formas de contacto e incluso de subordinación se adecuaran a las circunstancias. Es cierto que se pueden distinguir una serie de patrones básicos de la expansión en general, como lo he señalado más arriba, pero desde un punto de vista

crítico es indispensable analizar las formas en que se produjo el dominio y la sujeción de la gente y los territorios en escalas más locales. Es decir, es necesario considerar los espacios donde los procedimientos de captura estuvieron marcados por la dinámica de la intervención, pero donde también aparecían áreas de conflicto con esas intenciones de control y normatividad. La escritura de viaje es un espacio privilegiado para observar este punto.

VIAJE-INSCRIPCIÓN-ESCRITURA

Escribir es inscribir. Los escritores tienen una relación con la página situada entre la ausencia y el deseo. La no presencia y la imaginación son otro de los pares de esa relación. Para Derrida, esta condición de la escritura tiene que ver con la naturaleza de la misma. El deseo está conectado al principio básico de oposición entre el ser y el no ser, entre la falta y la plenitud. En el lenguaje este principio se repite en conceptos que se oponen: el bien y el mal, ser y nada, conciencia e inconsciencia, etc. (Derrida, *Of Grammatology*, cit. por Spurr, 1993: 93). La matriz que conforman las categorías oposicionales es la escritura en sí misma. Las distinciones se construyen sobre el espacio vacío de la página. David Spurr señala que el escritor es el colonizador, que conquista “el espacio de la conciencia con las estructuras exclusionistas y divisorias de la representación” (93). En cierto modo el viaje es una forma de escritura y la escritura una forma de viaje. “El viaje, como la transversal de un espacio, evoca nociones impulsadas por el deseo y el movimiento de un cuerpo a través de un paisaje que es convocado para significar” (Stewart, 1991: 175).

Los viajeros y exploradores del siglo xix en África, y en otras partes del mundo, se enfrentaban a esta caracterización de la escritura. La capacidad de inscripción que tenían en sus manos a partir del acto de escribir, de narrar, significaba una fuente de poder sobre los otros en el terreno representacional.

El imperio como discurso y como práctica les proporcionaba el ambiente para que sus miradas no se enfrentaran sin protección a situaciones, gente y paisajes radicalmente diferentes. Esa protección se ubicaba en la esfera de las certezas culturales, en la segu-

ridad de poseer un conocimiento superior y de pertenecer a una cultura designada por la historia para conducir los destinos de la humanidad. Pero esa capacidad moral autoasignada se asentaba justamente en la disposición de un pensamiento dual y de oposiciones. La operación clásica del “nosotros” y el “ellos” se afirmaba sobre el mismo territorio. Sin embargo, la inscripción debía poseer una característica redentora. Los “radicalmente otros” debían ingresar al mecanismo de la dualidad pero no para ser extrañados, distanciados, sino para ser comprendidos en la lógica de los colonizadores y narradores del imperio. Las dualidades y las oposiciones no se convertían en un dispositivo de exclusión sino en un dispositivo de inclusión de mucha gente y territorios como no participantes.¹⁸ Las dualidades y las oposiciones ofrecían el contexto apropiado para que áreas enteras fueran recorridas por los trazos de la escritura de viaje y por las miradas de los viajeros y exploradores. La tarea de desentrañar los secretos del mundo que se quería conquistar y colonizar implicaba desde el comienzo constreñirlo a las representaciones hegemónicas.

Estas últimas se manifestaban en la afirmación de que los territorios imperiales se podían definir a partir de una doble ausencia que de algún modo ya había sido enunciada por Hegel: la ausencia de la historia como texto y la ausencia de la historia como sentido hacia un futuro (Spurr, 1993: 98). El discurso europeo del siglo xix trasladó estas categorías a los análisis de los procesos coloniales en distintas partes del mundo. Las opiniones de Marx, que vimos en la sección anterior, muestran la fuerza que esta idea tenía incluso entre los más críticos. En el contexto de la formalización del método histórico y la institucionalización creciente de la disciplina con los trabajos de los historiadores alemanes como Mommsen y Von Ranke,¹⁹ etc., el “método” se asentó básicamente en el análisis de los documentos, en los registros escritos. La reconstrucción del pasado operaba en el sentido de la escritura

¹⁸ John Brekman, citado por Henry Louis Gates Jr., dice respecto a la población de origen africano en Estados Unidos que ellos estuvieron incluidos en la cultura y la política como no participantes (1993: 7).

¹⁹ Véase el excelente trabajo editado por Georg G. Iggers y James M. Powell, *Leopold von Ranke; and the Shaping...*

tanto en la forma de la investigación como de los materiales. La falta de registros escritos, ordenados en anales, implicaba desde la perspectiva de una mentalidad fundada en la escritura, la ausencia de historia.²⁰ La escritura debía ser la que testificara la presencia de marcas en el pasado, específicamente en sus paisajes. La premisa era que se debían dejar huellas de las transformaciones para poder afirmar en el presente el movimiento progresivo, a la vez que legitimar la presencia en un espacio. Como dice David Spurr:

La historia, para ponerlo en términos contemporáneos, es una cuestión de escritura y diferencia. A los africanos les falta una historia porque ellos fallaron en dejar una marca permanente sobre el paisaje —no hay antigua arquitectura, no hay monumentos o registros—, nada que traiga la transformación y la construcción de un ambiente que provea la medida de la civilización. Esta falta de inscripción deviene en el signo de otra falla —la falla de marcar la diferencia entre la naturaleza y sus otros, entre el presente y el pasado, entre la presencia y la ausencia (99).

Por esa razón las miradas de los que realizaron la “apertura” de los territorios se fundaron en la intención de inscribir. Inscribir implicaba legitimar la posesión del espacio. Cuando eso no fue posible, debido a que las huellas tenían una visibilidad definida, como ocurrió con Egipto, se aisló a la gente de esas referencias.

Aunque la idea de la tábula rasa funcionó como el soporte de la acción imperial, también es cierto que los intentos de inscribir un pasado en los territorios conquistados presentaban algunos puntos complejos. En principio no se trataba de un pasado local,

²⁰ Este tema fue uno de los puntos más controvertidos de la historiografía africana de la descolonización. La riqueza de las tradiciones orales del continente constituía de por sí una enorme “historiografía”, la cual se había articulado a partir de la palabra dicha. El prejuicio frente a este tipo de narraciones se traslada a autores contemporáneos como Mauny. Esta postura se enlaza con la vieja idea imperial que negaba el derecho de la palabra al colonizado, o, como dice David Spurr, con la idea de que los colonizados son incapaces de formular un discurso, por lo que se establecía una doble degradación de los otros: de su lenguaje y en relación con éste, de su orden político y social (1993: 104), el cual no puede ser “correcto” si no es bien enunciado.

es decir, no se retomaban elementos del pasado de los espacios conquistados en la trama de una nueva narración. En segundo lugar, esta situación representaba para los conquistados enfrentarse a una narración histórica que los desplazaba como sujetos privilegiados y, por lo tanto, los colocaba en un lugar secundario. Tercero, las ideas que eran enunciadas por las voces imperiales requerían de cierta aceptación entre los sujetos de la enunciación. Cada uno de estos aspectos se relaciona con los conflictos que la escritura de viaje comporta. La mirada de los viajeros se sostenía como acto de inscripción en una región de olvido. En otras palabras, la desaparición del pasado local como fuerza concreta en las narraciones históricas de los territorios conquistados era la clave sobre la que se podían constituir las historias imperiales. Las miradas de los viajeros debían ejercer un acto de olvido para que las narraciones locales fueran disecadas y reemplazadas por las externas. Ese olvido no era una dimensión que estuviera presente en las ideas explícitas de los viajeros. No tratar las historias locales, o simplemente estudiarlas como elementos sin vida, era parte del mismo movimiento de prejuicio y sentido de superioridad de los narradores. Cuando la proximidad con los “narrados” se volvió peligrosa para las certezas de los narradores, la noción de olvido puso las cosas en orden nuevamente. Con ella todos podían estar más cerca, porque se trataba de influir en la vida de la gente que habitaba los territorios conquistados por medio de la difusión de valores y prácticas culturales occidentales. Sin embargo, la tábula rasa que se construía sobre el pasado de la gente obligaba a que cada contacto o intercambio estuviera designado por relaciones de fuerza y de poder. El proceso se caracterizaba por la creación de territorios paradójicos. Por un lado se trataba de abrir, de penetrar en los secretos de los espacios culturales no europeos. Pero, a la par que esa apertura era reclamada y obtenida, no se potenciaban los elementos de las culturas e historias locales. Los territorios abiertos, tanto desde un punto de vista espacial como cultural, estaban vacíos, listos para la inscripción de otras trazas culturales. Doble movimiento de la noción de olvido. Primero, como forma de acercamiento, produciendo la subordinación de los “narrados” como fenómeno concreto. Segundo, como forma de arrasamiento.

En este contexto, el viaje puede ser el ámbito de muchas lecturas y de formas políticas de construcción de la otredad. Las características centrales de lo que fueron las miradas imperiales en el siglo XIX ya las hemos delineado. Fue en el espacio de la expansión imperial donde las narraciones de viaje encontraron un lugar privilegiado. Pero ¿qué significa viajar y qué significa el viaje en el contexto imperial?

VIAJES E INTERSECCIONES

Por lo general el viaje es visto como una función marginal de las localizaciones concretas. Esta idea se afina en varios factores; en primer lugar, en el proceso de territorialización que se produce en los espacios. Cuando un grupo se asienta en un lugar concreto la movilidad que caracteriza a su organización social y política se transforma en un amplio espectro de jerarquías y rangos sociales. En ese momento el espacio que era atravesado o recorrido se vuelve espacio territorializado, es decir, delimitado, demarcado (Leed, 1991: 18). El viaje empieza a ser representado como un acto de libertad, como una experiencia “liminal”, un momento “entre órdenes e identidades sociales establecidos, y no como un estilo de vida o una condición de la existencia como lo es para la gente nómada”(18). En el momento de cambiar el valor del viaje como algo hecho por necesidad a algo que se relaciona con la libertad, el proceso de territorialización se consuma. En segundo lugar, como consecuencia de este proceso de fijación creciente a los espacios y a su constitución mitológica, se ha producido en las lecturas, en nuestras lecturas del pasado, una especie de incapacidad para pensar en las sociedades más allá de los límites territoriales. En palabras de Eric Leed,

La inhabilidad de no considerar al lugar como otra cosa que territorial, la eterna asunción de que las sociedades están delimitadas, centradas, contenidas [...] es una distorsión de la retrospectiva, una visión de la historia filtrada a través de los resultados de la historia. La distorsión de la retrospectiva hace que neguemos las opciones, los eventos y las contingencias que crean las estructuras sociales y establecen los límites sociales (19).

De alguna manera, es la misma situación que se encuentra en la noción de olvido. El viaje puede abrir territorios pero sólo con el objetivo de cerrarlos en un contexto de representaciones que limitan la espacialidad. Las nociones de orden espacial y temporal que están presentes en la narrativa de *Primeros pasos...*²¹ actúan en ese sentido. Cuando la mirada de Burton se acerca a la homogeneización de la gente y de los paisajes descritos, ambas nociones se homologan a una perspectiva del viaje como lugar de control y dominio. Hay un reclamo de centralidad en este proceso, el cual se desarrolla cuando se establecen las diferencias. En ese momento se conforma un área de conflicto entre los intentos de localización y el movimiento. El narrador establece dispositivos de fijación a una territorialidad que no es la que la gente se representa, a la par que se ve a sí mismo como el único actor en movimiento en el escenario de la narración. Esta actitud fue una constante en los viajeros del siglo XIX. Debían mantener el control de sus propias presentaciones en la escena de la narración de manera tal que los “narrados” fueran quienes adolecieran de la falta de hogar y por lo tanto de civilidad. Este movimiento es casi una actitud clásica de las miradas occidentales desde la antigua Grecia. Al respecto David Spurr dice:

[...] nosotros sabemos que para los griegos antiguos el bárbaro [...] fue literalmente uno que balbuceaba, quien no podía hablar el lenguaje de la humanidad civilizada. La incoherencia de los bárbaros fue ligada a su falta de leyes y de hogar,²² a su incapacidad para controlar los instintos y las pasiones de los cuerpos (1993: 102-103).

Falta de hogar y de leyes son dos elementos que se requieren para la imposición de un orden. El conflicto no aparecerá hasta que el propio viajero narrador perciba su condición de nómada. Cuando eso pase, sus propias certezas culturales desplazarán el problema hacia el terreno de una autoconfianza exagerada. La localización y el movimiento están presentes en la escritura de viaje, pero dirigidas a distintos sujetos. El contenido de cada una de estas palabras difieren de acuerdo con la oposición y con los

²¹ Ambas nociones serán analizadas en el capítulo III.

²² Las cursivas son mías.

sujetos que son observados. Los viajeros del siglo XIX viajaban para explorar y a veces para descubrir. La idea de la movilidad y el cambio habitaba en cada una de sus empresas. Sin embargo, ese movimiento tenía la dirección que la modernidad le había asignado. Es decir, comportaba un fuerte *telos*. Era también un viaje que había cambiado en sus fundamentos respecto al siglo anterior. Al menos en los enunciados, el viaje del siglo XVIII era de "observación desinteresada" frente al del siglo XIX, que se manifestaba como una narrativa biográfica. En palabras de Susan Stewart, una "literatura de exploración incluyendo la catalogación de curiosidades cedidas a una literatura de viaje [y también] incluyendo la transformación de un sujeto a través de una experiencia de primera mano" (1991: 177). Para esta autora, el segundo tipo corresponde a la escritura de viaje que Mikhail Bakhtin caracterizó respecto a que la tierra natal del autor sirve como un centro organizador del punto de vista y como escala para la comparación (*The Dialogic...*, cit. por Stewart, 1991: 177).

En cierta forma eran viajes que tenían definida una localización en el interior de la metáfora del progreso. No se aceptaba cualquier movimiento. Aunque éste fuera progresivo, tanto en la narración como en los objetivos parciales que se iban consiguiendo, la idea de la movilidad se circunscribía a una sola esfera de las representaciones, a una sola forma de legitimar el movimiento. En ese contexto, las clasificaciones que realizaban los viajeros narradores eran los territorios preferidos para la localización de la gente narrada, puesto que la situaban en el interior de categorías rígidas referidas a la raza y a las costumbres. La escritura actuaba como un fuerte dispositivo de sujeción de la gente a esquemas que la representaba de manera acotada.

La exploración se constituye en un movimiento racional desde el momento en que es una acción planeada. Los contenidos de aventura y de riesgo forman parte de la misma en tanto son enunciados que se integran sin problemas a la idea general del viaje. Por otra parte, esa racionalidad se encontraba en la idea de principio y fin del recorrido. Entre esos dos puntos se ponían en juego las expectativas de la partida y los resultados obtenidos.

En el ámbito de esa delimitación, tanto de los recursos como de los objetivos, los otros culturales eran representados en un

movimiento anómico, sin dirección progresiva. Son frecuentes, por ejemplo, en la obra de Burton, las referencias a la dificultad de sujeción de los beduinos. El movimiento de la gente de los territorios conquistados, o por ser conquistados, entonces sólo puede ser capturado y detenido en el espacio localizado de las categorías.

El viaje, a pesar de una profusa literatura que da cuenta de sus diversas variantes en el siglo XIX, era un movimiento aleatorio entre dos localizaciones fuertes. Salir a explorar territorios no occidentales implicaba en el fondo explorar la anormalidad. La mirada del viajero supuestamente restituía para Occidente la racionalidad de los espacios. Como lo veremos en el capítulo III de este estudio, *Primeros pasos...* comparte esa lógica. La exploración era un territorio anómalo donde las localizaciones operaban.

Los viajes como lugar de “libertad”, en el sentido que vimos antes, en realidad se abrían también como experiencia de transgresión. No obstante ello, era una transgresión que podía desarrollarse sin inconvenientes en la medida en que no afectara a otros órdenes. Las críticas que Richard Burton recibió por sus aproximaciones a las prácticas culturales de los “narrados” es un ejemplo de esto último. En suma, en la mayoría de los casos ni narradores ni “narrados” escapaban a la impronta que en términos de fijación a un territorio la escritura representaba.

Sin embargo, la narrativa de viaje no siempre se constituyó desde un lugar tan homogéneo. En primer lugar porque los sujetos que enfrentó casi nunca se ofrecieron para la narración estáticos, sin movilidad o recortados en un esquema simple de representaciones. En cuanto a la narrativa que conforma el núcleo central de este estudio, *Primeros pasos...* es otra vez un buen ejemplo. Las intenciones del narrador podían dirigirse hacia la homogeneización, pero el momento liminal del viaje, construido como una situación entre paréntesis, adquiría la centralidad. A la idea de suspensión temporal que una descripción de la gente y de los paisajes del imperio suponía —en tanto eran representados en el interior de patrones poco cambiables como la raza, la religión, los oficios, etc.—, se le intersectaron otras formas de concebir esos lugares intermedios, como, por ejemplo, las implicaciones de las prácticas culturales de los “narrados”, que aunque no modificaron

totalmente el conjunto de la narración y sus intenciones, se presentaron como zonas de conflicto con el sentido dominante.

Los viajes, en tanto formas concretas de representar el mundo, contenían esas trazas a veces contradictorias. Una razón de ello era que también ofrecían al individuo que lo realizaba un espacio de transformación personal.²³

En el caso de Richard Burton, así como también en el de Lawrence y Lane, aunque de manera menos categórica en estos últimos, la transformación o el cambio acontecía incluso en las presentaciones de su corporalidad. Estas actitudes implicaron para sus narrativas la aparición de zonas menos normadas por las pulsiones imperiales.

Los espacios de la apertura imperial que veíamos al principio de este capítulo, y de los cuales la narrativa es uno de los más importantes, se empiezan a constituir en lugares abiertos para las miradas utópicas y como lugares donde es posible encontrar la representación de la diversidad de las prácticas culturales y sociales. Esto no significa que de pronto la escritura de viaje se convierta en un terreno libre de conflictos y de luchas de poder. Por el contrario, significa nuevamente que la inmunidad, tanto cultural como política, no estaba garantizada para nadie en los escenarios del imperio.

Esta situación fue conformando en el interior de algunas narrativas, y en especial en la de Richard F. Burton sobre el este de África, lo que hoy denominamos una política de viaje. Es evidente que tal cosa no figuraba en los propósitos de los narradores como un objetivo concreto, ni era una parte central de sus enunciados, pero los resultados de las descripciones, los intentos de dar cuenta

²³ Arthur Rimbaud es un buen ejemplo de ello. En él, África era la excusa para un cambio radical de sus formas de vida. Es el territorio que le va a proporcionar las condiciones para su metamorfosis. Sin duda, es un territorio visto y vivido desde un profundo egocentrismo y desde un fuerte prejuicio. Europa es la razón de su malestar, pero África es la territorialidad dispuesta para conjurarlo o incrementarlo. Una mirada de características orientalistas atraviesa la obra del poeta francés. Para observar esta situación se puede ver la biografía de Rimbaud de Enid Starkie, *A. Rimbaud*. Aunque la autora no se propone mostrar el problema del orientalismo, cada paso de su narración parece quedar atrapado por éste.

de las diferencias, aunque haya sido en el marco de categorías rígidas, mostraba otra faceta de la escritura de viaje no ligada directamente a la intención del dominio y el control. Era éste el espacio que la transgresión abría para quien pudiera tomarlo. En el capítulo III veremos cómo los espacios y los tiempos de narrador y “narrados” se intersectan produciendo espacios textuales menos normados. Pero el problema de estos ámbitos es que ponían en juego la posibilidad de no convertir a la diferencia en algo consagrado, sancionado y necesario. Por el contrario, la capacidad de representar distintos papeles como si fueran los propios implicaba, más que una distancia insalvable entre el narrador y los “narrados”, una crítica casi impensada a la fijación de patrones de pertenencia social y cultural tanto para unos como para otros. El punto crítico de estas formas de representar el movimiento y las transformaciones se ve rebatido por los resultados globales del proceso imperial. Ésta es la razón de insistir constantemente en que no hubo un reemplazo de las políticas de dominación. Pero, a pesar de ello, para contar con algunas preguntas que enjuicien el papel homogeneizador de las narraciones imperiales, es preciso contar también con una mirada dispuesta a dar cuenta de los lugares de conflicto y de tensión. Este estudio pretende contribuir a la formulación de esas preguntas. Con todo, esos espacios se constituyen a partir de una construcción de la diferencia menos dogmática. El movimiento del viaje, el cual puede ser entendido como transformación en el contexto de estas narraciones, se va conformando en diversas instancias en política de viaje, la cual se manifiesta en las posibilidades de lectura y de representación más abiertas respecto a lo que genéricamente denominamos otros culturales. Cuando Richard F. Burton, como veremos en el tercer capítulo, se siente en casa dentro del espacio y la temporalidad musulmanas, está dando cuenta de este problema. Éste es el momento en el que las miradas dualistas se desplazan para dar lugar a las miradas intersectadas por distintos registros. Tal situación, a mi juicio, no es de menor importancia si retomamos el problema de la inmunidad y los contextos políticos que de esta idea se desprenden. La idea de las intersecciones se dirige exactamente al corazón de los ámbitos inmunes y define con mayor claridad lo complejo de las situaciones donde se producen enfrentamientos,

tensiones y cruces culturales. Al mismo tiempo, esta idea sitúa a la escritura en un registro menos cerrado en la medida en que le restituye la posibilidad de no ser siempre un dispositivo de dominio y control.

Este escenario implicaba varias fuerzas en conflicto. La tensión fue uno de los resultados. Tensión entre las respectivas representaciones acerca de la naturaleza de la organización social y de la cultura de europeos y africanos, asiáticos, etc., pero tensión también en el interior de las propias narraciones occidentales sobre los otros culturales. Uno de los mejores ejemplos de esto es la escritura de viaje de Richard Francis Burton.

No obstante, una de esas fuerzas en conflicto concibió su tarea como algo únicamente unidireccional. Como vimos antes, la redención de un mundo sumergido en la oscuridad era un componente ideológico central de su discurso.

Los victorianos, específicamente los exploradores, se lanzaron con estas premisas a la tarea de decodificar el mundo, a “quitarle el velo”, que por otra parte atribuían al celo y al prejuicio de los nativos. En una de sus crónicas sobre el Sind, Richard F. Burton decía que “el oficial europeo en India raramente, si no es que nunca, ve nada en su luz real, tan denso es el velo que el miedo, la duplicidad, el prejuicio y las supersticiones de los nativos cuelgan delante de sus ojos” (1972: 18).

Develar era iluminar. Tras el velo se ocultaba la oscuridad de un mundo que rechazaba cualquier intento de racionalidad. Las pretensiones se ubicaban en la esfera de una ética y una mirada iluminista. En cierto modo, y junto a las intenciones de control, se anunciaba un pensamiento utópico²⁴ propio de las mitologías de la ilustración, el cual representaba el mundo desde la imagen del dualismo y la redención.

²⁴ Cuando se habla de utopías no es necesario pensar que se trata de un pensamiento constructivo o que se puede calificar como positivo. La modernidad es uno de los territorios históricos más fecundos en la producción de ideas totalizantes sobre la explicación y transformación del mundo. Por lo general, las transformaciones proclamadas y llevadas a cabo en ese marco tenían como contenido explícito la destrucción como fuerza creadora.

Pero, a la par que esa mirada unidireccional se desplegaba, también se abrían áreas de conflicto para la misma. Los deseos de dominio presentados discursivamente como “destino manifiesto” o “disputa por África” tenían una contracara en esta situación.

Incluso un narrador como Burton, que delimitaba con precisión sus pertenencias y lealtades, como se puede ver en el prefacio de *Primeros pasos...* y en muchas otras partes del mismo trabajo, se enfrenta a zonas donde las certidumbres eran desplazadas de la escena principal, para dar el paso a apreciaciones que revelan las intersecciones entre las formas de mirar la cultura de la gente de los territorios que su expedición recorre y los paisajes descritos.

El control que las narraciones imperiales sostuvieron sobre estos momentos de la escritura de viaje fue extenso. Sin embargo, en esos espacios textuales se forjaron dos elementos que pueden ser útiles para el trabajo crítico que intento hacer en este estudio. Por un lado, se encuentra el reconocimiento de que las narraciones del imperio no fueron siempre un territorio de construcciones homogéneas de los otros culturales. Es decir, no siempre la eficacia de estas narraciones alcanzaba todos los órdenes de la vida de la gente. Este punto es particularmente importante para no subestimar el papel que los “narrados” desempeñaron en el contexto de la escritura de viaje. Por otro lado, aparecen momentos en la escritura donde el narrador se inscribe en el contexto de la descripción a partir de la interpretación de un papel. El resultado que se obtiene es una descripción gestada en la tensión de las pertenencias culturales y donde la descripción de los otros culturales se vuelve un ejercicio menos estigmatizante.

Éste es el punto clave de la lectura que propongo de la narrativa de Richard F. Burton. El narrador y sus narraciones no siempre eran absolutamente occidentales, es decir, no siempre se ajustaban a los patrones que definían sus pertenencias culturales, como inglesas, europeas, etcétera.

Algunos, como Lane o Nerval, mantuvieron mejor el control sobre sus propias referencias. Aunque Burton pretendió hacer lo mismo, los resultados fueron distintos.

Michel Foucault (1969) señala, en un texto clásico, que en la enciclopedia china imaginaria de Borges los animales se clasifican de la siguiente manera:

[...] a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas (1).

Foucault observa que una clasificación de esta naturaleza se presenta como el límite concreto de nuestro pensamiento. Ese límite está justamente dado por la clasificación. No hay en cada una de las categorías nada que pueda alterar demasiado nuestras maneras de enunciar las cosas (1). Lo que pone en juego el párrafo de Borges es un límite irónico a un modo de mirar. El pensamiento que se afirma en las dualidades y en las oposiciones no se halla justamente en conflicto con los nombres asignados a las cosas sino con la forma en que ellas son representadas y clasificadas. La mirada de los viajeros y exploradores del imperio se encontró constantemente con otras clasificaciones y asociaciones.²⁵ El problema fue que no siempre éstas se presentaron como un reto para la propia organización de los saberes, ya que por lo regular eran desechadas al no provenir de una cultura “civilizada”. Sin embargo, la observación de Foucault, aunque extemporánea para el caso de este estudio, tiene la fuerza de iluminar en retrospectiva. El sentido que le asigno aquí es en relación con el problema de las tensiones. Cuando las intersecciones de las miradas se produjeron, como veremos en *Primeros pasos...*, la categoría “civilización” se encontró en un ámbito inestable. Podría decirse que no tanto para las certezas del narrador, al menos las explícitas, pero sí para su propia narrativa en la medida en que ésta se convierte en el lugar que da cuenta del conflicto.

Cuando “los ojos imperiales” se desplazan de las nociones de orden más explícitas se abre un espacio para el cruce y la posible generación de historias nuevas. En otras palabras, cuando el escenario presiona sobre la escritura de tal manera que su presencia e influencia no pueden ser pasadas por alto.

²⁵ En el capítulo III veremos cómo ocurrió en el caso de Burton y abordaremos lo que algunos autores intentan definir como disfraz.

Frente a esta forma de lectura de la narrativa de viaje de Richard F. Burton hay otras que se aproximan o se alejan, dependiendo de las posiciones que asumen dentro de lo que podríamos denominar el amplio espectro de la crítica literaria y cultural. Éste es el tema del siguiente capítulo.

SEGUNDA PARTE

PRESENTACIÓN

LOS TIEMPOS Y LOS ESPACIOS DE LA NARRATIVA

La composición reconoce varias superficies posibles. La imagen del desierto se descompone en una variedad de tonos y colores que van desde el ocre, pasando por el verde, hasta un azul profundo. Las figuras en el centro de la representación son dos dromedarios, que evocan con sus jorobas los ecos lejanos de las pirámides egipcias, y un asno que los sigue, que cuesta en una primera mirada adivinar qué animal es. Los tres establecen la idea de continuidad en un espacio recorrido y por recorrer. Las imágenes del desierto que los rodean muestran distintos paisajes disponibles en ese recorrido. Los espacios se configuran desde el ojo del artista que compone un cuadro donde el medio de transporte adquiere la centralidad, donde la promesa del movimiento contiene múltiples paisajes que de antemano son conocidos. Porque están allí. Sobre los contornos de la obra no hay promesas. El artista controla dos dimensiones centrales de la experiencia de la modernidad: tiempo y espacio. Paul Klee compone "El viaje a Túnez con dos dromedarios y un asno", como un viajero que ha decidido intervenir con su mirada en una temporalidad y una espacialidad no europea.

En los próximos dos capítulos pretendo establecer cómo operan las categorías tiempo y espacio en el marco de la narración de *Primeros pasos...* La intención es mostrar cómo la mirada de Burton se despliega estableciendo una noción de orden sobre el territorio de su expedición, la cual comienza en Adén, tiene por objetivo final la ciudad prohibida de Harar y culmina con el retorno al punto de partida. A su vez, intento mostrar cómo en la narración del autor la porción recorrida de África, tanto desde el punto de

vista geográfico como cultural, interviene como factor de tensión al presentarse otras formas de representar el espacio y el tiempo. Esas miradas son las de los propios somalíes, los beduinos y los habitantes de Harar, quienes tienen una presencia constante en el desarrollo de la narración. La relación no será simple ni la subordinación estará ausente de ella.

Una dimensión que es central para esta propuesta es considerar también la situación particular del sujeto que narra. Afirmando que hay una tensión entre las representaciones de África desde el lugar de la normatividad y la presencia de África en el interior de la propia narración como una categoría de inestabilidad para las certezas culturales del narrador. Sin embargo, como veremos más adelante, tales certezas culturales no parecen ser tan sólidas como en un principio podría pensarse.

No se trata de desconocer las características generales de exploradores y viajeros del siglo XIX, a quienes frecuentemente se los sitúa sin equivocación en los registros del imperio y en el despliegue y la construcción de saberes, como por ejemplo la geografía y la antropología, articulados con las pretensiones de dominar vastas zonas del mundo —problema concreto en la escritura de Richard Burton. Se trata por el contrario de establecer que estas narraciones, como de las que se ocupa esta investigación, se realizaron en una época clave para entender cómo se fueron generando discursos sobre la otredad cultural, en el momento preciso en que los países europeos, pero en especial Inglaterra, ampliaron las dimensiones de sus dominios ultramarinos llevando consigo los registros de lo que denominamos genéricamente modernidad.²⁶ En ese

²⁶ Aludo aquí a una idea de la modernidad basada en la experiencia del cambio o de la transformación. No significa esto imaginar un proceso histórico de características maniqueas como, por ejemplo, la formulación de categorías oposicionales tales como sociedad moderna/sociedad tradicional. Por el contrario, la intención es trabajar con una noción de modernidad que implique conflictos, también fuertes oposiciones, luchas desesperadas, dominación, subordinación y acuerdos, pero con la perspectiva de que el resultado de estas situaciones en muchos casos son historias emergentes donde los sujetos recuperan para sí mismos la acción que de otra forma les estaría vedada. La noción de “categorías oposicionales” la retomo de Arnold Krupat (1992: 3-45). La de “historias emergentes” es una noción cercana a lo que James Clifford denomina “la cuestión política de la historia como emergencia” (*The Predicament of...*: 7, cit. por Krupat, 1992: 109).

movimiento se escribieron textos, en más de una ocasión pensados desde la retórica de un otro flagrante. Sin embargo, también algunos de esos textos presentaban fisuras, intersticios, brechas por donde las certezas de la voz del narrador no eran tan manifiestas en cuanto a afirmar su pertenencia cultural.

Éste es el otro espacio que intento abrir en este estudio: no pensar las narraciones de Burton como un espacio unilateral.

LOS MOTIVOS DE LOS CAPÍTULOS II Y III

En el capítulo II analizaré detalladamente un conjunto de tesis que se acercan desde distintas perspectivas al objeto de mi estudio, para luego en el III desarrollar mi propio punto de vista. Las tesis son: *Orientalismo*, de Edward Said; *Paradigms of Place in Travel Literature: The Oriental Voyages of Nerval, Burton, Kinglake, and Chateaubriand*, de Kathleen J. C. Zane; *Orientalist Discourse and Its Literary Representations in the Works of Four British Travel Writers: James Morier, Alexander Kinglake, Richard Burton, and Gertrude Bell*, de Pallavi Pandit, y *Three Victorian Travellers. Burton, Blunt, Doughty*, de Thomas Assad. Las razones por las que elijo estos estudios y los presento en este orden las doy a continuación.

La mayoría de los trabajos críticos sobre la narrativa de Burton están inscritos en el género biográfico. Ese aspecto limita las posibilidades de analizar sus escritos sin caer en una referencialidad extrema a los acontecimientos de su vida y su personalidad. Por el contrario, los estudios que propongo tienen como *leit motiv* la esfera de la propia narrativa. En ese sentido hablan desde el lugar de la crítica que no tiene por figura central la vida del narrador. Esto permite, como es la pretensión de mi estudio, preguntarse por las formas de representar a los “narrados”.

El trabajo de Edward Said, sin duda, es el más conocido. Lo coloco en primer lugar dentro del texto debido a que incluye a Burton en un marco abarcativo y a que tanto el trabajo de Zane como el de Pandit están dentro de la línea de estudios críticos que éste ha inaugurado. El orientalismo como discurso y como práctica concreta es el contexto en el que se inscriben los escritos de Burton. Este aspecto es relevante en mi estudio porque me preocu-

pan los espacios de su narrativa que están menos marcados por la dinámica de este discurso. Como veremos luego, Said tendrá dificultades para reconocer los lugares no orientalistas.

Esta dificultad la retoma notoriamente el estudio de Zane y por ello lo analizo en segundo lugar. Zane acentúa casi todas las características que conducen a pensar en Burton como un fraude. La estrategia de esta autora es desplazar a Burton de lo que describe. Los “otros” son crecientemente extrañados y eso hace que Burton se constituya en un manipulador de la “cultura oriental”. Este primer bloque de autores presenta como característica común situar la narrativa de Burton como representativa de una forma orientalista de mirar el Oriente.

Por esta razón he optado por analizar los trabajos de Pandit y Assad en último término y aproximarlos física y conceptualmente a mis propias perspectivas. Los dos, con distintos materiales, hurgan en la narrativa de Burton para hallar espacios menos definidos por una actitud orientalista. Pandit explora los ámbitos de *Personal Narrative of a Pilgrimage to Al-Madinah and Meccah* que expresan una aproximación mayor de Burton hacia quienes describe. Assad sitúa gran parte de su análisis en las respuestas de Burton a sus críticos y en la tensión que su narrativa muestra entre una actitud práctica y una estética.

ADVERTENCIA

La salvedad que se debe hacer desde el comienzo es que estos trabajos se construyeron sobre distintos espacios narrativos de Richard Burton y que comprenden estudios sobre otros autores o temáticas. Aunque estos estudios no se refieren en particular a la narrativa de Burton en torno a África sino a Oriente, elaboran y discuten las tesis más polémicas que existen sobre los trabajos del autor hasta el momento, y los problemas que los autores analizan tienen una relación directa con el texto principal de mi estudio: *Primeros pasos...*

II. CUATRO TESIS SOBRE LA NARRATIVA DE R. F. BURTON

BURTON Y EL ORIENTALISMO. LA MIRADA DE EDWARD SAID

Edward Said, en su obra *Orientalismo*, establece un número de categorías de intenciones, como él las llama, respecto a los viajeros escritores en Oriente. La primera se refiere al escritor que utiliza su permanencia en el sitio con el fin de proporcionar información de tipo científico al orientalismo académico. La segunda se refiere al escritor que tiene propósitos similares pero que no quiere someter su particularidad al marco impersonal del orientalismo. La tercera alude al escritor para quien su viaje al Oriente está hecho en cumplimiento de un proyecto.

Cada una de estas categorías implica un tipo de producción distinta, al tiempo que se identifican con personajes concretos. Así, para la primera, el tipo de texto resultante será el de la información despersonalizada, propia de un ámbito que requiere de un lenguaje científico, sin trazas de subjetividad, de la cual Lane será el máximo exponente. Para la segunda, la escritura mostrará una abundante cantidad de información pero que no se distinguirá de los "caprichos personales". Este tipo de narración está establecido a partir de la figura y los textos de Burton. La última corresponderá a textos informados por una estética personal, cuyos ejemplos representativos pueden ser encontrados en los autores franceses Nerval, Flaubert, etc. De este modo se puede observar, nos dice Said (1990), que la segunda y tercera categorías presentan una característica común: ofrecen más espacios para la conciencia individual; en cierto sentido son menos orientalistas (196).

El propósito de Said es establecer de algún modo un territorio para comprender las variedades de comportamiento, acción y

resultados que contiene la formación discursiva llamada orientalismo.¹

En el caso de Burton, Said lo coloca (advirtiendo el carácter reduccionista de sus categorías) en la esfera de aquellos que escribieron ofreciendo un abundante material para los estudios académicos pero que a su vez reservaron una parte para la conciencia de su subjetividad.

El principal texto de Burton analizado por Said es *Personal Narrative...* Este autor dice que la estructura de las obras de Burton tiene la forma de una peregrinación; ve al narrador como el “centro de la aventura fantástica e incluso imaginaria [...] o como el comentador occidental de la sociedad y de las costumbres orientales autorizado y objetivo [...]” (237). La idea de peregrinación de las narraciones orientales de Burton permite establecer una consideración importante. Es justamente el Oriente el que

¹ Said retoma la noción de discurso que fue descrita por Michel Foucault en *La arqueología del saber* y en *Vigilar y castigar* para explicar que el orientalismo es mucho más que un conjunto de saberes articulados sobre el Oriente; es una red de narraciones, de diferentes órdenes: políticos, académicos, religiosos, militares, etc., que poseen una temporalidad, una historia y un desarrollo específicos. Como resultado de la intersección de estas narraciones se ha construido una disciplina sistemática que ha podido manipular y dirigir a Oriente de una manera tan fuerte que casi nada de lo que se escriba o diga del mismo puede librarse de los condicionamientos que esta red ha impuesto (1990: 21-22). En ese sentido la idea de “discurso” es muy abarcativa y permite considerar que “la adquisición de una gramática oriental, como la árabe, está en la misma red como la adquisición de una colonia oriental, como Egipto” (Musallam, 1979: 25). Respecto a la cuestión del poder inscrita en la obra de Foucault e implicada directamente en la crítica al orientalismo, Said tiene un distanciamiento muy importante: “[...] a pesar del hecho de que pareciera ser un teórico del poder, como es obvio, y siempre estuviera hablando de resistencia, [Foucault] era en realidad el escriba del poder” (Osborne, 1993: 30).

Las tesis de Said presentadas en *Orientalismo* han producido una polémica desde que apareció el libro en 1978 en la versión en inglés. Algunos de los materiales publicados sobre el tema son las discusiones de Edward D. Graham, quien ha trabajado con las novelas chinas del siglo xx. La principal aportación de Graham es la de señalar que la idea de la “otredad” no es una particularidad de las miradas occidentales (1983: 31-45). Donald Lammers trabaja una crítica a Said desde la perspectiva de ciertas lecturas sociológicas y psicológicas sobre los japoneses. A diferencia de Said, él cree que hay en ellas una lectura y una interpretación hechas por occidentales que revelan una actitud simpática e imaginativa hacia los japoneses (1983: 45-61). Como aspecto importante, véase también el ensayo de Said

permite establecer este tipo de viajes, mientras que para otras regiones la connotación será distinta, aunque se reproduzca la estructura narrativa. Así por ejemplo, en el caso de África, nos encontraremos con *Primeros pasos...*, *Un viaje a la tierra de los...*, pero no aparecerá una valoración similar a la que Burton consagra a Oriente. Las narraciones sobre territorios menos identificados con un ambiente sagrado, con una historia menos grandiosa, son territorios en cierta medida a ser abiertos por la intervención de una mirada occidental totalmente secularizada. Este problema será tratado más adelante cuando veamos el texto *Primeros pasos...*

Said se pregunta cómo se gesta esta actitud de Burton que será característica de casi todas sus narraciones orientales. En primer lugar destaca que hay una tensión entre la aproximación de Burton

publicado en *Race and Class*, "Orientalism reconsidered". En este trabajo, Said amplía los objetivos que enfrentó en *Orientalismo*, considerándolo sólo una parte más de la enorme tarea crítica. Además hay allí una revisión de los exclusivismos posesivos tales como: sólo las mujeres pueden escribir literatura para mujeres y "solamente la literatura que trata a las mujeres y a los orientales bien es buena literatura" o "solamente los marxistas, antiorientistas, feministas pueden escribir acerca de la economía, el orientalismo, la literatura de mujeres" (1-15). Aunque Said manifiesta una actitud crítica respecto de esta acotación ideológica de los campos de estudio, en el análisis que hace de la narrativa de Burton queda implícitamente planteado el problema: sólo puedes acercarte a Oriente siendo un oriental. También puede verse la reseña-ensayo de Basim Musallam, "Power and Knowledge" (19-26). En este trabajo el autor enfatiza la posición de Said como observador de los discursos y prácticas occidentales en el propio Occidente. A su vez, resalta las vinculaciones profundas del orientalismo como práctica política y cultural con el imperialismo. En ese sentido preconiza los problemas que Edward Said aborda en su último libro: *Culture and Imperialism*. Una crítica que combina las lecturas de este último libro y de *Orientalismo* es la de Ernest Gellner. Este autor le discute a Said respecto de la clasificación de las personas que llevaron a cabo el orientalismo y el imperialismo. Dice: "Las distinciones entre categorías de personas, profundamente interiorizadas y socialmente impuestas, constituyeron una característica general de las sociedades complejas." Y se opone a la idea de una modernidad devastadora: "Únicamente fueron disueltas y en parte desgastadas por aquella turbulencia moderna que impuso su tendencia, pero que no agotaría el 'imperialismo'." (1993: 24.) Por último, se pueden ver también las distintas posiciones de los comentaristas árabes de Edward Said en un interesante libro de Emmanuel Sivan, titulado *Interpretations of Islam*. Sivan recoge las opiniones de varios intelectuales, entre ellos Sadiq Jalal al-'Azm, Muhammad Husayn 'Ali al-Saghir, Nadim al-Bitar y Hasan Hanafi. De todos ellos el último es el único que elabora una respuesta a *Orientalismo* (133-154).

al mundo oriental, su pertenencia cultural y su lealtad nacional. Sin embargo, Said desplaza este problema de las particularidades personales hacia el contexto más amplio del orientalismo como formación discursiva. Más aún, lo sitúa en la esfera de la propia historia del orientalismo y de sus reformulaciones en el siglo xix (238).

Lo que interesa en esta parte del estudio es analizar de qué manera los autores mencionados abordan el problema de la intervención de Burton, en términos de espacialidad, no sólo geográfica sino también cultural e histórica.

Para Said, Burton es alguien que se sumergió plenamente en la vida oriental, comprendiendo perfectamente el sistema de reglas y normas que regulaban la sociedad, dándose cuenta de que ser oriental o musulmán implicaba conocer determinadas cosas y que esas cosas estaban sometidas a una historia, a una geografía y a un momento del desarrollo social específicos (238). Este conocimiento le permitió a Burton abrirse paso en Oriente desde dos puntos de vista: el primero, señalado por Said, el de una conciencia que intenta esclarecer su situación en una cultura extranjera (238), y el segundo, más externo, el de una representación de su condición de "oriental", puesta en juego en el nivel de la corporalidad y de las relaciones sociales.

Sin embargo, la fuerza de la individualidad de Burton que en muchos casos, desde la perspectiva de Said, se traduce en observaciones honestas, tiene por objetivo dominar las complejidades de Oriente, establecer un control amplio sobre su territorio cultural. Edward Said dice que "en la prosa de Burton no se nos da Oriente directamente, todo lo concerniente a él se nos presenta por medio de intervenciones inteligentes", que nos muestran su forma de organizar la vida y la cultura (239). Así podemos ver que para Said una noción de orden surge de la narrativa de Burton. En tanto que esa noción no está tan atada a los requerimientos del orientalismo académico, la personalidad del autor pasa al centro de la escena y se establece una vinculación con el imperialismo inglés. La razón de ello la explica Alberto Cardín:

Burton opera implícitamente con la sobrevaloración de la categoría occidental de "individuo autónomo", mientras coloca lo gregario del

lado de Oriente, con lo que la decodificación de normas de uso por su parte implica no sólo un triunfo personal, sino el triunfo de su propia cultura, que posibilita la existencia de ejemplares como él (1987: 12).

Said prefiere pensar en la línea de una conciencia individual que a fuerzas se debía encontrar con el proyecto imperial. En la medida en que Burton advertía con más claridad su dominio sobre el Oriente, la promesa de un poder acrecentado por el conocimiento, tal como es definido en Occidente, le otorgaba otra perspectiva, otro punto desde donde mirar a la sociedad oriental. En los términos en que se produjo esto, para Said (1990) sólo puede ser un punto de vista ubicado en el exterior y por encima de la vida y la cultura oriental (239-240).

Hasta este momento, entonces, se podrían definir algunas características que resumen mis comentarios del texto de Said. En primer lugar, la noción de intervención, de establecimiento de un orden en el caso de Burton, puede ser rastreada a partir de la tensión entre su conciencia individual y la integración al espacio cultural oriental. Recordemos que esta implicación de Burton con el escenario y los actores de sus narraciones es intenso. En el siguiente capítulo veremos esto con más detalle. Esa situación coloca a Burton en la categoría intermedia de los viajeros escritores. Sin embargo, a pesar de que Said hace comentarios en torno al compromiso de Burton con el oriente —comentarios que por otra parte parecen laudatorios con una postura a veces rígida: “Burton llevó la afirmación de un conocimiento personal, auténtico, solidario y humanista de Oriente tan lejos que podía combatir contra el archivo del conocimiento europeo oficial sobre Oriente” (240)—, prefiere desplazar la intervención del narrador a un conjunto de etapas del propio orientalismo, produciendo por otra parte una reducción relativa de la independencia de los sujetos para la acción o para el pensamiento crítico. Por supuesto, el balance en el que Said instala a los viajeros y escritores no escapa a la perspectiva política que alienta su trabajo y con la que estoy de acuerdo. Pero no siempre la fórmula parece operar de manera tan feliz, porque pone las narraciones en un callejón sin salida. Si se adscribe al orientalismo académico, en el estilo de Lane, se está condenado a perder subjetividad. Dice Said:

Si ya sabemos que Lane no era musulmán, ahora también sabemos que para llegar a ser un orientalista —en lugar de un oriental— ha tenido que rehusar a los placeres sexuales de la vida doméstica. Además, también ha evitado datarse a sí mismo en el ciclo de la vida humana. Sólo así, de esta manera negativa, ha podido mantener su autoridad de observador atemporal (203).

Por el contrario, si se acentúan las características de la tercera categoría se cae en la trampa de un orientalismo que refuerza lo exótico, que construye a Oriente de acuerdo con las propias mitologías del viajero: “[...] Observamos cómo todos los peregrinos y especialmente los franceses explotaron Oriente en sus obras con el fin de justificar su vocación existencial” (210).

En la segunda categoría de intención, en la cual, como ya se mencionó, se encuentra Burton, el panorama no es muy diferente. Como fuera que estos escritores viajeros se movieran, ya sea desde una conciencia individual poderosa hacia el marco impersonal y supuestamente objetivo de las informaciones sobre el Oriente o viceversa, en la perspectiva de Said nunca habrían dejado de contribuir al orientalismo.

La noción de orden sobre los territorios y culturas del Oriente entonces aparece en la narrativa de Burton desde la perspectiva del observador privilegiado, que es capaz de compenetrarse con las prácticas culturales y sociales de una sociedad que le es extraña, pero que en última instancia está constituido en el interior de un *ethos* occidental que lo obliga a observar como europeo; esto, en palabras de Said, significa concebir “la sociedad como una colección de reglas y prácticas”, es decir, “se debe ver y conocer Oriente como un dominio gobernado por Europa” (240).

En este contexto la práctica de Burton de mimetizarse con los nativos del lugar adquiriría la característica de ser un disfraz, o quizá una forma creciente de separación con lo que cada vez más se va constituyendo como un objeto, perdiendo las dimensiones de ser, en parte, una experiencia vivida.

Este problema se verá con más detalle cuando se discuta el texto de Kathleen Zane, donde pretendo establecer algunos puntos para la discusión de la parte final de este capítulo.

Said concibe las etapas del orientalismo como parte de una interpretación teatral. Así, dirá por ejemplo que la primera gene-

ración de orientalistas como Renan, Sacy y Lane llevaron a cabo una *mise en scène*. El grupo de orientalistas que le siguieron se apoderaron de la escena y, posteriormente, en el siglo xx, a esta escena se le dio una dirección (240). De la metáfora teatral de Said se puede esperar que conciba a los viajeros y escritores incluidos en las categorías de intención como actores. Sin embargo, lo hace desde el lugar de la sospecha ante todo acto de representación. La idea de que el orientalismo es un resultado, o mejor dicho, el producto de una determinada hegemonía cultural generada en el contexto de la expansión imperial y colonial, y la idea de que los textos tienen un contexto (38), fuerzan demasiado a Said a demarcar la imposibilidad de Burton de una posible apropiación del Oriente.

Si bien comparto los enunciados generales de estas dos ideas, me parece que conllevan en la lectura de Said una serie de dificultades de orden político, que en definitiva se han venido señalando. En primer lugar, parecería que sólo pueden ser verdaderos actores quienes poseen una historia cultural adquirida a partir de su condición de nativos. La aproximación al universo cultural del islam y de las sociedades árabes por parte de Burton, en última instancia siempre será un acto de impostación, si lo que se pretende es que hable de un Oriente “real”. Si sólo se le ve, como diría Disraeli, como un miembro más de la “carrera” por Oriente, es decir, como alguien que fue a participar de una de las etapas de esta construcción hegemónica que llamamos orientalismo —como diría Said, a apropiarse de la escena—, será un actor, pero sólo para una audiencia que está dentro del mismo paraguas hegemónico: la europea. Para entender mejor esto, leamos al propio Said:

La mayoría de los eruditos humanistas, creo, están perfectamente de acuerdo con la idea de que los textos existen dentro de los contextos, de que hay un concepto que es la intertextualidad y de que la presión ejercida por las convenciones, las generaciones precedentes y los estilos retóricos limitan lo que Walter Benjamin llamó una vez “la sobrevaloración del individuo productivo en nombre del [...] principio de “creatividad” (32).

La pregunta es entonces: en la narrativa de Burton, ¿cuál es el lugar de Oriente, pero no en su versión orientalista, sino en el concepto de intertextualidad?

Creo que no es una cuestión menor. Said no intenta dar cuenta de ella puesto que de antemano sitúa a las narraciones de Burton en el espacio hegemónico del orientalismo. Si bien las nociones de orden están en juego en el análisis que estoy proponiendo, no debemos olvidar que también deberíamos preguntarnos por los espacios donde la construcción de una mirada imperialista presenta fracturas, brechas o intersticios por donde se filtra la presencia de los otros. El problema que será abordado en el capítulo III, donde analizo *Primeros pasos...*, es el papel que desempeñan en la narrativa de Burton y en sus nociones de orden los contextos por donde su mirada se despliega. Por ejemplo, qué ocurre con el islam en la forma y el contenido de las narraciones de Burton sobre Medina y la Meca, según el análisis que hace Said en *Orientalismo*.

Said nos dirá que *Personal Narrative...* es “rígidamente cronológica y debidamente lineal, como si [el autor estuviera] describiendo una tarde de compras en un bazar oriental en vez de una aventura” (235). Es evidente que la noción de un orden temporal lineal —se puede arriesgar— perteneciente a la tradición cristiana y occidental informa este texto, pero es evidente también que quien lo escribe, pensado desde una metáfora de la intertextualidad, ha podido hacerlo a partir de haberse sumergido en la vida de distintas sociedades,² como el mismo Said dice. Entonces, qué ocurre con los “textos orientales”, con la descodificación de la que habla Cardín. Es ése el momento más débil de *Orientalismo*, al menos en la sección dedicada a Burton, porque Said, paradójicamente, no puede incorporar a Oriente en estas lecturas.

La metáfora teatral de Said pone en juego cierta organización de los saberes sobre Oriente que tienen su audiencia en Occidente, pero reduce, a mi juicio, el carácter y la fuerza de la apropiación

² Para tener una idea de lo que significó esa actitud de Burton, véase su libro *Sindh and the Races that Inhabit the Valley of the Indus...* A pesar de las opiniones prejuiciosas y claramente imperiales de Burton, las cuales no se repiten con la misma intensidad en sus libros posteriores, la minuciosidad con la que conoce y describe ciertas prácticas culturales no puede entenderse si pensamos que no había más que un distanciamiento respecto al objeto de estudio. Por ejemplo, véase el capítulo VIII, donde el autor explica las prácticas del simulacro y la imitación de los sufíes jemalíes, entre otras descripciones (198-231). El simulacro será un tema importante en sus futuras exploraciones por Arabia y el este de África.

por parte de Burton de las reglas, normas e idiomas orientales; al mismo tiempo ve todas estas cualidades como algo muy cercano a una habilidad que correspondería al arte dramático, a una habilidad para interpretar papeles, pero nunca para asumirlos como parte de las propias tradiciones culturales; como si interpretar un papel en términos teatrales no implicara en gran parte asumirlo de manera profunda.

En lo que más nos interesa, los textos de Burton, la tensión entre el narrador, los que son “narrados” y los textos culturales,³ se convierte en un espacio degradado donde todo se condensa a favor del discurso orientalista. Éste es el momento que recupera Zane en su estudio. La tensión entre distintos espacios culturales no es para ella un lugar existente en la narrativa de Burton. Por el contrario, la simulación y el disfraz son parte de su separación creciente del objeto de su descripción. En el análisis que sigue discuto sus argumentos.

EL LUGAR Y EL ORDEN. LA MIRADA DE KATHLEEN ZANE

Zane (1984) se acerca a uno de los problemas que quiero abordar en este estudio: la construcción del orden espacial, desde la noción de lugar. La peculiaridad de su trabajo “Paradigms of place...” es que construye el concepto de lugar como hogar (48).⁴ Desde allí

³ Con esto quiero expresar que la idea de texto no está confinada a la representación escrita de la realidad. Por el contrario, cualquier enunciado de la experiencia, cualquier teoría o método, trabajo de arte o acción social pueden ser considerados textos que pueden ser leídos. Esto ha cambiado la forma de mirar hacia el pasado. Las teorías científicas se ven como narraciones, las actividades de la comunidad científica como conversaciones, etc. (Thompson Klein, 1992: 10). Por esta razón el significado no reside en un texto único y autónomo, como podría ser *Primeros pasos... o Personal Narrative...*, sino que surge a partir de contextos múltiples y heterogéneos. Los beduinos, somalíes, árabes, afganos, etc., y sus acciones, forman parte de esos contextos que atraviesan las narraciones de Burton. Si consideramos esta dimensión, a la noción de intertextualidad que menciona Said se le sumarían otros registros: cada una de las culturas que el autor ha intentado describir.

⁴ La tesis de Zane examina cómo con esta imagen del lugar como hogar, Nerval, Chateaubriand, Kinglake y Burton pudieron viajar a otros sitios y descri-

analiza cómo cada uno de los autores que critica tienen en su propia narrativa una concepción de lugar, la cual funciona como paradigma para la recreación de los lugares que son descritos.⁵ Zane se propone establecer una idea de lugar “como la primera de las cosas”, que convierte al concepto en un elemento esencial para la identidad y el reconocimiento del otro (48).

Nuevamente, el principal texto analizado es *Personal Narrative*... Se sitúa a Burton en un territorio intermedio entre cierta actitud romántica y una actitud ligada a la mirada del científico. Sin embargo, la primera no desempeñaría un papel central en la figura de Burton, en tanto la principal preocupación de éste sería la búsqueda de información, o en palabras de la propia Zane, “el derecho a buscar información” (101). Esta preocupación hace que la búsqueda de un lugar por parte de Burton sea propiamente la de alguien que captura información y su mirada sobre los espacios objetivantes (101).

Para Zane el paradigma de lugar contenido en la obra de Burton está conectado a un concepto de orden que es impuesto por el narrador sobre el espacio que es objeto de su descripción. El planteamiento de la autora es que Burton usa el término “peregrinación” con una carga irónica. Por un lado, sugiere un acto de secularización y a la par un acto sacrílego, en tanto su descripción está conformada a partir de la idea de la superioridad de la mirada científica. A diferencia de la postura de Edward Said que analizamos, Zane enfatiza radicalmente el acto de apropiación por parte de Burton, del Oriente: “[...] permitiéndole a Burton conocerlos [a los lugares], violarlos, poseerlos y adquirirlos” (102). Cada una de estas palabras evidentemente señalan la relación con el espacio

birlos. La noción alude a la idea del punto de vista, que en este caso está decididamente focalizado en la cuestión del orden espacial y en la construcción del mismo. El “hogar” actúa como el primer lugar de referencia para cada viajero, como Zane dirá, “como la primera de las cosas”.

⁵ Zane señala aquí un punto definitorio en su trabajo. Si los sujetos afirman la unicidad de sus propios lugares, pueden aceptar la diferencia y la unicidad de los “otros” lugares. Si esto no ocurre, los viajeros que escriben fallan en percibir las diferencias. Para ella, eso es lo que ocurre con las descripciones que hace Burton del Oriente. Lo que se impone es el punto de vista “nacionalista” sobre el lugar de los otros.

que Zane cree ver en Burton. Todas ellas son claves cuando consideramos lo que en el apartado anterior hemos definido como una actitud mimética y que analizaremos en el próximo capítulo bajo la figura del “disfraz”.

A diferencia de Said, Zane sitúa a Burton en una perspectiva más rígida. Considera que, en Burton, los objetivos que se ocultan tras la idea de “peregrinación” son los de dominio, de conquista y medición científica de los lugares que explora (102-103). Los lugares de este modo se convierten en el territorio para la intervención de una mirada occidental. En este sentido, nada puede quedar fuera de la voluntad de control. La pregunta en esta instancia es recurrente: ¿qué ocurre con los espacios “descritos” y nombrados en su narrativa?, o mejor aún, ¿qué ocurre con los “textos orientales”, con los lugares que la mirada de Burton ha establecido contacto?, ¿o con la tensión que analizábamos en la primera parte de este capítulo? La respuesta de Zane es compleja. Analicemos sus argumentos más en detalle.

Los dos volúmenes de *Personal Narrative...*, están estructurados, según Zane, de acuerdo con una serie de pasos o etapas que forman el paradigma de lugar de la narrativa de Burton sobre los sitios que visita. Esta estructura, que como veremos más adelante es muy parecida a la de *Primeros pasos...*, contiene seis puntos centrales:

- a) Un prospecto de la ciudad desde afuera y por arriba de sus límites;
- b) el pasaje desde el exterior a través de la ciudad hacia el lugar de alojamiento;
- c) el arribo al objetivo de la peregrinación; la medición, la clasificación de este lugar —su historia, las propiedades físicas, las costumbres—;
- d) las costumbres y el espectáculo del lugar más grande (la ciudad);
- e) la gente de la ciudad;
- f) los lugares secundarios para visitar, descritos de acuerdo con las estructuras de la descripción del lugar principal (105).

Esta organización permite destacar las nociones de orden que están en juego en la mirada de Burton. En primer lugar, Zane nos dirá que la idea de orden del autor traspasa los límites de la narrativa y se expresa en el ámbito estético. Pero lo peculiar es que la noción de orden estético de Burton está ligada a los principios de cierto orden natural, en contraposición a una noción provenien-

te de un fuerte marco normativo.⁶ Zane cree que esto se debe a un dato biográfico de Burton: su resistencia a las leyes arbitrarias en la escuela y en su profesión militar (106).

Su estrategia es separar constantemente a Burton y a su narrativa del Oriente. Esa separación se afirma en la idea del lugar propio como “la primera de las cosas”, que se refiere básicamente a la idea de que el lugar de pertenencia se constituye en el patrón de medida de cualquier otro ámbito distinto del propio.

La separación opera en casi todos los territorios. El ejemplo de la descripción de Burton de las riberas del Nilo como un paisaje que tiene un gran parecido al Sind⁷ implica una extensión del dominio de la narrativa y la presencia del mismo modelo de lectura para todos los paisajes. Al extenderse este dominio del paisaje y de los lugares, en la narrativa empiezan a desaparecer los registros que la fijan a un determinado ámbito. La idea *du déjà vu* presente en Burton (Zane, 1984: 109) opera aquí como una categoría del alejamiento, en contraposición al deseo, por parte de la autora, de una mirada más “fiel” a Oriente. En este sentido, Zane argumenta que Burton realiza en esta descripción del Nilo un desplazamiento del sitio que está mirando, lo desplaza de su lugar en el mapa y esa operación le permite realizar una serie de interpretaciones, las cuales se interponen entre el lugar mismo y la experiencia directa que de éste tiene el que mira (110-111). Entonces los lugares no contienen nada para ser mirados. Se convierten en una “entidad que puede ser tratada como un bien, que puede ser ordenada y del que se puede disponer” (111).

Zane dice que las interpretaciones que Burton ofrece de los sitios son por lo general repetitivas y estereotipadas, y que consti-

⁶ Zane cita un pasaje de *Personal Narrative...*, donde Burton expresa que la arquitectura inspirada en la época del sultán Hasan es preferible a aquella de la época de Mohammed Ali. La razón de esto es que Burton distingue entre un orden estético surgido de la imposición de la ley [Ali], de otro surgido, o que toma como modelo, a la naturaleza [Hasan] (Zane, 1984: 106).

⁷ “Para mí hubo una doble insipidez en el escenario: parecía ser el Sind otra vez: el mismo viento cálido y las nubes calientes y el ardiente atardecer y el calor de la noche; los mismos pilares de polvo y ‘demonios’ de arena barriendo como gigantes sobre la planicie; la misma agua turbia [...]” (Burton, *Personal Narrative*, I, 31, cit. por Zane, 1984: 109).

tuyen el *tableau* de la novela europea del siglo XIX. Es decir, un espacio donde la capacidad interpretativa de los personajes estuvo de alguna manera regulada por una dirección clara de la obra y un escenario que para los intérpretes es familiar (111). Eso ocasiona que Burton no reconozca, en la descripción que hace, la particularidad de los sitios que visita, puesto que cada escena ofrece pocas irregularidades y lo distintivo se ve condensado en lo típico. Por ejemplo, Zane muestra el “desorden” de una escena donde Burton se embarca con otros peregrinos (112), como una prueba de que los detalles en realidad son parte de la escenografía, pero no implican ninguna descripción de las particularidades del lugar: “las mujeres están [...] charlando con una fuerza inconcebible”, “en el momento en que embarcamos cada individuo encontró que él o ella había perdido algo de vital importancia”, “los barqueros estaban demandando el pago”, “los dueños de negocios reclamaban deudas” (*Personal Narrative...* cit. por Zane, 1984: 112).

Sin embargo, los detalles también tratan de demostrar que en Oriente las escenas anómicas son moneda corriente. Por lo tanto, desde la perspectiva de Zane, Burton lo que hace es demandar la imposición de un orden, específicamente del orden colonial británico (114).

Pero volvamos al sentido de lugar que explora Zane. Para esta autora la peregrinación de Burton no se lleva a cabo con el objetivo de descubrir y mostrar un sitio que permanecía desconocido para Occidente, sino por la experiencia de un individuo occidental que no está en su lugar de origen (125). El proceso por el cual en Burton convergen el disfraz y la mirada del científico está relacionado con la propia noción de orden natural de la cual hablamos. En este sentido, la presentación del saber científico está en consonancia con dicho orden, y, desde la postura de Zane, ello permite a Burton cometer el fraude del disfraz sin que intervenga en esta situación una dimensión ética (101-124).

Sin embargo, Zane señala también que al usar Burton la palabra “peregrinación” lo que hace es secularizar lo que “de hecho es un acto sacrílego, justificado bajo los auspicios del derecho del académico al conocimiento” (124). Éste es un punto importante. A mi juicio, si debemos creer en el argumento de Zane, lo que parece estar en juego también es la intención que tenía Burton

de legitimar ese derecho al conocimiento, desde una perspectiva que tomaba en cuenta una forma concreta de alcanzarlo, es decir, por medio de la “peregrinación”. Pero no sólo desde una perspectiva secularizante, ya que el modelo que eligió Burton para la exploración de la Meca y Medina es justamente el del peregrino musulmán. En este contexto podemos pensar entonces que el siguiente pasaje de *Personal Narrative...* expresa algo más que la separación de Burton respecto a su “objeto”:

[En la Ka'aba] fue como si las leyendas poéticas de los árabes dijeran la verdad y que las alas agitadas de los ángeles, no la dulce brisa de la mañana, estuvieran moviendo e hinchando la cubierta negra del templo. Pero, para confesar una humilde verdad, el de ellos era un alto sentimiento de entusiasmo religioso y el mío era el éxtasis de un orgullo gratificado (1964, II: 160-161).

Es evidente que Burton puede en ese instante reconocer su no pertenencia al lugar que describe y, como dice Zane, intensificar una actitud voyerista, porque se oculta tras el fraude del disfraz (Zane, 1984: 128). Este “disfraz” nunca parece ubicarlo en una situación conflictiva, porque le ofrece una posición privilegiada para definir el lugar de distintos pueblos orientales y observar a los europeos en Oriente, “en términos de su respeto por su lugar” (121). La noción de orden que subyace en esta actitud se conecta con el fuerte interés que Burton ve en el Oriente por el orden social (121-123). Sin embargo, aunque Zane no lo puede reconocer, Burton es capaz también de transmitir el ambiente de ese espacio sagrado: “alas agitadas de los ángeles”, “como si las leyendas de los árabes dijeran la verdad”. Al mismo tiempo que esto ocurre puede advertir su condición de extranjero y su narrativa recoge las muestras de recogimiento que el sitio impone: “para confesar una humilde verdad”.

La perspectiva secularizante de la peregrinación habita justamente en el espacio de tensión generado por la presentación de Burton como musulmán y la conciencia de su propia unicidad, la cual se presenta en la frase “el éxtasis de un orgullo gratificado”. Zane, por contraste, opina que lo sagrado de este lugar musulmán es secularizado como objeto y símbolo de esa unicidad (129). Sin embargo, la mirada occidental y del sujeto triunfante se combina

en esta escena con el ámbito que la contiene. Porque si bien Zane dice que Burton tiene la intención de poseer, violar y controlar el Oriente, también es cierto que esas palabras, que implican una fuerte noción de orden sobre el espacio cultural e histórico de los otros, son capturadas por el lugar que es narrado. Este argumento se relaciona con los títulos de las obras de Burton, tal como lo mencionamos en el apartado anterior. A la Meca y a Medina se peregrina porque esos sitios son de alguna manera bastiones inexpugnables para la mirada de Occidente. Llegar a ellos implica, además de la victoria del individuo frente a lo gregario —que, como dice Cardín, está puesto del lado de Oriente—, sumergirse en la religiosidad del objetivo, el cual, a mi juicio, impone a la narrativa un ambiente similar. Por el contrario, viajar por África, aunque el objetivo sea la ciudad musulmana prohibida de Harar, es un acto más propiamente secularizado y que, como veremos luego, contiene fuertes nociones de medida, cálculo, dominio y prejuicio. Ninguna de ellas, por otra parte, están exentas de conflicto con el espacio que abordan.

La tensión, que en el análisis del trabajo de Edward Said se centraba entre la conciencia individual y la integración al espacio cultural oriental, aquí se manifiesta entre el procedimiento de captura de la cultura oriental por parte de un individuo y la necesidad de traspasar esa experiencia al *corpus* del conocimiento occidental.

Para Zane, éste es el modo en que opera la idea de la peregrinación. Burton, al igual que los otros peregrinos, también tiene un objetivo intensificado, que merece la pena ser alcanzado. Pero, la misma situación que lo ubica como un sujeto fuera de su lugar, hace que al alejamiento de la cultura oriental, establecido a partir del disfraz (119-120), se le sume el alejamiento del discurso científico. Este último le sirve para “reforzar y sancionar” su individualismo voyerista (135). Refuerza en otras palabras su posición de observador privilegiado y le confiere los instrumentos para construir una imagen de los lugares como clasificables y poseíbles (120).

Por lo tanto, con lo que nos encontramos es con un doble desplazamiento de Burton que le permite poner en marcha sus nociones de orden, lo que para Zane implica que éste tenía un fuerte sentido de su propio lugar, pero definido de tal manera que no le permitía reconocer la unicidad de los otros lugares.

Ahora bien, el análisis de Zane muestra una forma muy particular de organización del saber sobre Oriente: la que se ordena detrás de los paradigmas de lugar de quienes lo narraron. Sin embargo, su aproximación al tema comportó el peligro de una lectura de estos textos desde una perspectiva de la crítica literaria que asume que el autor mantiene un control *in extenso* de la trama y de la significación. Peligro concreto evidenciado cuando a la narrativa la ponemos en el contexto de los sitios narrados.

El resultado será casi siempre el distanciamiento del “objeto” de la narración y el desplazamiento del narrador hacia un paradigma de lugar ajeno a lo que describe.

Para Said, como vimos, Burton es el representante de una etapa concreta del orientalismo. En ese sentido, a pesar de la implicación que tuvo éste con la vida oriental, la presión del discurso orientalista terminó imponiéndose. Zane, por su parte, acrecienta la pertenencia de Burton al mismo discurso y lo extraña de los lugares que describe en su narrativa. En la postura de la autora hay siempre un reclamo porque en la narrativa de Burton no aparece “el verdadero Oriente”. Eso se debe al alejamiento del autor respecto a la cultura oriental a través del disfraz.

En este punto hay un problema. Zane “reclama” a Burton que no haya hecho una descripción del Oriente que se ajustara a como el Oriente en realidad era. En ese sentido es muy pertinente la filiación de Burton con el orientalismo. Ya Said nos había dicho que Burton nunca nos entregaba el Oriente directamente porque siempre estaban de por medio sus “intervenciones inteligentes”, aunque él creía estar describiendo los paisajes y la gente tal como eran. Si bien Zane se pregunta por los paradigmas de lugar de la narrativa de Burton, se acerca a la idea de la escritura como reflejo de la realidad cuando critica el distanciamiento, el alejamiento del autor de su “objeto”. Hay un reclamo para que su escritura se implique con el Oriente.⁸ Pero lo que la escritura de Burton ofrece en esta descripción no es justamente una captura en términos de

⁸ Este reclamo de Zane se relaciona con la forma de entender el papel que desempeña la narrativa. La idea de quienes defienden el discurso científico de la historiografía es que nunca puede presentarse la vida real como si tuviera el tipo de coherencia formal de una fábula o un cuento. De este modo se supone que la dimensión literaria de la narración histórica se relaciona únicamente con algu-

lo real sino, por el contrario, una forma de representar el Oriente por medio de un acto doble: en primer lugar de evocación [del Sind en el Nilo], el cual le permite volver familiar lo que de otra forma no lo sería. En segundo lugar, la misma evocación le otorga la posibilidad de control y de dominio sobre lo que mira porque es allí donde operan los paradigmas de lugar que Zane estudia. Tal descripción, por cierto, no lograría aprehender el Oriente; en todo caso lo objetivaría. En el análisis de Zane está presente la idea de que la escritura es un territorio posible para representar lo "real". En cierta forma, lo que queda de lado es el hecho de que lo que llevan a cabo las representaciones es un ejercicio de sustitución. Lo representado es despojado de su particularidad en función de la representación. Se podría decir que es un ejercicio de violencia sobre el "objeto", la cual se traduce en una intención de intervenir y de corregir lo representado. Desde este lugar la escritura de Burton es una práctica de dominio de la naturaleza y de control sobre el otro cultural, el cual es forzado a entrar en una gramática que frecuentemente le es extraña. Esto, por supuesto, no significa que tales representaciones adquieran el carácter de algo falso o que estén solamente en el orden de las ficciones literarias, como dijimos antes. Ellas pueden tener la misma eficacia social y cultural que cualquier hecho o narración considerada "real".

A diferencia de Said, pero particularmente de Zane, Pandit intenta explorar los espacios menos orientalistas de la narrativa de Burton. No realiza ningún tipo de reclamo respecto a la sustitución de un Oriente "real" por uno "imaginario". Por el contrario, prefiere establecer de qué manera las distintas presentaciones de Burton son un reflejo de la tensión entre sus referencias culturales

nos detalles estilísticos. Los historiadores se encargan de los hechos reales y los literatos de sus ficciones. Las teorías actuales del discurso defienden la idea de que no hay razón para una diferencia ontológica entre los respectivos referentes. En realidad, frente a esta separación hoy se afirma que ambas formas son "aparatos semiológicos que producen significados mediante la sustitución sistemática de objetos significativos [...] por las entidades extradiscursivas que les sirven de referentes". La narración puede entonces establecer un tipo de relación irreal, enseñar a la gente "a vivir una forma de relación [...] imaginaria con sus condiciones de vida reales". Sin embargo, es una relación válida para las personas reales en tanto se hallan inmersos en formaciones sociales donde desarrollan su vida (White, 1992: 11-12).

de origen y las que aprehende en el curso de sus exploraciones-descripciones.

LAS TENSIONES Y LAS PERTENENCIAS. LA MIRADA DE PALLAVI PANDIT

El orientalismo, en la esfera del discurso literario, es el tema de *Orientalist Discourse and Its Literary Representations...* Pallavi Pandit concentra su atención en territorios similares a los que vimos en oportunidad de analizar el texto de Edward Said. Así entonces, las tensiones surgidas a partir de las dobles pertenencias de Richard Burton serán el objeto principal del estudio: pertenencia a la territorialidad cultural, social y discursiva del imperio británico y pertenencia a la propia vida oriental.

Pandit (1990) señala que Burton se identificaba a sí mismo con el imperio pero que eso no significaba un correlato directo de una identificación con la sociedad británica. Sin embargo, a pesar de esta relativa separación de la vida de la sociedad victoriana, el pensamiento político de Burton coincidía perfectamente con las opiniones políticas hegemónicas que sobre el Oriente se tenían en esa época en Inglaterra (137).

Las nociones de orden y la relación con los otros, que son las preocupaciones de mi trabajo, en el texto de Pandit se desenvuelven en el contexto de la relación dual de Burton respecto del Oriente y el imperio. Pandit dice que todas las actitudes de Burton, tales como el hecho de ser un descastado en su propio país, de suscribirse a la mentalidad angloindia y de reconocer su filiación con el imperio británico, hicieron que su respuesta frente al islam fuera

indudablemente mezclada. Fue una confusa mezcla de dominación y deshumanización y, a su vez, de un sentido de pertenencia al Oriente. Como un verdadero *white sahib* de la India, tuvo un sentido de superioridad hacia cualquier cosa oriental, pero, por otro lado, como un foráneo en su país se sintió más abierto a otras normas y costumbres y pudo mezclarse entre los orientales (138-139).

Desde esta perspectiva Pandit se opondrá a la posición de Zane, en cuanto al fuerte sentido de lugar que Burton tenía. Para Pandit la tensión que está presente en las pertenencias de Burton

hace que éste no posea un sentido de lugar tan definido ni tan fuerte y, para lo que nos interesa en este estudio, eso se destaca en sus retratos de los orientales (145-146).

La preocupación central de este autor es analizar “la naturaleza extraña y contradictoria de la respuesta de Burton al Oriente y [a] su propia cultura” (146).

Según Pandit, Burton considera a los orientales dentro de unos patrones fijos, los cuales no se modifican a pesar del tiempo, el lugar o las circunstancias. Estos patrones pueden ser entendidos como conformadores de un tipo distintivo de personalidad. En cierta forma para Burton el Oriente es como una cantidad fija. Pandit señala también que Burton, en contraposición con esta representación de los orientales, expresa una imagen de los británicos adecuada a la idea de una personalidad dispuesta a aceptar los retos y el cambio (147-148). En general, estas dos visiones corresponden de manera amplia a las actitudes del orientalismo como discurso que comparte y se constituye en el interior del fenómeno hegemónico del imperialismo. A esto se debe agregar lo que Pandit señala como la “aplicación de la ciencia popular occidental (la cual le sirve a Burton) para reivindicar sus propias nociones de superioridad cultural” (148).

Desde este lugar, Burton desplegará una amplia clasificación y catalogación de los orientales. El proceso por el cual esto ocurre se puede explicar, según Pandit, por la popularidad de la frenología, una disciplina “científica” muy popular en la primera mitad del siglo XIX en Inglaterra, de la cual se decía que analizaba la conducta de los individuos a partir de ciertas características físicas. Por aquella época se la usaba para cuestiones de orden educativo y para intentar la reforma de los criminales. Burton aplicará esta idea a los orientales, quienes en *Personal Narrative...* son objeto de una equiparación con los animales, al utilizar los mismos procedimientos narrativos para ambos y al asociar características físicas con el comportamiento.⁹ Esto es casi una constante en las descripciones que hace de distintos grupos árabes, donde es casi imposi-

⁹ Este aspecto es bastante característico de casi todas sus obras de tipo etnográfico o de las narraciones de viaje. En el siguiente capítulo, cuando aborde el tratamiento de *Primeros pasos...*, se analizará este aspecto con más detalle.

ble distinguir cuándo Burton está hablando de los animales y cuándo de las personas (149-150).

La actitud de clasificar y de medir, desde el punto de vista de Pandit, refuerza la idea de que los orientales son seres incivilizados y primitivos, aunque habiten en un ambiente románticamente simple. Sin embargo, para este autor, el rechazo de Burton a compartir los espacios orientales que definitivamente se parecen a lo que él imagina como algo civilizado no sólo debe ser leído en la clave de un etnocentrismo marcado, sino también en el sentido del rechazo a Occidente y a la política europea, aunque este último se relaciona con un fuerte sentimiento patriótico que ve a los territorios del imperio británico como lugares atrasados y estancados en el desarrollo social, cultural y económico (151).

No obstante, lo que más importa de la tesis de Pandit es que trata de investigar la forma en que se desplegó una actitud no orientalista en Burton. Los argumentos de Said que critiqué en la primera parte de esta sección son retomados por Pandit desde un punto de vista crítico diferente. Para él, Said queda atrapado en un argumento circular al decir que el conocimiento de Burton acerca del Oriente sólo estaba a disposición de un público europeo y que, por esta razón, el entendimiento que era capaz de demostrar en torno a las sociedades orientales sólo era una forma de dominación (151-152).

Desde la perspectiva de Pandit es necesario desentrañar otras facetas de las actitudes del explorador-viajero-escritor en relación con el Oriente. A diferencia de la posición de Zane en cuanto al “fraude del disfraz” de Burton —que, como vimos, se apoyaba en la idea de que por medio de él Burton realizaba un proceso de alejamiento y dominio constante del Oriente y, a su vez, de reafirmación respecto a su condición de británico—, Pandit cree que el hecho de que Burton hiciera la peregrinación como un “auténtico creyente” y no como un converso se debe a razones emocionales: al hecho de no ser rechazado por las sociedades orientales (152). Esta idea permite al autor decir que Burton tuvo una asimilación de la vida oriental no comparable con la de ningún otro viajero occidental (153). Leamos al mismo Burton:¹⁰

¹⁰ Pandit no tiene esta cita en su texto pero me parece relevante para lo que argumenta, además de que expresa mi acuerdo con su punto de vista.

Por su consejo [el Hayi que lo aconseja, originario de Rusia] dejé de lado la túnica de Darwaysh, los amplios pantalones azules y la camisa corta; de hecho, toda conexión con Persia y con los persas. "Si tú persistes en ser un 'Ajami'," dijo el Hayi, "te encontrarás en problemas; en Egipto serás maldecido; en Arabia serás golpeado porque eres un hereje; tú pagarás el triple de lo que otros viajeros pagaron y si te enfermas puedes morir al costado del camino" (1964, I: 44).

La afirmación más fuerte de este estudio sin duda es la que se refiere a la identificación de Burton con el medio. Éste es un aspecto que hemos señalado en las páginas introductorias de esta sección. La propuesta es explorar y reflexionar sobre los espacios menos axiomáticos¹¹ de la narrativa de Burton. Los dos estudios que he analizado anteriormente se sitúan en la esfera de lo previsible.

Sin olvidar la profundidad y originalidad de ambas perspectivas se puede decir de ellas que abordan la narrativa de Burton teniendo en cuenta la formación de un poder creciente de control y construcción sobre lo que vagamente denominamos la "otredad". Sin embargo, estas visiones refuerzan el paradigma de la separación entre el observador y los que son observados: entre Burton y el Oriente en el caso de *Personal Narrative...*; entre Burton y África oriental para el de *Primeros pasos....* Los ámbitos de la narrativa de Burton menos normados, menos definidos por las actitudes de separación y alejamiento, son también importantes desde dos perspectivas: en primer lugar, desde un punto de vista político, específicamente en el caso de las reflexiones sobre el orientalismo. Es decir, sirven como control crítico de una lectura orientada a desarticular el papel que desempeña el sujeto por medio de la inserción de éste y de su voz en el contexto de una formación discursiva omnipresente. Por otra parte, cuestionan la idea de que

¹¹ La referencia a una mirada axiomática no conlleva una connotación peyorativa. Lo que trato de señalar con este término es que se han desarrollado una serie de trabajos enfocados desde la perspectiva de cómo Occidente construyó los espacios, las historias y culturas de otras sociedades. Pero son poco frecuentes los estudios que intentan rastrear desde el mismo punto de observación los lugares donde las narraciones occidentales son más frágiles respecto a esas construcciones. Los trabajos de Said y de Zane entran en la primera categoría.

siempre asistimos a un acto inequívoco y definido de construcción de los otros.

El estudio de Pandit (1990) sobre la narrativa de Burton tiene la particularidad de preguntarse cómo son esos espacios menos normados y cuáles son las tensiones que de él se derivan.

Para Pandit, el hecho de que Burton tome un disfraz simboliza por una parte la conciencia de su identidad británica pero, a su vez, representa el hecho de encontrar una nueva territorialidad a la que puede pertenecer y de la que puede participar. Este sentido de pertenencia se revela, según Pandit, en la apropiación por parte de Burton de los prejuicios y actitudes de la gente con la que se ha identificado (154). La identificación de Burton con sus compañeros es tan fuerte que no guarda una conducta “oriental”.¹² A diferencia de la hipótesis del alejamiento de Zane, Pandit privilegia los acercamientos de Burton a la gente en sus narraciones de la vida oriental. Así, por ejemplo, cuando describe a sus compañeros mantiene las técnicas tradicionales de descripción del orientalismo. Los sujetos son clasificados y categorizados como “orientales”, es decir, dentro de unos patrones básicos referidos a sus conductas, pero al mismo tiempo reconoce las circunstancias en las que sus vidas se desenvuelven y puede también describir los diferentes papeles que desempeñan como padres, amigos, esposos e hijos (155).

Lo característico de la mirada de Pandit es que sitúa a Burton en un terreno intermedio entre el orientalismo que anula las diferencias, que estigmatiza permanentemente a los que son objeto de su estudio, y una actitud de asimilación al contexto que describe. Tal posición hace que Burton, como peregrino, describa a los otros peregrinos mezclando dos maneras de verlos: como “orientales”, donde las conductas están casi prescritas, y como individuos, puesto que los incluye en su narrativa teniendo en cuenta sus contextos y sus circunstancias sociales particulares (156).

La perspectiva de Pandit recupera en cierto sentido la función del sujeto, al menos en una dimensión posible: en la narrativa. En esta instancia, el hecho destacable es la existencia de una tensión entre las identidades puestas en juego por Burton en el terreno de

¹² En un sentido orientalista del término.

sus exploraciones. Pandit pone en entredicho la tesis de Alberto Cardín, en tanto Burton no siempre coloca lo gregario del lado de Oriente. Junto a esta mirada habría que considerar la narrativa de Burton en el contexto de sus referencias a Europa y, en particular, a Gran Bretaña. En última instancia las pertenencias de Burton al imperio británico, su fidelidad a la territorialidad británica, se expresan también de una manera esencializada. El “nosotros” inglés no es necesariamente inclusivo de todos los sectores sociales.

Como veremos en *Primeros pasos...*, los galeses y los irlandeses, al igual que los etíopes, pueden ser objeto de referencias estereotipadas y, por lo tanto, ser considerados como grupos que expresan lo gregario frente a la individualidad del narrador, quien los captura en un solo comentario definitorio.

Pandit dice que el intento por parte de Burton de controlar y medir los lugares sagrados musulmanes es concreto pero que, a su vez, en el proceso de adoptar una pertenencia oriental, se encuentra hablando en contra de este tipo de dominio y control, criticando la presunción de que los occidentales son superiores (159).

En ese contexto, a diferencia de la opinión de Zane, Pandit cree que Burton, por medio del “disfraz”, se encuentra en una situación muy compleja. Recordemos que Zane afirma que Burton se constituye detrás del disfraz en un auténtico *voyeur*. Al constituirse en un oriental se convierte de hecho también en una posesión “de los británicos y es forzado a mirar la posición del Oriente desde el punto de vista de un súbdito del imperio británico” (164). Sin embargo, esta tensión, que como hemos visto se expresa en diferentes niveles, se resume en una crítica a la forma en que los británicos despliegan su poder pero no al hecho de que gobiernen al Oriente (165-166).

En ese sentido, Burton se encuentra en un marco de lealtades al orden colonial británico puesto que reconoce el derecho que tiene Gran Bretaña de poseer esos territorios, pero no necesariamente se identifica con una idea de hogar nacional, sino con la extensión del imperio. En tal situación el contraste que aparece entre Burton y una mirada orientalista típica es evidente. Como opina Pandit, no parece claro que haya una correlación directa y única entre la determinación de “actitudes geográficas” y el poder

económico y político. Un dato clave de esta afirmación lo constituye la respuesta del individuo ante su propia cultura (166).

Así entonces, las nociones de orden que estamos explorando en la narrativa de Burton, en el caso del estudio de Pandit se vuelven mucho más confusas que en los casos de Zane y Said. En primer lugar, en la medida en que el disfraz es visto como una fuente de tensión más que de seguridad, la narrativa de Burton es un territorio menos claro para determinar cómo se ejerce el dominio, el control y la narración de los "otros". En segundo lugar, la perspectiva de Pandit apuesta a reinsertar al individuo que narra como parte importante de sus propias narraciones. De ese modo, las conductas que Burton asume, a partir del hecho de que también es un personaje de su narración, son las de alguien en conflicto y tensión con los otros personajes narrados. En *Personal Narrative...* Burton prepara su ingreso a la escena de la peregrinación de una manera muy cuidadosa. Es decir, se construye como el personaje central de una gran obra teatral en la que va a representar un papel muy preciso:

Sostener el personaje requiere de un conocimiento del persa, del indostaní y del árabe, a todos los cuales yo conocí suficientemente bien como para que sirvieran; cualquier vana imprecisión fue cargada a mi larga estadía en Rangún (I: 45).

La posición de Pandit es que la construcción del personaje lleva a Burton a un terreno de filiaciones confusas respecto a su cultura de origen, la cual es en más de un aspecto europea y no solamente británica. Esto hace que cuando el centro de la escena son las descripciones del Oriente, su narrativa abra en gran medida un campo posible de exploración para los diferentes análisis, en tanto de ella se pueden extraer nociones de orden muy fuertes, tal como lo hace Zane, o territorios significativos de identificación con los otros, como lo hace Pandit.

En este terreno de las identificaciones entra la lectura de Thomas Assad, la cual destaca el carácter complejo de la apropiación de Burton respecto al Oriente, reforzando la idea de su pertenencia al imperio británico casi en contraposición a su pertenencia a Inglaterra.

LAS TENSIONES Y LOS CONTRAPUNTOS. LA MIRADA DE THOMAS ASSAD

El trabajo de Thomas Assad, *Three Victorian Travellers. Burton, Blunt, Doughty*, enfatiza las pertenencias culturales de Burton y las enfoca desde dos ámbitos: el de la cultura victoriana, de la que es parte el viajero explorador, y el de la forma en que éste se apropia de ciertos registros culturales en Oriente y en África.

Para el presente estudio es importante rescatar esas dos dimensiones, ya que a partir de ellas se pueden valorar las tensiones culturales que habitan en la narrativa de Burton y establecer de qué manera esas tensiones participan en la construcción de un orden espacial y un orden temporal.

Según Assad (1964), los viajeros victorianos se lanzaban a través del mundo impulsados por varias razones: el celo misionero, el deseo de aventura, la búsqueda de lo romántico, la inquisición científica, etc. (5). En estas amplias categorías de interés se ubicaban personajes del tipo de Speke, Eliot Warburton, Livingstone¹³ y el mismo Burton.

Este último es considerado por Assad como el personaje más sobresaliente de la amplia gama de viajeros-exploradores-escritores de la segunda mitad del siglo XIX. La razón de ello de alguna forma la hemos estado analizando en los apartados anteriores: el importante grado de aprehensión que Burton tenía en relación con distintas regiones como India, el este y el oeste de África. Assad piensa que los viajes tempranos de Burton por Europa con su propia familia marcaron su sensibilidad como escritor. Tal situación convierte a Burton en un hombre totalmente diferente de los otros hombres británicos de su tiempo (10);¹⁴ lo hace sentir algo

¹³ Thomas Assad menciona además a sir Austin Henry Layard y su trabajo *Discoveries at Nineveh*, el famoso texto de Alexander Kinglake, *Eothen y Monasteries of the Levant* de Robert Curzon. La mayoría de estos textos fueron pensados en la lógica de la expansión de los dominios británicos en Asia y África. Para ver los alcances más detallados de una impronta más sistemática de la moral británica en los territorios colonizados es particularmente ilustrativo el texto de George Seaver sobre Livingstone, *David Livingstone. His life and letters*, aunque esté construido desde una perspectiva biográfica tradicional.

¹⁴ Michael Kernan tiene una opinión parecida respecto a las cualidades de Burton. Este autor piensa que Burton era un "adelantado para su tiempo", ya que

cercano a estar permanentemente “fuera de lugar” (11). Este punto es importante para contrastarlo con los argumentos de Zane. Si apoyamos su posición en torno a la actitud de Burton respecto a los orientales, su espacio y su cultura, podemos decir que no sólo nos encontramos con un Burton que se diferencia y aleja del Oriente en general, la India o África; también podemos verlo con un actitud similar en el contexto británico.¹⁵ Aunque con este argumento se refuerza la tesis del alejamiento, también es cierto que permite situar mejor el contexto en el que se inscribe su narrativa, ya que incluye datos biográficos generados en la propia cultura británica.

Para Assad, lo que motiva a Burton a viajar y explorar otros sitios es el hecho de abandonar los lugares que ofrecían estabilidad y ninguna perspectiva de descubrimiento o aventura. En este sentido se inscribe su partida a la India. De manera análoga se inscribe su apoyo al imperialismo británico, en tanto éste se le aparecía como un símbolo de la aventura y como reflejo de su propia arrogancia (16-17).

Pero lo más interesante del estudio de Assad son sus afirmaciones en torno a la cuestión de cómo Burton llevó a cabo una apropiación del Oriente y de África. Assad considera que el entendimiento por parte de Burton de la cultura y de la lengua árabes,

hablaba al menos 25 idiomas y 15 dialectos. Por esta razón lo considera un antropólogo pionero. Otras de las facetas de Burton que para Kernan lo ubican fuera de su época eran sus largas meditaciones respecto de los hábitos sexuales de sociedades no europeas, lo cual en el contexto de una moral victoriana era algo transgresor (1990: 127). Sin embargo, el tono general del artículo es poco crítico y reproduce un discurso orientalista y prejuicioso, además de que el “ambiente” gráfico que rodea al artículo es una invitación a explorar lo “exótico”.

¹⁵ Assad señala que Burton tenía una actitud desafiante hacia la vida académica de Oxford. Sus relatos de aquella época eran una compilación de incidente tras incidente (1964: 11). Casi todos sus biógrafos/as coinciden en que esta etapa de la vida de Burton significaba una fuerte presión para estabilizar lo que de alguna manera, para los patrones de la época, había sido una vida poco común con constantes viajes por toda Europa, cambiando permanentemente de escenarios. Estos aspectos de la vida de Burton pueden verse en los trabajos biográficos de Fawn M. Brodie, *The Devil Drives* (40-46); Frank McLynn, *Burton: Snow upon the Desert* (1-27); Glenn S. Burne, *Richard F. Burton* (1-25) y Edward Rice, *El capitán Richard F. Burton* (32-55).

así como también su conocimiento de la mayoría de los idiomas de la región, incluso de los dialectos, lo convierten en un arabista de primera categoría (19). Desde esta perspectiva el estudio de Assad valoriza la mirada del científico, pero desde un lugar distinto al que propone Zane. Para Assad, tal actitud de Burton puede ser evaluada a partir de un número de apreciaciones comparativas que están en su propia narrativa. Desde este punto de vista, Assad dice que Burton se presentaba como un observador objetivo de la vida oriental (19).

Sin embargo, esta afirmación parece exagerada cuando se pone en juego la presentación de Burton en el escenario de su narrativa como un musulmán. Si lo consideramos como Thomas Assad dice, como un observador objetivo, entonces el papel que desempeña la vestimenta y el lenguaje en él es exactamente el que Zane postula: el de un disfraz tras el cual se oculta una mirada completamente occidental que establece enormes distancias con lo que mira. También es cierto que Assad habla de lo “objetivo” a partir de los comentarios críticos que Burton puede expresar respecto a una u otra cultura, incluyendo la propia (20).

Para Assad, el entendimiento de Burton en relación con los árabes fue de gran acercamiento y profundidad, lo cual puede observarse en las constantes referencias cruzadas de las tradiciones de caballería europeas y sus orígenes. Estas referencias se tomaron en términos del mismo valor que tenían las tradiciones árabes. Sin embargo, gran parte de estos comentarios estaban compensados por opiniones que devolvían a Oriente al lugar de los estereotipos (21). Este movimiento es parte de la tensión que venimos señalando desde el principio de estas páginas. Burton realiza constantes desplazamientos entre el marco que le propone una episteme europea, una actitud romántica respecto al Oriente y una aproximación muy cercana a este último. Estos desplazamientos pueden ser considerados de diferente manera.

Zane traza para Burton una voluntad, una conciencia de la posibilidad de salir del Oriente. Pandit, como vimos, prefiere establecer una cierta simbiosis con el escenario de las narraciones. Said deja pocos espacios para no ser orientalista. Assad se instala en el terreno de los contrapuntos. Es decir, por un lado, expresa y analiza las manifestaciones de una mirada romántica en Burton, a

la par de la mirada objetiva. Ambas son tradiciones profundamente decimonónicas. Por otro lado, pone en juego el territorio de las pertenencias del narrador en relación con Arabia, India y África.

Es en este ámbito de filiaciones amplias donde las nociones de orden de Burton se expresan. Assad dice que el patriotismo de Burton encuentra una territorialidad no en las referencias al “hogar nacional”, a Inglaterra, en la que por otra parte estuvo en pocos y cortos periodos de su vida, sino en el espacio ampliado de dominio que Inglaterra había desplegado en todo el mundo: el imperio (30). Desde ese lugar, donde la ausencia de instituciones y prácticas republicanas o democráticas era la norma, Burton construye sus nociones de orden. En el tejido de la red del imperio establece las categorías clasificatorias de los individuos y regiones que observa. Eso ocurre combinado por un sentimiento de superioridad, por el hecho de ser un inglés, pero particularmente, un hombre británico. Assad señala que no es ilógico que el Burton antirrepublicano e imperialista tuviera un fuerte sentido de superioridad, hecho que se hace evidente en sus consideraciones hacia los beduinos, de quienes pensaba que no se les podía inspirar otro sentimiento que no fuera el miedo (29). Es interesante destacar que su preferencia por los nómadas, frente a los pueblos sedentarios, no ocultaba el conflicto que con sus nociones de orden implicaba la movilidad de los beduinos y la dificultad de dominarlos. Las apreciaciones de Burton sobre los árabes estaban mediadas por esta situación conflictiva. Podía estar de acuerdo con que los árabes se manifestaran en contra del gobierno y el dominio turco, cuestión que de hecho apoyaba resaltando el carácter independiente de éstos, pero no tenía la misma consideración cuando lo que estaba en juego era el dominio británico (22).

Sin embargo, las tendencias imperialistas de Burton casi nunca fueron consideradas por sus críticos. En realidad, éstos prefirieron situarse entre los extremos de las visiones románticas y las visiones críticas de las aproximaciones de Burton en relación con los que eran descritos. La segunda de estas posturas refuerza las pertenencias de Burton a las culturas no europeas, y por sobre todo destaca que sus escritos implicaban un aspecto crítico para las audiencias victorianas. Leamos una crítica, citada por Assad, de Stanley Lane-Poole, quien era contemporáneo de Burton.

Los señalamientos de los críticos sobre las *Noches* son devastadores: llaman al trabajo “una destacable ejecución” [mientras que] siendo “un monumento de su [de Burton] conocimiento del árabe y de su conocimiento enciclopédico de la vida oriental, es igualmente efectivo para revelar la sorprendente familiaridad que como escritor [tiene] con el argot y el lenguaje de los árabes, no menos que con la mayoría de los secretos, y debería agregarse, con la mayoría de sus asquerosos hábitos (32).

Parte de la imagen de un Burton totalmente implicado con el Oriente ha debido mucho a este tipo de crítica.

En realidad, lo que estaba de por medio en esta clase de lecturas de los trabajos de Burton era la repulsión ante el acercamiento que éste tuvo respecto a los territorios y la gente no europeos a través de una mirada antropológica. Sin embargo, Assad dice que a pesar de la imagen de los “acercamientos dudosos” que sus críticos¹⁶ le señalaron respecto al mundo árabe, Burton mismo se ocupó de que las connotaciones de las palabras “turco”, “árabe” y “mahometano” tuvieran una fuerte carga de sensualidad (38).

Cada uno de estos contrastes en Burton y en su propia narrativa tienen que ver en gran parte con el problema de las audiencias. Es evidente que sus escritos no están hablando a un público oriental sino a uno europeo.¹⁷ Desde ese lugar se pueden leer las réplicas a sus críticos y el despliegue de un amplio conocimiento sobre las tradiciones islámicas y cristianas. Del análisis de Assad se

¹⁶ Principalmente *The Pall Mall Gazette*, *Echo*, *Saturday Review*, *Edimburgh Review* y *The Critic*. Las respuestas a todos ellos se pueden ver al final del último volumen de *Supplemental Nights*.

¹⁷ Parte del carácter provocativo con el que Burton habla de la sexualidad tiene que ver con su propio disgusto con la moral de la sociedad victoriana. Edward Said señala que en el siglo XIX en Europa no existía una cosa tal como “sexo libre” y, por otra parte, el sexo significaba para la sociedad una cuestión central en el tejido legal, moral y de obligaciones políticas y económicas (1978: 190). El temple representaba un aspecto del autocontrol admirado y buscado por la clase media (Reader, 1964: 140-141). Sin embargo, parte de esa conducta se debía a que la propia clase media rechazaba, desde una posición puritana, el comportamiento extravagante, la frivolidad, la indulgencia y el exceso de los sectores aristocráticos (Thompson, 1988: 58). Burton, como miembro de una familia acomodada, expresa frecuentemente el rechazo a este tipo de control del cuerpo. Una de las formas más peculiares de manifestarlo es por medio de sus propios relatos.

desprende que las localizaciones de Burton son centrales para entender el carácter paradójico y hasta contradictorio de su narrativa. El discurso en la narrativa de Burton tiene diferentes niveles pero casi siempre los mismos receptores. En todo caso, éste es el aspecto más evidente. Una cuestión que es central en mi estudio es saber hasta qué punto ese discurso construye a “los otros” como categorías disecadas y estigmatizadas, y hasta qué punto no lo hace. El problema de la tensión entre las propias tradiciones culturales y los contextos que la mirada de Burton recorre es en cierta forma uno de los caminos más concretos para entrar en las brechas, en las fisuras menos abiertamente orientalistas de su narrativa. Assad hace a Burton “habitar” en el imperio británico. Esta posición posiblemente sea acertada puesto que desde allí Burton se puede volver un comparador de culturas y tradiciones, así como un crítico de la cultura europea.¹⁸

La territorialidad imperial fue, desde el punto de vista que asume Assad, el lugar donde las múltiples facetas de Burton podían desarrollarse, desde su rechazo a los convencionalismos de la sociedad victoriana hasta la propia convalidación del dominio británico. De ese modo es importante destacar que la actitud de Burton hacia el Oriente, como lo será en gran medida también hacia África, estuvo caracterizada por la oscilación entre regiones muy diferenciadas. Burton podrá alabar la libertad con que se vive en sociedades libres de la normatividad que un ámbito “civilizado” contiene, pero a su vez será capaz de imaginar que esa misma falta de normatividad legitima el dominio imperial británico (51).

Las nociones de orden en el análisis de Assad se expresan de manera implícita. Este autor presenta a Burton desde una amplia gama de caracterizaciones. El espacio oriental, el africano y el de su propia narrativa están marcados por los contrapuntos y por los conflictos. La narrativa de Burton, especialmente la de *Personal Narrative...*, *Primeros pasos...*, *Kasidah* y las *Nights* define el territorio

¹⁸ Assad dice que Burton trata en sus notas de corregir las visiones equivocadas de los occidentales sobre los musulmanes. Por ejemplo, cita una parte del Corán para demostrar que el paraíso de Mahoma es una “condición espiritual e intelectual”, y no un lugar totalmente sensual como se pensaba en Occidente. Hay otras aseveraciones en cuanto a que la naturaleza humana está dignificada en el islam y degradada en el cristianismo (1964: 39).

de las propias tensiones del autor, dispuestas entre una actitud práctica y una de orden artístico (51).

Del análisis de Assad se desprende que una idea de orden opera más allá de los acercamientos y simpatías de Burton hacia la sociedad árabe o esteafricana. La noción del imperio, en última instancia, la identificación de Burton como individuo con esta noción, tal como lo señala Said, es la que pone la impronta en la construcción del espacio y el tiempo en su narrativa. Sin embargo, también hay que señalar que Assad, al pensar en las distintas facetas del viajero-explorador-escritor, no nos ofrece un panorama maniqueo de su figura. Por el contrario, explora los lugares que no se constituyen abiertamente en una proclama del imperialismo (tampoco oculta los que sí lo son) para ver de qué manera Burton llevó a cabo la narración de los “otros”.

En resumen, Assad presenta la peculiar figura de Burton y los ámbitos que su narrativa recorre como el escenario de los conflictos entre distintas formas de mirar: la victoriana, la moderna, la musulmana, la imperial, la artística y la práctica.

De este espacio conflictivo de tensiones y de constitución discursiva de un orden espacial y temporal, y de la posible presencia en la narrativa de Burton de formas “disidentes” de ordenar el espacio y el tiempo, hablaremos en la sección siguiente, aproximándonos ya definitivamente al núcleo de este estudio.

III. LOS PRIMEROS PASOS Y LAS INTERSECCIONES DE LAS MIRADAS

LA ELECCIÓN DEL TEXTO

Primeros pasos... es un texto que contribuiría adecuadamente con cada uno de los estudios que hemos analizado en el capítulo anterior, aunque éstos no lo incluyan, porque tiene la peculiaridad de ser la única narración de Burton sobre África, específicamente de África oriental, que se sitúa en el mismo plano de *Personal Narrative...* Si bien en primera instancia este dato puede parecer sólo una referencia literaria, no lo es cuando consideramos que algunas cosas han cambiado respecto a las narraciones anteriores de Burton, en especial en relación con Arabia.¹ Burton continúa desplazándose en el este de África dentro de un contexto que, en rasgos generales, es musulmán, pero se advierte con mayor intensidad que quienes aparecen frente a él representan un mundo diferente al de la península arábiga. Esta situación promoverá en el narrador una consideración distinta y conflictiva del nuevo territorio en contraste con los de otras exploraciones.

El este de África no “ofrece” al narrador la promesa de una peregrinación, aunque las características del texto se aproximen a las de *Personal Narrative...* Sin embargo, *Primeros pasos...*, como dije al principio, es una continuación de aquél en cuanto a la estructura narrativa, pero es muy diferente en lo que se refiere a la consideración del narrador respecto al territorio que explora. Una cultura, que de manera amplia podría ser descrita como musulma-

¹ Burton lleva a cabo la “peregrinación” a la Meca un año antes del viaje de exploración a Harar.

na,² ya estaba consolidada en la costa del este de África por la época en que Burton realiza la expedición —1853. Aunque muchas de sus referencias culturales y gran parte de sus comentarios comparativos los hace aprovechando en parte su conocimiento del islam,³ son las descripciones físicas de los habitantes de la región, como vimos en el capítulo anterior, las que tienen la capacidad de dar cuenta del “carácter” de los “narrados”. Este aspecto lo retomaremos hacia el final de esta sección junto al problema de la “peregrinación” y lo que ello significa.

ADVERTENCIA

En esta presentación quiero recuperar el carácter homogéneo del texto de Burton en cuanto a las representaciones culturales que contiene, en términos de la dominación y construcción de los otros y de su espacio; el propósito de este esfuerzo es contrastarlas con

² En la costa este del continente y las islas, la formación de sociedades con diferentes aportes culturales es un proceso de antigua data. Por ejemplo, la sociedad swahili tiene una presencia en la región al menos desde el siglo XII. Estaba formada por diversos elementos culturales: hablantes bantúes de regiones del interior, población de origen árabe, somalí, etc. Entre las capas intelectuales de esta sociedad el islam ya era conocido y practicado. Ibn Battuta en 1331 describía a Mogadiscio como un lugar profundamente islamizado. Más hacia el sur, en la isla de Kilwa, el sultán era para el viajero árabe un ejemplo de rectitud y de fe (Matveiev, 1984: 468). De hecho, la cultura y la civilización swahili fue un ejemplo regional de cultura islámica (Salim, 1992: 754). En Etiopía, entre los siglos XVI y XVII ocurrieron cambios dramáticos. El desarrollo cultural y político del cristianismo se derrumbó (Hamberland, 1992: 703). Pero desde el siglo XIV, en la región del cuerno de África se registraba la expansión del islam. Éste ganaba adeptos debido al comercio con los árabes. Este impulso significó la creación de numerosas ciudades que actuaron como núcleos para el despliegue del islam en el *hinterland*. Este proceso se intensificó entre los siglos XV y XVI. Harar es la única de estas ciudades que permanece (710).

³ De todas maneras, Burton sostiene una actitud de censura frente a lo que considera prácticas y rituales musulmanes mal ejecutados: “Son éstas las dos enseñanzas en que se divide el discurso musulmán aunque, por desgracia, no se imparten con aplicación” (1987: 77). Esto le da un tono ortodoxo a sus apreciaciones.

aquellas miradas del autor, expresadas en su narrativa, que no constituyan un lugar de control tan extenso del territorio y de la gente descrita.

Hay una aclaración importante que hacer sobre la narrativa de *Primeros pasos...*: no ha sido trabajada desde una perspectiva similar a la que aquí propongo. Las referencias a la misma se pueden encontrar en varios trabajos de orden biográfico, de los cuales ya he citado algunos, pero no existe hasta este momento ningún análisis que contenga preguntas de orden antropológico o crítico literario. Hay un reclamo hecho por Alberto Cardín en la introducción de la edición que uso para este estudio, con el propósito de que la antropología “posmoderna” estadounidense haga un análisis retórico-etnológico de *Primeros pasos...* Hasta el presente eso no ha ocurrido. Sólo aparecen referencias más o menos cercanas a lo que aquí propongo, en estudios como los de Mary Louise Pratt.⁴

LA PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA

El análisis de los estudios de Said, Zane, Pandit y Assad permitió establecer algunas de las nociones y conceptos más relevantes para un aproximación a la obra de Burton. En esta parte del estudio utilizaré algunos de ellos para diseñar mi propio acercamiento a su narrativa.

Como señalé en la presentación de los capítulos II y III, la intención es ver cómo se constituyen y cómo operan las nociones de orden, desde el punto de vista temporal y espacial en la narrativa de *Primeros pasos...*

Este aspecto de mi estudio tiende a mostrar cómo la escritura de Burton intenta desplegar un extenso dominio sobre los paisajes y la gente que describe. Las dos categorías tienen una relevancia especial, ya que permiten ser contrastadas con formas no europeas

⁴ En especial véase el capítulo de *Imperial Eyes...*, “From the Victoria Nyanza to the Sheraton San Salvador” (201-208). De la misma autora, el artículo “Conventions of Representations. Where Discourse and Ideology Meet” (144, 145, 147).

de representar el tiempo y el espacio, si bien esa faceta es difícil de mostrar.

Desde mi perspectiva hay una tensión entre los modos de representar a África, a partir de imágenes fuertemente normativas, y la forma en que África interviene en la constitución de la propia narración como un elemento que desestabiliza las certezas que expresa el narrador.⁵

Esta cuestión es central para percibir que textos como *Primeros pasos...* no pueden ser considerados inequívocamente como parte de un circuito de poder que construye discursos como el orientalismo o cierto “africanismo”. Por el contrario, la afirmación de la existencia de una tensión en el interior de esta narrativa trae de nueva cuenta el viejo problema de las representaciones y, fundamentalmente, de las representaciones de los “otros”. Pero no desde una perspectiva que busca hacer lecturas reduccionistas y que parte de la idea de que *todo lo que se escribe, no importa cómo se haga*, reproduce una forma de poder.

Mi intención aquí no es pensar que las narraciones de Burton son un lugar de encuentro entre distintas formas de representar el mundo, las cuales conviven sin conflicto alguno. Por el contrario, propongo una lectura que tenga en cuenta el carácter dominante y la capacidad de esta narrativa de construir a los “otros” pero que, a su vez, pueda identificar los momentos de conflicto con lo que intenta describir. Este espacio de conflicto es exactamente el de la tensión que hemos visto en las críticas anteriores, la cual se expresa de distintas maneras: en el rechazo a aceptar las reglas del juego que el contexto impone al narrador, o cuando la narrativa adquiere el “tono” de los lugares que éste describe, como se puede ver en el pasaje donde Burton narra su estancia en la Ka’aba.

⁵ Es obvio que África no puede participar como “sujeto” de una narrativa. Sólo hago un uso metafórico del término para expresar lo que éste contiene. Por ejemplo, la gente con la que Burton interactúa durante la expedición: beduinos, somalíes, etc. En este uso no hay nada parecido al criterio que aparece en la crítica que hace Said del orientalismo, es decir, una idea de Oriente como categoría esencializada y, por lo tanto, deformada.

NOTA SOBRE EL TIEMPO EN *PRIMEROS PASOS...*

Es necesario contrastar el contexto anterior con el resultado global del texto. El tiempo aparece en la generalidad de la narración representado como una figura lineal y continua, pero intersectado por nociones espaciales que demuestran esa continuidad. El índice de *Primeros pasos...* revela claramente esta apreciación. Los toponímicos son los que encadenan la narración al enunciar en dónde se encuentra la expedición y desde dónde partirá hacia el siguiente punto: “La vida en Zaila”, “Excursiones en las proximidades de Zaila”, “De Zaila a las montañas”, “De las montañas de Zaila a la pradera de Marar”, etc. El punto final de esta exploración es el puerto de Adén, el sitio exacto en donde había comenzado.

Los contenidos del tiempo lineal aquí se ven un tanto alterados por una vaga noción de circularidad, la cual actúa, a mi juicio, como una forma de resaltar los alcances de la expedición y el riesgo que ha asumido el narrador. Llegar a Adén implica para Burton, además del cierre de la expedición, la idea de que el universo cultural e histórico de los territorios explorados ha sido completamente atrapado en las representaciones que de ellos se ha hecho el narrador.

ORDEN Y TIEMPO

El tiempo de la narrativa de *Primeros pasos...* no es un proceso inherente de los espacios culturales del este de África, sino que es un derivado de la forma en que el narrador organiza el relato y de la propia exploración. Tal como vimos en el análisis del estudio de Edward Said sobre *Personal Narrative...*, donde el tiempo era representado de manera rigurosamente lineal, aquí nos volvemos a encontrar con una escena similar.⁶

⁶ Said no explora este punto y lo deja enunciado apelando al consenso de los lectores. En las páginas que siguen desarrollaré este punto para ver cómo se articula la organización del tiempo en la narrativa de Burton con la construcción de una mirada sobre los africanos de esta región. Creo, de todas maneras, que hay en este trabajo de Burton distintas formas de representar el tiempo. No sólo está presente la idea del tiempo lineal.

Burton (1987) organiza la narración de acuerdo con el criterio de una cadena de acontecimientos, en la que cada eslabón es una escena instalada en una dimensión sincrónica:

No voy a aburrirle, querido L., con la descripción de los veintiséis días tranquilos, similares y carentes de interés —días de descanso, de pipas y de café— que pasé en Zaila mientras trazábamos la ruta, hacíamos gestiones para conseguir guías, comprábamos camellos, enviábamos a buscar mulas y, en definitiva, ultimábamos los preparativos indispensables para viajar por África. Pero una *journée* por el país somalí puede constituir una auténtica novedad, razón por la que me dispongo a relatarle algunos acontecimientos.

Nos levantamos al amanecer, felices de escapar de los mosquitos y el aire viciado. Nos dirigimos a la azotea donde se supone que hay que dedicar unos minutos a la oración, y nos consagramos a la más práctica tarea de observar a nuestros vecinos. Dos en particular atraen mi atención: hermanas de madres diferentes. Una de ellas, hija de madre india, es una joven de inclinaciones muy femeninas [...] Por ese motivo la muchacha coquetea peinándose, bailando, cantando y abofeteando a las esclavas siempre que hay un admirador a la vista [...] Se pasa el día vigilando a las esclavas y tejiendo esteras [...]

A las seis de la mañana bajamos a desayunar [...] (53-54).

El uso del tiempo presente, “nos levantamos”, “nos dirigimos”, “nos consagramos”, confirma lo estático de la escena. El tiempo debe ser de alguna manera detenido para poder establecer cuáles son las estrategias de una vida repetitiva. El detenimiento en una escena es de alguna manera un factor de conflicto para las pretensiones globales de la exploración. Describir “días tranquilos”, sin cambios evidentes, no son los objetivos de la mirada de Burton. Sus metas se hallan casi en el final del camino, en Harar. La noción de que sólo lo que pasa en términos de cambio o movimiento es lo que merece ser descrito con admiración, constituye un aspecto central de la mirada europea de Burton. En este paradigma del movimiento lo que permanece dentro de los límites de la inmovilidad posee una característica negativa. Por ejemplo, respecto a la oración “nos consagramos a la más práctica tarea de observar”.

Los tiempos no utilizados con fines prácticos aparecen legitimados, desde distintas perspectivas, como momentos de descanso y preparativos: “No debe usted suponer, querido L., que me

abandoné por mi propia voluntad a la fatigosa necesidad de permanecer un mes en Zaila. Pero, ¿cómo explicarle los obstáculos que se interpusieron en nuestro camino! [...]” (95). O simplemente aparecen como momentos para hacer una actividad concreta: mirar.

Este punto es clave para entender las posiciones de Burton, o, como lo diría Zane, su sentido de lugar. En la escena que extrajimos arriba Burton es el “dueño” de la exterioridad, la cual opera en dos direcciones complementarias. La primera, referida al tiempo, donde Burton actúa como el personaje capaz de entender la temporalidad de los otros y la propia. Él es el agente del movimiento en tanto que la muchacha consagra su vida a un tiempo repetitivo e inmóvil. Las cosas cotidianas en esta escena corrompen el carácter heroico de la exploración. La segunda se refiere a la mirada que tiene el sentido de una iluminación de los espacios y los tiempos que recorre: siempre será más útil que orar.

La descripción de Burton realiza un ejercicio de captura de los tiempos de los “otros”. En esa operación los vuelve tiempos subordinados a un tiempo superior marcado por la competencia, la confrontación y el conflicto:

El filántropo y el economista político quizá abriguen la esperanza, al protestar contra la expansión territorial, abogar por una frontera compacta, abandonar las colonias y cultivar el “equilibrio”, de que mantengamos nuestro merecido puesto entre las grandes naciones del mundo. ¡Nunca! Los hechos históricos nos hacen llegar a inalterables conclusiones: las razas progresan o retroceden, se enriquecen o caen en el olvido: los hijos del Tiempo, al igual que su padre, deben permanecer en constante movimiento (30).

La captura no sólo se lleva a cabo en el escenario de la descripción sino que está fundamentada en el plano de las ambiciones imperiales. Defender el imperio y la ampliación de sus territorios implica para Burton defender la posibilidad de desplegar una mirada y una temporalidad propias. Todos somos hijos del Tiempo, pero lo somos más aquellos que percibimos que la razón de la fuerza se halla en el movimiento, a partir del cual podemos reclamar superioridad sobre el resto.

El terreno donde se afirman estas concepciones es histórico, pero de una manera particular. Burton imagina una historia que enseña que ser imperialista es una necesidad, si no se quiere perder las oportunidades que ésta brinda. Perderlas es faltar a un deber. Los territorios a ser colonizados se convierten en parte de ese deber imperial, el cual, por otra parte, comienza a establecerse como una *raison* imperial.

Desde este lugar es posible concebir la intervención de una noción de orden temporal en cada imagen de la narración. Tal intervención se convierte en una forma de clasificar y representar a los otros.

Posee esta raza [los somalíes] toda la frivolidad e inestabilidad de los negros; ligeros de cascos como los abisinios —Gobat decía de ellos que únicamente son *constantes en la inconstancia*—, amables, alegres y afectivos, pasan sin transición aparente a un estado de furia que les empuja a cometer terribles atrocidades. En Adén parecen ser más felices que en su país natal. En aquella ciudad árabe les veía con frecuencia dar palmadas al son de la música y bailar como niños⁷ [...] [Son] capaces de *permanecer varias horas sentados en un banco contemplando la luna o entonando alguna triste cantinela* [...] (111).

La representación de los tiempos de los somalíes en este pasaje es construida a partir de la certeza del narrador de poseer una visión superior de la temporalidad. Burton no puede imaginarse a sí mismo en la tarea de “perder tiempo”, aunque en realidad lo haga. Un tropo “imperial” permea estas escenas en dos sentidos. Por un lado, es necesario que los somalíes sean representados como “constantes en la inconstancia” y “capaces de permanecer varias horas sentados” para que el discurso de intervención imperial se legitime y legitime las prácticas concretas de dominio sobre esta gente y estos territorios.⁸ Por otro lado, permite al narrador separarse lo suficiente de la escena para no ser confundido con ésta. Más adelante hablaré de la contraparte de ese alejamiento.

⁷ Las cursivas son mías.

⁸ Esto es muy similar a las opiniones de Zane y Assad que se analizaron en el capítulo I.

Esta noción de la temporalidad permite habilitar, sin procesos traumáticos de por medio, la idea de cambiar las costumbres de los nativos. Burton permanece la mayor parte del tiempo en la primera instancia. Describe, compara y valora, pero no intenta de manera clara que los somalíes adopten las prácticas culturales que él porta consigo.⁹ Sin embargo, los anuncios de una actitud colonial concreta ya están presentes en su narrativa. Tal como vimos en el capítulo I, Mudimbe señala que el colonialismo significa organización y orden. Las palabras que se derivan de la raíz latina *colere* representan la acción de cultivar o de diseño. En este sentido, la acción concreta de los colonizadores tiende a organizar y transformar áreas no europeas en constructos europeos. Esta acción para Mudimbe se lleva a cabo mediante tres procesos complementarios: el dominio sobre el espacio físico, lo cual es un punto central para la cuestión del orden espacial, la reforma de la “mente nativa”, y la integración de las historias económicas locales desde una perspectiva occidental (1988: 1-2).

La narrativa de Burton trata de llevar adelante este proceso de integración de historias locales. Al representar a los somalíes, los beduinos y otros grupos de África oriental, como los gadabursi,¹⁰ de manera fragmentaria, y a sus formas de experimentar el tiempo como algo estático, él es el único que puede llevar adelante la tarea de integración, porque es poseedor de una noción de tiempo que le permite sortear las historias particulares,¹¹ que se contraponen,

⁹ De todos modos hay que tener en cuenta que las prácticas culturales de Burton a esta altura estaban mezcladas, tal como lo vimos con Pandit y Assad. En este capítulo exploraré esta dimensión que cuestiona en parte la caracterización que estoy haciendo de la narrativa de Burton. Un caso distinto y contemporáneo de Burton es el de Livingstone, quien proponía “enseñar” a los nativos: “Yo les dije que había toda la bondad en mí para mostrarles cómo hacer aquel trabajo y que en vez de que yo les pagara ellos deberían pagarme a mí [...] Yo no quería dejarlos solos, fue sólo su estupidez [...] Nosotros debemos estimularlos para que sean industriales [...]” (Seaver, 1957: 57). Burton no adquiere este carácter “pedagógico” en sus expresiones: los isa, un grupo beduino “están aún por civilizar y desconocen las restricciones” (1987: 154).

¹⁰ Burton escribe “gudabirsi”, adaptando el nombre a la pronunciación inglesa. Otros nombres para este grupo son derbussi o gudabirski. Ocupaban la zona de la actual Yibuti y están emparentados con los isa (1987: 97).

¹¹ La voz narrativa tiene una función irónica en tanto el narrador conoce lo real de la historia y las consecuencias de las acciones de los personajes. La ironía

desde su perspectiva, a una mirada abarcativa. Sin embargo, la integración en el caso de la narrativa de *Primeros pasos...* no se lleva a cabo como un proceso unívoco y sin conflictos.

TIEMPOS INTERSECTADOS

Hasta aquí he hablado de *Primeros pasos...* desde una perspectiva que acentúa el carácter imperial de la mirada de Burton. Ahora quisiera explorar, para el caso del tiempo,¹² los lugares en que esa mirada se muestra menos homogénea. Es decir, los lugares donde se encuentran las “fracturas” textuales, para acercarnos al problema de la tensión entre las formas de representación de los “otros” derivadas de una mirada occidental, y el acercamiento y la posible identificación con esos “otros”.

Es un hecho que Burton (1987) intenta subordinar los tiempos particulares de somalíes, beduinos y musulmanes a los suyos. Pero, también es cierto que este proceso se revela, en más de una ocasión, heterogéneo.

*Los familiares ecos del islam surgieron de nuevo en mi recuerdo. Una vez más el melodioso canto del muecín —ninguna campana vespertina puede comparársele en solemnidad ni belleza— y, en la cercana mezquita, las llamadas a la oración, los amin y Allaho akbar que en nada pueden envidiar las notas de un órgano, resonaron en mis oídos. El cañón de los campamentos militares [...] lanzó su toque de queda a las siete de la tarde en la puerta sur; y a las diez un segundo timbal advirtió a los cabezas de familia que era hora de volver a casa, hora de ladrones y de enamorados [...] Tras espiar la escena a través de la ventana abierta me sumí en un profundo sueño, sintiéndome como en casa una vez más (52).*¹³

tiene la característica de ser una función de la posición temporal del narrador en relación con los hechos de la historia. Esta ventaja es compartida en general por los historiadores y los narradores de ficción (Carr, 1986: 58). En el caso de Burton el procedimiento que utiliza es el de narrar los hechos a L.

¹² En el apartado siguiente desarrollaré un ejercicio parecido sobre las nociones de orden espacial.

¹³ Las cursivas son mías.

La unilateralidad de la mirada de Burton se pierde entre las evocaciones de un escenario familiar. A una organización del tiempo, que podríamos denominar occidental, que impregna su narrativa, la intersectan los tiempos de las prácticas musulmanas. Éstas también son parte, de acuerdo con la descripción, de un tiempo repetitivo, constante en su circularidad (“una vez más”), pero que no recibe por parte del narrador una sanción negativa. Cada gesto de la escena también está marcado por la actitud comparativa: “ninguna campana vespertina puede comparársele”; “en nada pueden envidiar las notas de un órgano”. La familiaridad de Burton con la escena convierte también las evocaciones europeas, la campana y el órgano, en partes de un ritual incambiable. El tiempo estático opera paradójicamente en territorios europeos.

Al ser Burton un personaje de su propia narrativa vuelve de algún modo familiares los espacios y tiempos que de otra manera no lo serían. La estrategia de Burton es convertir a Zaila en un lugar familiar. Esta conversión opera en dos sentidos. Una dedicada exclusivamente a la posición del narrador como personaje de su propia narración. La segunda dedicada en cierto sentido a una audiencia.¹⁴ Esta actitud no se parece a la idea *du déjà vu*¹⁵ de Zane. Por el contrario, el narrador encuentra en la escena una familiaridad que le permite evocar parte de sus itinerarios anteriores.

La escena muestra también que en el espacio que describe no hay conflictos desde el punto de vista del narrador con su pertenencia cultural. En realidad pareciera que los tiempos del imperio, los tiempos de la mirada imperial y los tiempos de los momentos que evocan las experiencias del narrador en territorio árabe no están en conflicto entre sí. Desde esta perspectiva se refuerza la tesis de Assad en cuanto a la pertenencia de Burton al imperio. Ser

¹⁴ En la segunda instancia se hace presente lo que Hayden White señaló respecto al trabajo de los historiadores: “De hecho, la historia [...] adquiere sentido de la misma manera en que el poeta o el novelista tratan de darle sentido a sus trabajos [...] [convirtiendo] lo que originalmente aparece como problemático y misterioso [en algo] de aspecto reconocible [...]” (1992: 126-198).

¹⁵ Recordemos que Zane dice que Burton toma esta actitud a partir de la separación, del alejamiento respecto a lo que describe, y del reforzamiento de su mirada occidental. Aquí podemos ver que mira evocando “su pertenencia” a las prácticas culturales y rituales del islam.

musulmán es parte de ese universo. Por esta razón no está claro que en el relato Burton intente construir siempre un espacio homogéneo de lo que va describiendo, a la vez que es capaz de reconocer explícitamente la mirada de los “otros”:

Los beduinos, a pesar de su aparente fiera, no son agresivos; las mujeres salen en tropel de sus habitáculos para *contemplar* y reír, los hombres para admirarse ante la visión de un extranjero. Recuerdo que una vez comenté: “Fijaos, *venimos aquí para observarles y ellos hacen lo mismo con nosotros; estudiamos sus rasgos y ellos escudriñan nuestra fisonomía.*” Un beduino que traducía árabe se apresuró a traducir mis palabras, que provocaron una gran jocosidad. En los condados mineros de la civilizada Inglaterra, donde se lanzan “genuinos insultos” al visitante de paso [...] me habría resultado imposible mezclarme con el pueblo como hacía con estos salvajes (68).¹⁶

Estas miradas muestran la intersección de distintos tiempos en la narrativa de Burton. Como vimos, hay un momento de la mirada de Burton que se confunde con el imperio. El hecho de que le devuelvan la mirada y que éste registre ese acto implica a mi juicio una nota discordante. En cierta forma los “narrados” pueden desplegar una actitud que es familiar para el narrador. A la par, el fragmento evidencia también una actitud irónica por parte del narrador, la cual parece deslegitimar las miradas beduinas. Las mujeres salen de sus habitáculos para “contemplar y reír”. La mirada que indaga tiene un correlato muy preciso en el tiempo. Para Burton, el de la captura de las particularidades: “estudiamos sus rasgos”; y, para los beduinos, el de escudriñar “nuestra fisonomía”. Observar, mirar y describir tienen sentido si a cada uno de estos actos se les coloca en el terreno de los conocimientos “útiles”, es decir, aquellos que engendran algún tipo de promesa hacia el futuro. En otras palabras, aquellos actos que se sitúan en una idea de la temporalidad progresiva.

Sin embargo, la escena revela que en las comparaciones las ironías no son unilaterales. Estas últimas también se hacen respecto a Inglaterra: “en los condados mineros de la civilizada Inglate-

¹⁶ Las cursivas son mías.

rra". En realidad manifiestan el carácter aristocrático de muchas de las posiciones de Burton.¹⁷

Todas estas observaciones se vuelven menos simples cuando advertimos que el que está observando a los beduinos es Richard Burton pero además Abdullah,¹⁸ el personaje que interpreta hasta la entrada a Harar. Éste es el que le permite observar y escribir en una ponencia posterior que los somalíes eran malos musulmanes (1990: 74). Como dije al principio, Burton valora las prácticas musulmanas desde un lugar rígido. Se podría pensar que la rigidez se afirma en la necesidad de que los que van a ser representados no escapen a un modelo predeterminado.

El alejamiento, del que habla Zane, aquí parece desaparecer. El hecho de que los beduinos le devuelvan la mirada a Burton implica que no puede escapar al tiempo de las mismas. Es decir, no puede escapar de las coordenadas espaciales y temporales en que la acción está ocurriendo. En este sentido hay dos evaluaciones para la escena. En primer lugar, se podría decir que el acercamiento de Burton a los otros hace que estos últimos no sean representados, precisamente, como la otredad cultural, aunque los siga enunciando de una manera prejuiciada: "como hacía con estos salvajes". En segundo término, la ironía podría leerse como una forma de subestimar lo que ocurre, es decir, que los beduinos hacen lo mismo que él. Creo que ambas formas están presentes y constituyen una manifestación de la tensión entre las pertenencias imperiales y el acercamiento sin estigmas hacia la gente del este de África.

¹⁷ En *Primeros pasos...* aparecen de manera frecuente opiniones del autor sobre conductas que califica de republicanas o igualitarias. Por otra parte, la pertenencia al imperio que señalábamos antes es un factor central de esta postura. Burton dice que los isa son "miembros de una fiera y turbulenta raza de republicanos [...]", y que entre ellos "se encuentran síntomas de esta turbulenta igualdad [...]", trasladando evidentemente sus prejuicios, derivados de la situación europea de aquella época, al territorio somalí (154).

¹⁸ Personaje que retoma de su "peregrinación" a la Meca y Medina. Cuando la expedición parte de Adén el 28 de abril de 1854 Burton es este personaje llamado El Hajj Abdullah (Hayman ed. 71). Hajj en la versión en español es el Hayi, es decir, el que hizo la peregrinación a los lugares sagrados del islam.

Este tipo de actitudes señalan, a mi juicio, las intersecciones de distintos “textos culturales” en la narrativa. La tensión, consecuencia de estos cruces, está presente. No se manifiesta en la organización general de la narración, la cual como dijimos al principio obedece a sus propios ritmos y a los de la exploración, sino en las escenas donde Burton describe experiencias que le ha tocado vivir colocándose como uno de sus personajes.

Entro con un criado que transporta la alfombra para la oración, me enfrento a trescientos pares de ojos pertenecientes a las dos hileras paralelas de fieles acucillados, y recito la plegaria habitual de doble reverencia en honor de la mezquita, colocando delante de mí la espada y el rosario; a continuación, alzando un ejemplar del Corán, leo en voz alta y gangosa el capítulo de la Vaca, que es el número 18 [...] (1987: 76).

Aunque el ambiente del islam resulte familiar para Burton, hay en la escena una muestra de la tensión entre las distintas miradas. Burton se enfrenta a quienes lo miran ejecutando un acto de mimesis con el contexto que lo rodea. Los tiempos del ritual se imponen a sus actos en el lugar. La narrativa, como lo expresa este pasaje, da cuenta de ello. Burton, a pesar de mantener una actitud irónica: “leo en voz alta y gangosa”, debe someterse a las reglas del juego que los “trescientos pares de ojos” le imponen. El “tiempo del imperio” aparece en tensión con la temporalidad de la mezquita, la cual arrebató al narrador la posibilidad de imponer una temporalidad progresiva.

Al igual que con los beduinos, aquí le devuelven la mirada, y los “narrados” pierden su condición de tales, es decir, de ser reducidos a objetos de una descripción. La narrativa de *Primeros pasos...* puede dar cuenta de este proceso, aunque lo interrumpa para continuar con descripciones estigmatizantes.

¿Qué ocurre, entonces, con la actitud de dominio y control de los tiempos de beduinos, musulmanes y somalíes?

Desde mi perspectiva, las inscripciones que produce una noción de orden temporal occidental, como lo es la de Burton, se entrecruzan con las nociones de orden de quienes son descritos o “narrados”. En este sentido, no se está en presencia solamente de un

intento de ordenar el tiempo desde una voz narrativa que responde a los tiempos del imperio, sino que se asiste —donde ciertos espacios de la narrativa lo hacen posible— a la aparición de otras formas de representar la temporalidad. En estos espacios la narración se vuelve un territorio de tensiones y conflictos. La preferencia que Burton muestra por el islam, como dije antes, parece construir la imagen de un ámbito sin conflictos. Sin embargo, esto no siempre ocurre así. La existencia de un orden temporal en la narrativa de *Primeros pasos...*, impuesto en gran parte por el narrador, hace que en los intersticios aparezcan esas otras formas de representar el tiempo, formas que “luchan” por un espacio en el texto. Lo particular del relato de Burton es que es capaz de dar cuenta de ellas. Este “escenario del imperio” en realidad soporta varias representaciones, todas ellas mediadas por la voz del narrador que les imprime una fuerte marca de subordinación. A pesar de ello, la distancia, el alejamiento como única actitud de Burton respecto a lo que describe y como categoría para entender su mirada y sus tiempos, no es el mejor camino, puesto que funciona como una categoría “opaca”, en el sentido de que oculta a los ojos del crítico espacios como los que analicé en este apartado.

Veamos, entonces, qué ocurre con las representaciones espaciales de *Primeros pasos...*

ORDEN Y ESPACIO

Es evidente que las dos categorías principales de este estudio están estrechamente ligadas. No sería posible analizar las formas de representar el tiempo si ese análisis no tuviera un correlato en la dimensión espacial y viceversa.

El punto es que ambas se entrelazan dentro de la narrativa de Burton en la construcción de órdenes sobre los territorios y la gente descrita. En este apartado, al igual que con las nociones de orden temporal, exploraré los lugares que más claramente presentan el intento del autor de controlar y dominar los espacios que recorre. El espacio será trabajado también como metáfora del espacio social y cultural, para pensar cómo se extienden las nociones de orden a esa esfera.

En *Primeros pasos...* se pueden encontrar distintas formas de percepción y de ordenamiento del espacio. En primer lugar analizaré las que conducen a pensar el texto de Burton desde una perspectiva homogénea, es decir, sin conflictos con lo que describe. De la misma forma en que veíamos para el tiempo, respecto a las nociones de orden espacial en la narrativa de Burton hay una idea de espacio imperial fuerte:

El lector quedará convencido de que el extenso país somalí en modo alguno está desprovisto de posibilidades [...] Los nativos del país son esencialmente comerciantes; se han sumido en la barbarie por su situación política —la burda igualdad de los hotentotes—, pero parecen poseer cualidades suficientes para una regeneración moral. Como súbditos ofrecen un favorable contraste respecto a sus parientes los árabes del Yemen [...] La paz —afirma un sabio moderno— es el sueño de los sabios; la guerra es la historia del hombre. Abandonarse a tales sueños denota un escaso sentido de la realidad. No fue su política de paz lo que dio a los portugueses unas posesiones litorales que se extendían del cabo de Non a Macao. Tampoco fueron los designios pacíficos los que ayudaron a los antiguos otomanos a alzarse victoriosos en los desiertos de Tartaria [...] No fue una política de paz la que permitió a los franceses absorber una tras otra las regiones del Norte de África [...] (1987: 28-29).

Desde este lugar, *Primeros pasos...* promete participar en la obtención de regiones no europeas. El espacio está aquí representado como territorio de captura. En este párrafo Burton no hace el intento de que otras representaciones espaciales desempeñen un papel en su narrativa. Lo que se necesita es una noción del espacio que coordine con los tiempos del imperio y una práctica que lleve adelante las acciones.

En forma importante los escritos de Burton y de Speke contribuyeron de una manera amplia a consumir la conquista geográfica de África. Los trabajos de ambos, respecto a las nacientes del Nilo, fueron un ingrediente clave para el conocimiento del continente y para moldear una opinión sobre el mismo. La participación de Burton en la “disputa” por África deja pocas dudas de su papel como precursor de las acciones imperiales (Casada, 1973: 58).

El párrafo arriba citado ilustra con bastante claridad estas intenciones. Los espacios deben estar dispuestos para la mirada del

explorador. *Primeros pasos...* se construyó desde una posición que buscaba abrir los territorios que se resistían a esa mirada. En este sentido, la exploración a la ciudad prohibida de Harar remite a más de un significado. La observación y la descripción no pueden ser detenidas por una prohibición, puesto que los espacios están allí para ser abiertos por una mirada imperial. En esa lógica, los territorios africanos que recorre con su expedición están atravesados por una noción de orden espacial que los convierte en lugares para el dominio y el control. La dinámica de esta acción se nutre de lo que Edward Said define como imperialismo en un nivel muy básico: “[...] imperialismo significa pensar acerca de, establecerse en, controlando la tierra que tú no posees, que es distante, que está habitada y que pertenece a otros” (1993: 7). Burton orienta las intenciones de la exploración por este rumbo. Por este motivo, la geografía de los territorios que describe empieza a quedar atrapada en la narración. Leamos al propio Burton (1987):

Los campos son o bien terrazas escalonadas por las laderas montañosas o bien los extremos de los valles parcelados mediante setos floridos y sendas divisorias, similares a los que pueden contemplarse en la Inglaterra rural; y confieso que cuando me acerqué a ellos la visión de las margaritas, los cardos y los familiares brezos afectó muy positivamente mi espíritu europeo [...] (208).

Como se mencionó, Burton trata de volver familiar lo que de hecho no lo es. El procedimiento de dominio sobre el territorio que describe se lleva a cabo por medio de la evocación de los paisajes de Inglaterra. Pero lo más importante es que algunos paisajes impresionan a su “espíritu europeo” más que otros. El valor de la escena es positivo en la medida en que ésta se acerca a los valores del narrador.

A diferencia de la imagen arrasante que Zane describe cuando se refiere a las comparaciones que hace Burton entre el Sind y el Nilo —territorios que, según Zane, el narrador iguala porque son objeto de la mirada imperial—, mi perspectiva es que la mirada de Burton actúa clasificando y valorando los territorios y, al hacerlo, puede distinguir las diferencias.

Los territorios que se aproximan más a sus representaciones del espacio “civilizado europeo” tienen una connotación positiva.

La asociación de Burton en esta esfera es tan fuerte que puede convertir un paisaje bucólico en una auténtica pastoral:

Las doradas cosechas de holcus [...] recompensan el afán del campesino. En algunos lugares los largos tallos atados en haces bajo las espigas, cual mosquetes dispuestos en una armería, esperaban al segador, mientras que en otros el terreno más desnudo anunciaba que esta fase ya había concluido. Los muchachos se instalaban en unas plataformas de junco afianzadas en las ramas de los árboles, desde donde emitían sonoros gritos para ahuyentar a las aves de rapiña; sus padres, firmes en tierra, recogían la cosecha con diminutas hoces [...] o también aventaban el producto de su empeño agitándolo con una simple pala de madera [...] Todos parecían realizar su labor con auténtico entusiasmo: el canto de la cosecha resonaba agradablemente en nuestros oídos y, en radical contraste con el silencio del desierto, aquellos zumbidos de origen humano se me antojaban música celestial [...] (208-209).

Todos los actores de esta escena se encuentran en un territorio fuera de su propio tiempo. Las actividades se llevan a cabo de manera tal que el viajero explorador las concibe dispuestas para su mirada. La gente descrita está trabajando. Pero el ojo de Burton la sitúa en la esfera de un tiempo constante, “terapéutico”, que sirve de consuelo frente a la experiencia del desierto. Los espacios se confrontan. El desierto se presenta en la metáfora de lo no-civilizado, la cual tiene una presencia tan fuerte en la narración que los primeros núcleos habitados se le “antojan” como espacios perfectos, en perfecta comunión social. El espacio social es representado como el ámbito de la cooperación entre padres, hijos, etc. Todos ellos hacen sus tareas con “auténtico entusiasmo” y, entonces, las “doradas cosechas recompensan el afán del campesino”.

En un sentido muy intenso se puede apreciar que esta disposición de los actores en el escenario y los atributos que poseen resuenan en el mismo contexto de la mirada imperial. La descripción de Burton muestra las nociones de orden del espacio social a través de los actores que cooperan entre sí, a partir de actividades claramente delimitadas: “los muchachos se instalaban en unas plataformas”; “sus padres, firmes en tierra, recogían la cosecha”.

De esta forma Burton impone al paisaje y a la gente que lo habita una noción de orden que presupone básicamente la colaboración. La escena, que en un primer momento puede representar una descripción ingenua, se transforma en un territorio dominado cuando interviene la mirada del narrador. Todo está en orden, todo funciona en un marco casi perfecto, pero quien describe tiene el poder del orden. Ese poder delimita los alcances de la escena. Los valores puestos en juego por Burton son los de la cooperación y la armonía pero contenidos en la idea de imperio. La gente que trabaja en la cosecha y el paisaje se convierten en la materia prima de las representaciones que el autor construye, las cuales no pueden incluir el conflicto como factor existente en las relaciones sociales. Éste desaparece porque todos los actores desempeñan su papel coordinadamente. Tampoco hay conflicto por la presencia del narrador.

De esta manera dos son las formas en que Burton concreta su dominio del espacio geográfico y social. Por un lado, oponiendo espacios vacíos a los habitados¹⁹ y, por otro, llevando a cabo analogías entre sus referencias culturales europeas y el territorio descrito en África. Ambas formas se desarrollan en el contexto de la idea del imperio la cual no admite para los “narrados”, aunque existan, otros elementos que no sean los de subordinación.²⁰

¹⁹ La idea de “espacio vacío” es un noción característica de la escritura de viaje del siglo XIX. Por ejemplo, en Argentina, en la segunda mitad del siglo XIX, dos palabras acuñadas por Sarmiento resumieron la actitud respecto a los territorios indios y los caudillos de las provincias: “civilización” y “barbarie”. *Facundo* es en este sentido paradigmático. En especial ver el prólogo de Noé Jitrik a la edición de *Facundo* de Editorial Ayacucho (IX-LIV).

David Spurr dice que “el grado cero de la existencia provee [...] una justificación para la empresa colonial y un vacío imaginario para la proyección de una angustia modernista” (1993: 96). En realidad los espacios nunca están vacíos, pero lo que se sugiere con esta idea es que están abiertos para la intervención estetizante y ordenadora de Occidente.

Aunque Burton no menciona las dos palabras sarmientinas, la oposición que establece entre la escena campesina y el desierto es similar, y los registros de una dimensión estética que debe construir a partir de su angustia por haber permanecido en el desierto son evidentes.

²⁰ Para los ingleses el hecho de que Inglaterra gobernara un extenso y populoso imperio en África hizo que la causa del comercio, la civilización y el cristianismo haya recibido el nombre de *The White Man's Burden*. Esta situación

Los “narrados” en esta descripción sólo pueden tener un lugar a partir de la decisión del autor de presentarlos en acción. Pueden ser objeto de representaciones como la que analizamos pero no son una instancia para situaciones de diálogos o para ser considerados como interlocutores.²¹

Burton se acerca en este tipo de construcción a los patrones de la novela inglesa del siglo XIX, donde las figuras subalternas eran por lo general ignoradas (Said, 1989: 210). Aunque el pasaje describa a los campesinos y sus familias trabajando en la cosecha, al sujetarlos a representaciones de espacio y orden social ajenas a ellos los convierte en personajes accesorios del momento de “reconciliación” del narrador con los territorios habitados. Desde otra perspectiva, Burton ve el paisaje desde una posición romántica que no pretende interferir en lo que está viendo, aunque este punto de vista es menos probable en la narrativa de *Primeros pasos...*

Las primeras décadas del siglo XIX conocieron una extensa actividad en torno a la abolición del esclavismo. La literatura que surgió de esos movimientos partía de dos corrientes principales. La primera, que puede ser definida como victoriana, fue el resultado de los movimientos antiesclavistas, del impacto de los descubrimientos y descripciones de los viajeros y de la conjunción de las doctrinas evolucionistas en las ciencias sociales. Este contexto contribuyó a reforzar la idea de que África “necesitaba” una intervención en el plano religioso, moral y científico por parte del imperio (Brantingler, 1985: 167-168). La segunda fue la mirada de los románticos. A diferencia de los victorianos éstos pudieron ver a África “viviendo libre y felizmente sin la interferencia europea” (170), aunque la visión que construyeron fue la de los nobles salvajes viviendo en la libertad pastoral y en la inocencia (170).

se afirmaba en la certeza de la superioridad de la cultura anglosajona y en un “racialismo” pseudocientífico que tenía sus orígenes en los trabajos de Linneo en el siglo XVIII. El darwinismo social le dio nuevos ímpetus a la idea. La carga caía sobre los “hombres blancos” por su “superior eficiencia social” (Viera, 1982: 2-3).

²¹ Esta palabra en realidad es un concepto de la antropología poscolonial. Sin embargo, como bien lo señala Edward Said, los interlocutores fueron siempre los que se formaron en el interior del régimen colonial, como los *evolué*, *notable* o *caid*. En otras palabras, quienes no eran presentados en una posición antagónica al colonizador (1989: 210).

Aunque el pasaje de Burton no se refiere a las posiciones antiesclavistas, bien puede ser comprendido a partir de ellas.

La segunda mirada, la romántica, está casi exaltada en el mismo. Sin embargo, Burton fusiona estas dos perspectivas en su texto en tanto no deja de lado las intenciones de dominio e imposición de un orden.

En un sentido, los paisajes y la gente que Burton describe son parte de una nueva narración constituida a partir de un tropo “imperial”, que contiene las posibles diferencias que están en juego en el relato. Las miradas románticas como la que acabamos de analizar se despliegan en este registro.

Fuera de la visión romántica, la mirada de Burton realiza un ejercicio de clasificación de la gente y sus espacios, que también entra dentro de los registros de la noción de orden imperial. Veamos cómo opera su mirada frente a un grupo de beduinos:

Permanecemos un día en Gudingaras, pues *deseábamos ver la emigración de una tribu*.²² El 30 de noviembre, antes del amanecer el heraldo somalí proclamó desde lo alto de la escarpadura: “¡Coged vuestros camellos y cargad vuestros enseres! ¡Partimos!” Sobre las ocho de la mañana también nosotros reanudamos viaje, en la retaguardia. El espectáculo era totalmente nuevo para mí [...] (1987: 137).

Su relato es también el registro del movimiento de los otros. A diferencia del cuadro pastoral anterior ahora la mirada de Burton se desprende de la inmovilidad y se pone en marcha detrás de la migración. Lo que básicamente no varía es la disposición de los sujetos de la narración. Están allí para “contribuir” a los deseos del narrador de encontrarse con lo nuevo. El contexto donde la situación se desarrolla es la del “espectáculo”, la puesta en escena, podríamos decir, de la otredad.

La migración, o el movimiento de estos beduinos, se registran y clasifican desde la retaguardia. Burton es otra vez uno de los protagonistas de la escena. Sin embargo, la ordena de tal forma que logra conservar para sí la mirada abarcativa.

²² Las cursivas son mías.

MIRADA, INSCRIPCIÓN Y ORDEN

La actitud voyerista se desarrolla a mi juicio de manera diferente a la que postula Zane. Mirar y ordenar los espacios son en la narrativa de *Primeros pasos...* dos dimensiones concretas. Sin embargo, no siempre se resuelven en la dirección de la exterioridad, es decir, de la distancia con los sujetos de la narración. La participación de Burton en la escena pastoral y su marcha en la saga de la migración beduina muestran también algunas de las formas en que el narrador se aproximó a la cultura de estas sociedades. Desde mi perspectiva, Burton construye una serie de representaciones de los actores y de los paisajes y, a partir de allí, inscribe su presencia. Las tesis de Zane refuerzan implícitamente la idea de que siempre fue posible para Burton salir de las reglas del juego porque nunca estuvo inmerso en ellas. Mi discusión se centra en el hecho de que hubo una inscripción por parte del autor y su narrativa en las sociedades y paisajes que describe. En este sentido me acerco a la opinión de Said, en cuanto a que Burton se sumergió plenamente en la vida oriental. Lo que estamos viendo en este momento es una de las formas en que esa inscripción se manifiesta bajo la figura del dominio. El aspecto que me interesa destacar es que el concepto de inscripción no es sinónimo de “comprensión” del este de África ni de fusión con los textos culturales que la narrativa recorre. En realidad lo que el concepto señala es la posibilidad que tiene el narrador de alejarse, pero también de acercarse a los sujetos de su narración por medio de las representaciones que de ellos construye. Por este motivo, el centro de la escena lo constituyen las tensiones entre las pertenencias culturales de Burton y los contextos en los que se desenvuelve la narración.

Cuando Burton se siente “como en casa” en el espacio cultural del islam, nos ofrece una de estas representaciones que, como vimos con las nociones de orden temporal, contiene distintos elementos. Lo mismo ocurre en la escena bucólica que analizamos más arriba. No puede hablarse de distanciamiento en este caso, a menos que se piense que hay un espacio social verdadero y el resto son representaciones falsas del mismo.²³ Por el contrario, en este

²³ Quienes defienden esta posición a veces olvidan que las representaciones no son un camino unidireccional, desde quien tiene el poder hacia los que son

estudio definiendo la idea de que las representaciones tienen el mismo estatuto que cualquiera otra forma de concebir los procesos culturales y sociales. Ésta es la razón por la que privilegio las tensiones en el análisis de la narrativa de *Primeros pasos...* Éstas desplazan la vaga noción de que hay un relato real y uno falso, por la idea más concreta de la disputa de relatos. La narrativa de Burton en este sentido es un buen ejemplo.

En la dimensión espacial también hay intersecciones que muestran las áreas de conflicto entre las representaciones. Es obvio que las de Burton tienen una presencia dominante en el texto. Sin embargo, las nociones de orden espacial que el autor intenta establecer —y que hemos analizado aquí— se encuentran por momentos en territorios menos homogéneos que los que se han mostrado hasta ahora. Veamos esto más en detalle.

ESPACIOS INTERSECTADOS

En este apartado intento demostrar cómo las pretensiones que tenía Burton de imponer nociones de orden espacial a los “narrados” es un territorio habitado por el conflicto. Aunque es muy difícil escuchar las voces de los “otros”, podemos establecer que varios ámbitos de *Primeros pasos...* se revelan como escenarios posibles para mostrar las situaciones de conflicto y de tensión con narraciones que provienen de los sujetos descritos en su narrativa.

Mi intención, nuevamente, no es olvidar las pretensiones de dominio que este texto expresa, ni el campo más amplio que comparte en cuanto a la formación de un “discurso imperial”. Por el contrario, teniendo en cuenta esa dimensión pretendo establecer que en su interior hay territorios donde la uniformidad de la mirada y de la narrativa, marcadas por un tropo “imperial”, se

considerados subordinados. Los europeos fueron también objeto de representaciones para los indios, africanos, etc. Por ejemplo, véase el artículo de John Maass, “The Image of the White Man in the Art of Other Races”. Aunque el texto contiene una terminología muy burda, como se observa en la palabra “razas” (*races*), las imágenes artísticas son de gran valor.

transforman en espacios menos rígidos y, por ese motivo, las representaciones de la gente y de los espacios adquieren características menos homogéneas.

Por esta razón, la tensión es el concepto elegido para este análisis, ya que representa de manera eficaz las zonas de conflicto, las luchas que se establecen en el espacio textual de *Primeros pasos...* Por otra parte, permite trabajar teniendo presente en todo momento que las intenciones principales del autor y la presentación general del texto son las de dominio y control de los territorios y de la gente que los habita. Problema éste que se extiende incluso al ámbito de la escritura como una forma de práctica de poder sobre los que son representados por ella.

Sin embargo, uno de los objetivos más importantes de este estudio es mostrar cómo esta narrativa, a pesar de que construye la idea de la subordinación de los que son descritos, también es capaz de reconocer las diferencias. A mi juicio, este aspecto es central para pensar los distintos relatos que están en torno a la idea de imperio y de imperialismo. Textos como *Culture and Imperialism*, de Edward Said, enfatizan la idea de que el imperialismo fue y es una fuerza homogeneizante. El estudio de Zane se afirma sobre el mismo terreno. Desde mi perspectiva estas posiciones desechan con demasiada rapidez los espacios conflictivos de estos relatos. Por un lado, se oculta la capacidad que tienen estos últimos para establecer estrategias heterogéneas —porque sus sujetos lo son— de aproximación y captura de los “otros culturales”; por otro, cierran la posibilidad de pensar que los territorios imperiales —y por lo tanto esta narrativa— también son espacios donde se intersectan textos culturales.

Estas últimas cuestiones aparecen en distintos escenarios de la narrativa de *Primeros pasos...* Veamos cómo se desarrollan:

En cuanto a su moral, lamento tener que reconocer que el viajero no la halla en el áureo estado que las doctrinas de don Abstemio podrían presagiar. Tras mucho errar de un lugar a otro se siente uno tentado a creer en el principio absurdo de que la moralidad depende de la geografía y las naciones y las razas alimentan, como los individuos, ciertos vicios inherentes e invencibles de tal manera que al reprimir uno no se hace sino exasperar otro [...] (Burton, 1987: 117).

El pasaje muestra a Burton en una situación de compromiso con dos lugares concretos: la audiencia europea y su experiencia como viajero y observador de distintas culturas. El estilo irónico con el cual descalifica lo que sus propias prácticas le confirman está orientado en el sentido del primero de estos lugares. “[E]l principio absurdo” lo conduce hacia uno de los ámbitos que hemos analizado: la constitución de una mirada homogénea respecto a los otros culturales. En este sentido el espacio queda fuera de toda acción inscrita en la temporalidad histórica. Hay una moral ubicada en una noción de orden espacial y temporal superior, el imperio, que no reconoce las particularidades porque ellas son sólo desviaciones. Sin embargo, la geografía, como registro y contenedora de inscripciones culturales, presiona la mirada de Burton para que se instale en el espacio de cierto relativismo: “uno se siente tentado a creer”. Es cierto relativismo porque también en el pasaje está en juego una crítica a los determinismos geográficos.

Los comentarios irónicos, a mi juicio, indican que el narrador se ha aproximado de una manera diferente a los “narrados”. La ironía actúa en el sentido de abolir la fuerza que las diferentes prácticas culturales expresan (no en la dirección del desvío de la moral) para la mirada del narrador. Aunque la asociación, sobre la que ironiza Burton, entre prácticas culturales y espacio geográfico es muy burda, revela que la diversidad a la que su mirada se enfrenta “gana” un espacio en la narrativa. Es obvio que ese espacio está atravesado por el conflicto con los que son descritos o “narrados”.

En la narrativa de *Primeros pasos...* se muestra que la tensión entre los espacios descritos y las nociones de orden que se intentan construir sobre ellos adquieren matices muy particulares. Así:

[...] entré en la estancia pronunciando un sonoro “La paz sea contigo”, al que su alteza respondió graciosamente y, extendiendo una mano tan huesuda y amarillenta como la zarpa de un gato, dio un chasquido con los dedos pulgar y corazón. Dos chambelanes se acercaron a mí y, sujetándome por los antebrazos, me ayudaron a inclinarme sobre los dedos del monarca, que sin embargo no besé, pues *me disgusta ejecutar tal operación sobre mano que no sea femenina*²⁴ [...] (237).

²⁴ Las cursivas son mías.

En esta escena Burton también se dirige de manera directa a la audiencia, específicamente a su audiencia victoriana. Los comentarios irónicos operan en el sentido de disminuir la importancia y el riesgo (está en la corte de la ciudad prohibida de Harar) que la acción que se está ejecutando tiene, con lo que demuestra que la situación siempre está bajo su control. La razón de ello es que el autor entra en el escenario de la narrativa como un personaje más de ella. Pero, al hacerlo, debe enfrentarse con los intentos de imposición de un orden, incluso ceremonial, de quienes tienen una posición subordinada en el relato. No besar “mano que no sea femenina” es un acto de desplazamiento de la gravedad de la escena al terreno de un dominio dudoso de la misma.

A diferencia de lo que había apuntado respecto al ambiente de la narrativa en *Personal Narrative...*, en ocasión de la descripción de la Ka’aba, donde el pasaje correspondiente denota la imposición que el lugar hace sobre la escritura, aquí el conflicto es evidente. Burton trata de no quedar atrapado en el orden que los “otros” le están imponiendo. Sin embargo, en el momento en que la tensión se establece, la presencia de los otros sujetos de la narración se equipara con la del narrador.

Burton no aparece solamente como un “traductor” de prácticas culturales. Su localización y, por lo tanto, la de su narrativa cambian el contenido de la escena. Estar adentro de la descripción implica también incorporarse al universo de los “narrados”. Desde allí debe recurrir a todas las estrategias posibles para mantener el control de la escena, en tanto que no se opacan en su narrativa las pulsiones por homogeneizar los espacios y la gente descrita. Ése es el lugar de la ironía. Este tropo le permite mantener una especie de distancia crítica con todos los actores implicados. No sólo con los de este escenario del imperio, los territorios somalíes, sino también con los territorios centrales del mismo: Inglaterra. De esta manera:

[...] según el grandilocuente Bruce “la corte de Londres y la de Abisinia son, en cuanto a sus principios, la misma cosa”, y a decir verdad los hombres que haraganeaban en el patio del palacio de Harar, y que antes nos habían mirado como si quisieran decapitarnos, ahora esbozaron amables sonrisas como si nos hubieran tomado afecto (238).

Las cortes reales pueden parecer a Burton uno de los lugares más detestables; sin embargo, la imposición de un ritual del espacio y de las miradas —“que antes nos habían mirado”, “antes” de que el monarca diera su venia— introduce en la narrativa elementos de comparación. El hecho de que Burton se aproxime a los otros actores mediante su inclusión en la narrativa y hablando en primera persona, transforma los contenidos. Las comparaciones, pero más que ellas, las equivalencias entre territorios desiguales, entre quienes tienen el dominio y quienes son subordinados a él, abren el espacio para que las nociones de orden de los somalíes de Harar tengan un papel activo. Esas nociones se muestran en las disposiciones que Burton debe cumplir en el encuentro con el gobernante de Harar. Es obvio también, como ya lo he señalado, que eso no se produce sin conflicto alguno, ya que Burton mantiene por medio de la escritura²⁵ un extenso dominio del espacio y

²⁵ La escritura de Burton puede ser entendida mediante el concepto de dispositivo. Deleuze y Guattari en su obra *Kafka. Por una literatura menor* piensan esta función para la producción literaria de Kafka. Para ellos la idea de dispositivo remite a las de redes que se establecen a partir de ciertas funciones que se vuelven socialmente significativas. Por ejemplo, en la parte de *América* donde Kafka habla del fogonero, el dispositivo se estructura alrededor de las acciones que están implícitamente en la máquina y fuera de ella, es decir, incluso en las actividades adyacentes. El mecánico es parte de la máquina, cuando es mecánico de ella y cuando deja de serlo. Para Deleuze y Guattari la máquina técnica no es sino una pieza de un dispositivo social “presupuesto por la máquina misma”. Si pensamos en las dimensiones que tiene en la escritura de Burton el tropo, que he denominado imperial, podemos encontrar una relación similar. Los beduinos que migran y Burton mismo están atrapados en los enunciados de una mirada imperial aun cuando ésta ya no los alcanza y los convierte en texto. En cierto sentido, al igual que Kafka, pero con una intencionalidad diferente, la obra de Burton no puede situarse solamente en sus referencias a bibliografías, es decir, al pasado. Deleuze y Guattari se preguntan leyendo la obra de Kafka, cuándo es que un nuevo dispositivo se está enunciando. La respuesta que dan se basa en el hecho de que la literatura de Kafka no es un viaje a través del pasado, ni sus referencias están en los libros, sino en nuestro porvenir. No es una composición de fragmentos de una bibliografía universal. En ese sentido lo que K. escucha “es el rumor de un futuro contiguo, el rumor de nuevos dispositivos [...]”, denominados como las “potencias diabólicas del porvenir que ya tocan a la puerta, capitalismo, estalinismo, fascismo” (1978: 117-126). Burton puede percibir, y desde allí apoyar (por eso la intención es diferente) los ecos del porvenir. Dentro del contexto en el que él se desplaza, esos ecos se llaman imperio. Son ecos y a la vez dispositivos que ordenan los enunciados y

del tiempo de los otros. La noción de registro y de captura que la escritura posee no era algo desconocido para Burton:

En el interior de Harar se nos sometía a tan estrecha vigilancia que me resultó imposible escribir una sola línea. No obstante me escapé hasta Wilensi y pude darme prisa en recoger las formas gramaticales y un vocabulario, que servirá para [...] (253-254).

Por regla general no es peligroso escribir en presencia de estos beduinos, pues nadie sospecha que estás tomando notas y sólo los más cultos reconocen un dibujo (135).

Es en el sentido de las equivalencias que la intersección de espacios culturales produce nuevos ambientes en la narrativa. En el caso de *Primeros pasos...* están caracterizados por las tensiones, pero también por las aproximaciones del narrador al escenario donde transcurren los relatos. La gente y los espacios descritos no parecen ser, en el contexto de esa aproximación, meros agentes pasivos. Desde mi perspectiva hay un conflicto de representaciones: las de Burton que se mueven en estos terrenos de manera no categóricamente homogeneizante, y las de los habitantes de la ciudad de Harar en este caso.

Con estos comentarios quiero destacar que cuanto mayor es la aproximación del autor, o mejor dicho, cuanto mayor es la inscripción del narrador en los escenarios que intenta representar, más activos se vuelven los otros culturales. En los espacios abiertos por esta actitud, las representaciones rígidas y homogéneas sobre los sujetos y paisajes se debilitan. Esa inscripción, como dije antes, se lleva a cabo por medio de la construcción de representaciones que, dependiendo de las circunstancias de la narración, presentan un carácter más o menos homogéneo. Permítaseme citar un pasaje algo extenso de Burton.

[Si quieres viajar por Somalia] debes *desechar todos tus prejuicios* y durante un tiempo olvidar tus modos europeos en favor de la corrección india, el refinamiento persa, la cortesía árabe o la dignidad turca. "Son tan libres como los hizo la naturaleza";

los desplazan del sujeto. Sin embargo, estos dispositivos también tienen sus puntos de fuga. En esta parte del estudio estoy rastreando justamente esa dimensión.

y quien se oponga a que le afeiten la cabeza en público, a ver cómo sus amigos se peinan en la sala de estar, a permitir que sus propiedades sean invadidas sin la menor consideración, o a ser tratado con total familiaridad por un extraño, debe abstenerse de visitar el país somalí.

Sin duda, querido L., *desaprobará mis sentimientos de "bárbaro aficionado"*. Sin embargo debe recordar que llegué a África pasando por Adén, con su monótona rutina de desfiles sin sentido y fastidiosos consejos de guerra.²⁶ En aquel lugar donde la sociedad está escindida en ridículas distinciones entre miembros del personal y los regimientos, nativos de Madrás y de Bombay, oficiales "europeos" y "negros"; donde la literatura queda confinada a adquirir el arte de explicarse en las jergas de salvajes semidesnudos; donde la actividad viene definida por innobles altercados oficiales, antipatías, desaprobaciones y referencias a la "autoridad superior"; donde el intercambio social es aplastado por la maledicencia [...] (61-62).

Casi una política de viaje se anuncia en este pasaje.²⁷ Siempre se puede encontrar un nuevo referente en el movimiento, acorde con las expectativas de cada quien. La intersección de territorios que se puede apreciar aquí, tanto desde una valoración negativa, Adén, como positiva, los somalíes, confirma que los cruces de textos culturales producen un ambiente especial en la narrativa. Aunque "L." desapruebe los "sentimientos de bárbaro aficionado" de Burton, eso no detiene a este último en cuanto a hacer un ejercicio comparativo.

Los cruces muestran también que las tensiones no sólo se instalan en el terreno de las miradas imperiales y los "narrados" por ella. Hay espacios como los de este pasaje que enuncian la tensión entre formas de vida organizadas en torno del ritual colonial y formas que aún no poseen aquella impronta. Tal vez sea mejor señalar que la primera forma de tensión permanece, pero lo

²⁶ Las cursivas son mías.

²⁷ Es importante destacar que esta política de viaje es un territorio de tensiones. En ella se presentan formas clásicas de un paradigma de la observación de campo de las ciencias sociales: la mirada es "propiedad" del que se desplaza, del que se mueve, aunque también Burton observa el movimiento de los beduinos y es observado por ellos. En la actualidad el tema de la observación etnográfica es el ámbito de propuestas académicas y políticas importantes. Las tesis de James Clifford destacan en este contexto. Véase su trabajo "Traveling Cultures".

que cambia es el lugar desde donde se expresa la mirada. Burton no se desplaza en esta escena a una nueva pastoral, a una idea de *go native*. Por el contrario, advierte que asumir una vida de esta naturaleza tiene sus costos. Lo interesante es que uno de esos costos es abandonar los prejuicios. Es en esta dirección que estamos en presencia de una política de viaje. El movimiento es la promesa del cambio que obliga a ejecutar tantos papeles como sea posible, y la narrativa se convierte en el registro de ese movimiento, es decir, en su bitácora. La política de viaje se enuncia también, y fundamentalmente en el hecho de que en las intersecciones hay elementos que, al conformar la mirada, se transforman o definitivamente se pierden. Por esta razón la disculpa que Burton pide por vivir como “bárbaro aficionado” no resuena en el contexto general del pasaje. Es más bien una concesión a la audiencia.

El pasaje extractado sitúa a Burton y a su narrativa en los dos territorios de la política de viaje. Estas últimas son un resultado de lo que en este texto he denominado intersecciones textuales o culturales, que de algún modo también poseen características notoriamente modernas y que se acercan de distintas maneras a ciertos recorridos fáusticos.²⁸

Espacios intersectados y zonas de disputa y conflicto: éste es un resumen ajustado de la narrativa de *Primeros pasos...* Hasta ahora hemos visto cómo las nociones de orden se reconvierten de acuerdo con los escenarios y que los otros culturales no son sujetos pasivos en estos conflictos. Queda para la última parte de este capítulo explorar una de las áreas más complejas de los acercamientos de Burton y de su narrativa a la gente que es narrada y nombrada en su relato: las formas de su presentación frente a los sujetos de la narración.

²⁸ Véase el libro de Marshall Berman, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. En especial la introducción: “La modernidad: ayer, hoy y mañana” (1-27) y el capítulo I: “El Fausto de Goethe: la tragedia del desarrollo” (28-80).

LOS ITINERARIOS DE UNA REPRESENTACIÓN

Como dije más arriba, las maneras en que Burton se presentó frente a los sujetos de las narraciones es uno de los territorios más complejos de su narrativa. En cierto modo los análisis que he hecho hasta ahora respecto a las nociones de orden espacial y temporal se entrelazan con este problema. También es un ámbito privilegiado para hacer más problemático el tema de las aproximaciones de Burton a los “narrados”.

El hecho de que muchos viajeros y exploradores recurrieran antes que Burton al disfraz para hacerse pasar por “nativos” o para tener una mejor aceptación por parte de éstos no significa que éstas fueran las dos únicas dimensiones en juego tras este acto. Tampoco en las narrativas, cuando las hubo, los resultados fueron los mismos. Lane, quien había vivido en Egipto antes que Burton estuviera allí, es un ejemplo de esto. Aunque vestía con ropas árabes, su narrativa es el ejemplo de la creciente separación entre el sujeto que narra y la gente y los paisajes narrados.²⁹ Como lo señala Alberto Cardín en la introducción a *Primeros pasos...*, el famoso Lawrence, posterior a Burton, aunque tiene una gran eficacia en la representación de su personaje, y se le puede otorgar la misma capacidad de Burton en relación con la asunción formal de las reglas implícitas, no llega a explicitarlas discursivamente como lo hace este último (1987: 13).

Los “disfraces” acompañan a Burton desde las primeras exploraciones en el Sind. Uno de sus biógrafos sugiere que debería tenerse en cuenta los conocimientos que Burton poseía de las prácticas del simulacro desarrolladas por los sufíes (Rice, 1992: 25). Más allá de estas cuestiones lo que me interesa destacar en este apartado es la manera en que esas prácticas se entrelazan con la gente y los ambientes narrados.

Antes que nada debemos tener en cuenta que en todos los pasajes citados hasta ahora Burton aparece frente a la gente de Somalia y Harar como Abdullah, el Hayi. Esta forma de presentación tiene consecuencias para la narrativa. Por un lado, está pre-

²⁹ Véase la sección de este estudio dedicada a comentar la mirada de Said respecto a Burton. Para un acercamiento más directo a este problema, véase el libro del propio Edward W. Lane: *The Manners and Customs of the Modern Egyptians*.

sente la posibilidad enunciada por Zane de la distancia y la actitud voyerista pero, por otro, está también la posibilidad de que se creen zonas de conflicto donde las pulsiones por imponer un orden no estén claramente definidas. Aquí quiero explorar el segundo de estos aspectos en tanto puede dar algunas claves para entender mejor el problema de los intersticios de esta narrativa.

Hasta ahora he estado usando la idea de escenario sin explicar la razón de ello. La narrativa de *Primeros pasos...* concibe los espacios que describe, casi desde principio a fin, como los ámbitos donde se desarrolla una obra. Esa obra está construida por personajes —Burton, como vimos, es uno de ellos— que interpretan papeles, que llevan a cabo, como diría Edward Said, una *mise en scène*. Mi intención es apropiarme metafóricamente de esta idea para pensar la forma en que Burton se representa a sí mismo y la forma en que representa a los demás en la narrativa.

EN EL ESTE DE ÁFRICA SE INTERPRETAN PAPELES

Son numerosas las situaciones de la narrativa de *Primeros pasos...* donde aparece el juego de las múltiples interpretaciones. Burton básicamente diseña un personaje con el que realizará la mayor parte de la expedición, el Hayi Abdullah. Un aspecto central de esta interpretación es que no siempre evoca en la mirada de los otros, de los que son interpelados por la misma, las intenciones que el narrador ha tenido respecto a ella:

[...] y al vernos los lugareños se apresuraron a salir de sus casas y exclamar: “¡Mirad! Se acercan los reyes”, mientras otros invitaban a los que permanecían reclusos a contemplar al “hombre blanco, gobernador de Zaila”. Me opuse a que me adjudicaran semejante dignidad, sobre todo a causa de su precio [...] Este inevitable rasgo de mi persona (la piel blanca), junto con el atavío árabe, me convirtió en distintas ocasiones en el gobernante de Adén, el mandamás de Zaila, el hijo del *Hayi*, un muchacho, una anciana, un hombre pintado de blanco, un guerrero con armadura argénteo, un mercader, un cura iletrado, Ahmed el indio, un turco, un egipcio, un francés, un *banian* o comerciante hindú, un jerife y por último una calamidad enviada desde el cielo para destruir las vidas de los somalíes (1987: 151-152).

Éste es otro de los territorios donde la mirada uniforme de quien describe se encuentra con las miradas de los otros. Cada una de las caracterizaciones que Burton despierta en los somalíes demuestra que la narración se desarrolla en un escenario donde los actores intervienen en la composición del personaje. La narrativa contiene, como vimos, sólidas nociones de orden. Sin embargo, el pasaje muestra que en los intersticios del “plan general”, es decir, en los espacios donde la normatividad se atenúa, podemos reconocer los ecos de otras formas de representación. Son ecos en la medida en que están mediados por los recuerdos y los registros de Burton. Lo importante, a mi juicio, es que en la narrativa el narrador les da un lugar, aunque el tono respecto a ellos sea irónico.

En este escenario del imperio tanto los sujetos implicados en la narración como los paisajes pueden ser territorios de distintas caracterizaciones. Las formas en que los somalíes ven a Burton, y las mediaciones que supone la transcripción y traducción de estas miradas, sugieren un contexto de representaciones casi nunca inequívocamente homogéneas. El motivo de ello es que la tensión, que he analizado en las páginas anteriores, es un factor central de inestabilidad.

Así como una forma de mirar con fuertes pulsiones hacia la clasificación y la catalogación está presente en la trama de *Primeros pasos...*, también, desde la perspectiva que asumo en este estudio, se pueden observar fuertes pulsiones dirigidas a ámbitos más difusos, menos anclados en el espacio de lo homogéneo.

En este marco hablar de representaciones tiene un doble significado. Por un lado, el que se refiere a las formas en que aparecen la gente y los paisajes en la narración, es decir, las maneras en que son construidos por la mirada del narrador y, por otro, el que se refiere a los personajes que sostiene Burton en la representación escénica de su exploración.³⁰ El segundo de estos puntos

³⁰ El problema de las representaciones es muy importante en esta parte del estudio. Se podría hacer una burda clasificación de dos formas de ver el tema. Por un lado, la realista, que afirma que el lenguaje representa el mundo correctamente y, por lo tanto, cualquier enunciado es verdad. En este sentido el lenguaje es una representación literal del mundo. Por otro lado, la forma no realista, que afirma que no hay una posibilidad de re-presentar el mundo en tanto no hay nada que presentar, porque el lenguaje no tiene esa capacidad de captura del significado.

es central para comprender cuál es uno de los significados del disfraz y las consecuencias de éste en la narrativa. Leamos al propio Burton.

Pasamos sobre las colinas de Harar por caminos tan escabrosos que cambiamos las cargas del camello al lomo del burro. Como yo me aproximé a la ciudad, los hombres salieron de sus villas para preguntar si aquél era el turco que iba hacia su muerte. La pregunta hizo que me decidiera a *aparecer delante del Emir con mi propia personalidad, la de un inglés*.³¹ En estas tierras es una cuestión de honor no ocultar tribu o nación... (1972: 75).

“Mi propia personalidad”, en el sentido de “mi propio personaje”, es la clave de este pasaje. Burton concibe las pertenencias culturales como algo que puede ser representado por medio de un personaje. Así como ser el Hayi Abdullah es una manera de imaginar la aproximación al este de África, ser un inglés opera en el mismo sentido. La potencialidad de esta afirmación radica en que el elemento de dominio que se oculta detrás de la idea del disfraz no le corresponde exclusivamente a éste. Ser un británico puede tener en este contexto el mismo estatuto que el de ser un árabe: “en estas tierras es una cuestión de honor no ocultar la propia nación o tribu”. A partir de esta observación el escenario se vuelve más complejo en tanto las características que se asocian a las pertenencias no son tan definidas.

Todas las descripciones que recibe Burton por parte de la gente contribuyen a que la presentación del narrador se convierta en un territorio más flexible de lo que él mismo podría imaginar. En otras palabras, no es seguro que Burton haya registrado el carácter cambiante de su presentación frente a los somalíes. En

Una de las tareas es dismantelar la ideología de la representación que afirma que el lenguaje representa una realidad subyacente (Lawson, 1989: 129-130). Stephen Tyler señala que “la verdadera significación histórica de la escritura es que ésta ha incrementado nuestra capacidad de crear ilusiones totalizadoras con las cuales tener poder sobre las cosas y sobre otros como si fueran cosas. Toda la ideología de la significación representacional es una ideología de poder” (1986: 131).

³¹ Las cursivas son mías.

Primeros pasos... aparecen algunos fragmentos de ello. Sin embargo, el aspecto más importante de esta situación radica en que tanto somalíes como beduinos, al mirar al personaje que Burton representa, le asignan distintas características. Este punto podría señalar que interpretar personajes, desplegarlos en un escenario, es parte del contexto por donde se desarrolla la exploración. En el mismo sentido tampoco queda claro que la gente fuera engañada por las ropas de Burton. Sólo en Harar decide cambiar a su “propio personaje”. Antes de ello no hay en *Primeros pasos...* registros de la misma experiencia. En un contexto donde las formas de mirar pueden ser tan diversas —recordemos el penúltimo pasaje citado— la exigencia de una pertenencia “real” no tiene sentido. Más bien la exigencia se sitúa en el nivel de las interpretaciones de papeles.

En el interior de las murallas de Harar, Burton ya no es Abdullah sino Richard Francis Burton. Sin embargo, desde esa posición interviene en una discusión religiosa y recibe la aprobación del *gerad* Mohammed, quien era el hombre religioso con mayores conocimientos del islam en la ciudad.

En efecto el lector distraído por una referencia marginal, dijo: “ángeles, hombres y espíritus”, y el *Gerad* se apresuró a arrebatarse el libro y halló escrito “hombres, ángeles y espíritus”. Se suscitó una división de opiniones sobre el orden de las criaturas y yo aproveché la circunstancia para explicar que la naturaleza humana, que entre los musulmanes no es en absoluto inferior a la angélica, debía colocarse en el lugar más alto porque de ella se habían creado los profetas, apóstoles y santos, mientras que la otra no es sino una *wasitah*, o eslabón entre el Sumo Hacedor y sus criaturas. Mi teología obtuvo la aprobación general y fue saludada con amables miradas por los ancianos (1987: 26).

En suma, lo que está en juego es cierta capacidad de actuación. Pero el problema no se reduce a una determinación de qué es lo verdadero o lo falso, ni a simples asociaciones del tipo “si Burton era británico no podía ser musulmán”. Por el contrario, el “reclamo” de los otros actores —si se permite la expresión— se dirige hacia la capacidad interpretativa. A diferencia de la posición de Zane respecto al “disfraz” de Burton, que reclama implícitamente la ausencia de un Oriente “real” en la narrativa, aquí estamos en presencia

de una instancia donde las asociaciones entre verdad y realidad se cuestionan. La narrativa de *Primeros pasos...*, como hemos visto, pretende en muchas instancias poseer una especie de verdad sobre la gente y los paisajes que describe. Sin embargo, no constituye un anacronismo tratar de encontrar en varios territorios del texto los espacios donde la relación entre discurso y “mundo” no es especular. Lo que permite afirmar esto es que la narrativa de Burton no se inscribe totalmente en los cánones de la retórica científica. El “reclamo” de Zane, que he criticado, en última instancia convierte los hechos, como dice Steve Woolgar, en algo neutral. Ellos están allí para ser descubiertos por alguien, esperando la llegada de un agente transitorio (1989: 134). En este contexto la cultura pasa a ser un territorio también neutral. Por el contrario, la idea es afirmar que, en cierto sentido, todas nuestras historias son ficciones. Cada una de ellas es la historia que nosotros hemos elegido creer (Lawson, 1989: xxviii).³²

Esta posición permite hacer una lectura del problema del “disfraz” desde una perspectiva diferente. La capacidad interpretativa es lo que todos los actores en la escena de *Primeros pasos...* reclaman. La dirección que el discurso de Burton asume sobre este punto puede estar ligada al engaño, pero eso no es más que una de las historias en las que el narrador cree.

El acortamiento de las distancias, por paradójico que parezca, se sitúa justo en el acto de asumir distintos personajes, incluso el “original”, por parte de Burton. Es allí donde se abren espacios como los que hemos estado analizando en este estudio. La interpretación de distintos papeles no oculta las relaciones de subordinación que se introducen en la narrativa por distintos medios, ya sea la clasificación racial, las costumbres sociales, etc. Sin embargo, tienen la peculiaridad de que muestran escenas que una completa separación no mostraría. Es frecuente que Burton recurra a consideraciones irónicas para descalificar la mirada de los otros, pero lo que las ironías están poniendo en evidencia es que muchas situaciones narradas son espacios de negociación y de conflicto.

³² Aquí no hay una distinción entre lo real y lo imaginario. La intención es destacar que cualquier enunciado puede tener el mismo estatuto.

El “disfraz”³³ se sitúa en esta esfera de las relaciones con los “narrados”. Por esta razón no es casual que las representaciones actorales de Burton estén casi siempre inmersas en un contexto de negociación: conocer las prácticas de la gente que va a ser descrita, parecerse a ellos, recibir las representaciones que ellos se hacen del narrador, tener una cierta eficacia en la ejecución del personaje, es decir, conseguir un clima pactado donde estrictamente lo que importa es la capacidad representativa. Esto supone presentarse frente a los otros actores de la narración de la siguiente manera:

Había conocido a Sharmarkay en Adén, donde recibió de las autoridades estrictas recomendaciones relativas a mi seguridad personal; pero como el talante de un mercader musulmán exigía que pareciésemos extraños, tuvo lugar a mi entrada una presentación formal por parte de nuestro maestro de ceremonias, *Hammal*. Sharmarkay vivía en una morada poco lujosa, pues prefería un establo [...] (1987: 46).

En otras palabras, parece claro que Sharmarkay sabía quién era Burton; sin embargo, el encuentro debió adquirir las características de una puesta en escena. Burton debe actuar como mercader musulmán.

La narrativa de *Primeros pasos...* se convierte en el territorio privilegiado del cruce de distintas narraciones.

De una manera similar a lo que vimos para *Personal Narrative...* aquí se abren espacios para diferentes formas de representación. De las situaciones que están en conflicto con las aspiraciones de dominio y control del narrador se muestran espacios de la narrativa que señalan las proximidades más que los alejamientos. Cuando Burton vestido como un árabe describe a la gente y los paisajes de Somalia, más que distanciarse, se aproxima al centro del conflicto. Es allí donde debe poner en juego sus conocimientos y sus formas de aprehender a los “otros”.

³³ J. L. Austin dice que la “irrealidad puede no entrar en una situación de simulación [...] Nosotros no debemos [...] permitírnos estar demasiado obsesionados por la oposición [...] entre la simulación y la realidad” (cit. por Bruns, 1982: 178-179). Lo que muchas veces ocurre es que se interpretan mal las situaciones representacionales.

CONCLUSIONES. LOS NARRADOS, LAS INTERSECCIONES Y LAS TENSIONES

BREVE BALANCE

En este estudio se han explorado algunas dimensiones de la narrativa de viaje de Richard Francis Burton sobre el este de África. Las páginas precedentes están pensadas desde una lógica de los contrapuntos permanentes. El intento ha sido, en primera instancia, establecer en esta escritura qué regiones estaban menos marcadas por la lógica que las narraciones imperiales imponían. La elección para el análisis de las nociones de orden temporal y espacial responden a esa preocupación. Ambas proporcionan dos claves importantes de la narrativa de *Primeros pasos...*, es decir, sus vinculaciones con el espacio y con el tiempo de los “narrados”. Desde un punto de vista general, la posición asumida aquí es la que afirma que el texto de Burton es un cruce de narraciones. Como tal, hemos visto que las definiciones tajantes no ofrecen el mejor cuadro para nuevas preguntas que incluso exceden el marco de este estudio pero que, implícitamente, operan en la forma y el contenido del mismo.

Un trabajo sobre un viajero británico en el este de África a mediados del siglo XIX parecería a algunos que sólo puede ofrecer algunas líneas convencionales de lectura, aunque no por ello menos importantes. Es evidente que el peso concreto que las narraciones imperiales y las propias historias del proceso imperial tuvieron, implicó para la escritura de viaje una impronta definida en las intenciones de imponer un control y una transformación extensos de la gente y de los territorios. Sería ingenuo y poco honesto negarlo. El problema de esa impronta, la cual es la más

visible de todas las que se puedan hallar, es que justamente se brinda con demasiada rapidez al ojo del lector. Por el contrario, preguntas en torno a los territorios de conflicto que la narrativa muestra, abren la discusión en dos sentidos. Por un lado, hacia el estatus que estas escrituras tienen en el interior de las narraciones imperiales, es decir, qué clase de inscripciones representan para una mentalidad de dominio y control y, por otro, hacia el problema político de relativizar los discursos homogéneos frente a otros dispuestos a establecer, aunque más no fuera, áreas de conflicto con otros discursos.

En este trabajo no se han podido soslayar esos problemas. Por esta razón el texto resultante es en sí mismo un lugar de fuertes tensiones, de equilibrios precarios entre las tendencias hacia la homogeneización y aquellas dirigidas hacia la dispersión que la propia mirada de Burton propone. En cierta forma se podría pensar que un proceso mimético se ha desarrollado entre las condiciones de la escritura: la de *Primeros pasos...* y la de este trabajo. Por supuesto que no es una mimesis temática. Se trata de una mimesis que recupera la tensión subyacente entre orden unilateral y cruce de narraciones. La elección de este texto de Burton no ha sido casual. Éste se despliega en y a partir de uno de los territorios africanos mejor caracterizados por una impronta que tiene por principal contenido la mezcla, la intersección, los cruces entre múltiples narraciones. Cada una de ellas expresadas por distintos espacios como el lenguaje árabe, los beduinos, la gente bantú del interior del continente, el islam, e incluso los viejos registros de un cristianismo ancestral en la cercana Etiopía. A todo esto se le deben sumar las propias “marcas” culturales del narrador.

NARRADOS E INTERSECCIONES

La política de este estudio ha sido la de situar a los “narrados” en una posición distinta a la que la voz pasiva les asigna. Se ha usado constantemente la expresión “narrados” para no olvidar en ningún momento el enorme potencial de dominio y control que posee esta escritura, a la par de no olvidar que se los representa como parte de un territorio de subordinación. El término contiene algunos

problemas. Por un lado, asigna a la escritura de Burton un control y un poder extensos, que brindan la posibilidad de construir sujetos sociales de acuerdo con su propio universo de representaciones. Desde ese punto de vista los actores presentes en *Primeros pasos...* corren el peligro de haber sido inventados con el solo fin de acompañar, de dar un contexto al viaje de Burton; en otras palabras, de no ser más que ficciones literarias que el narrador crea para producir un escenario adecuado para el relato. Ésta ha sido la razón por la que se usó una noción de contexto alejada de la idea de marco donde son explicados los actores. Inventar los personajes no quiere decir que los beduinos o somalíes no estuvieran concretamente allí, sino que su presentación es en parte una función aleatoria de lo que sería la empresa principal del narrador: “presentar” el África para el consumo europeo y suyo propio.

Por otro lado, el término implica que los “narrados” comparten de alguna manera las reglas del juego que el narrador propone por medio de la escritura. Aquí se debe tener presente que la escritura de Burton está concebida en relación con dos factores: la audiencia europea y los africanos que son descritos en sus relatos. Es en la primera donde la noción de “narrados” adquiere sentido, no con la forma que es propia de este análisis, pero básicamente con el sentido de que las descripciones de la gente y los paisajes no son actos que se produjeron en la imaginación del narrador, sino hechos reales y concretos. Son “narrados” en la medida en que “necesitaban” de una mirada que les impusiera una clasificación, o mejor dicho, que les diera una clasificación donde la escritura actuaba como el territorio de la formalización de la misma. Es decir, esto ocurre cuando la gente y los paisajes son el tema principal de una narración y cuando esa narración se ve como representación especular de la realidad. En este contexto, la captura en términos epistemológicos de los conocimientos “locales” refuerza el mismo proceso. Ante la imposibilidad de los “nativos” de darse un orden y explicarse el mundo en términos del dispositivo de la retórica científica, aparece el deber de darles un orden a su mundo caótico de representaciones. En el procedimiento de captura que esta posición implica se produce la reducción de la gente y los territorios a la condición de texto, en el sentido estrecho

del término. Entonces la dimensión de ser narrado se refuerza. Respecto al segundo de los factores, los que son descritos en sus relatos, como se señaló en la introducción, no necesariamente comparten el registro que les propone la mirada de Burton. Es decir, pueden contestar en territorios distintos a los de la escritura de viaje. Sin embargo, al hacerlo, están interviniendo en la narración del explorador en la medida en que los intentos de control y dominio no pueden desplegarse al no recibir referencias aprehensibles. Burton muestra los momentos cuando la gente lo nombra y lo describe, pero sólo puede tener para estas acciones dos actitudes: ironía y sorpresa. Las dos son los elementos con los que cree conjurar el peligro que la devolución de las miradas implica para la estabilidad de los motivos mayores del relato. Es decir, para la estabilidad de las certezas culturales del narrador.

A pesar de estas objeciones, la utilización del término “narrados” tiene por objetivo manifestar los registros evidentes de la narrativa de Burton. Opera como un referente crítico ya que condensa en sí mismo los problemas que fueron analizados en el capítulo II, en relación con el dominio y la imposición de un orden por parte de la mirada imperial de Burton. Hablar de los “narrados” no es desplazar el problema de su estatuto en el interior de esta narrativa hacia ámbitos menos complejos o simplificados (por ej., ver sólo una forma de dominación en esta escritura), sino, por el contrario, es destacar que la intencionalidad normativa y, muchas veces, los resultados de la misma ganan amplios territorios de la narrativa. Pero estas ganancias siempre tienen el correlato de un conflicto porque sólo se obtienen en el espacio del texto, en el espacio donde las representaciones de Burton son hegemónicas. Son “victorias” donde ha operado la omisión de otras formas de representación, como ocurre con la ironía y la sorpresa. Aunque es cierto que, en la medida en que esta narrativa se entrelaza con las formas de un discurso —en el sentido en que lo usa Edward Said en *Orientalismo*—, el campo de dominio se amplía. Sin embargo, en este estudio la intención ha sido casi la inversa. Más que explorar qué han hecho las narraciones occidentales a la gente y los paisajes de los territorios imperiales, aquí hay un intento de analizar qué le ha pasado a un tipo de escritura como la de viaje cuando la gente y los paisajes no son vistos como actores pasivos de una historia.

Ésta es la razón por la cual otra de las palabras claves ha sido intersección. Ésta conlleva la idea de los cruces entre las diferentes narraciones que encuentran espacios para actuar en la narrativa de Burton. Al utilizar una noción crítica de “narrados” combinada con la idea de las intersecciones, desde mi perspectiva hay más posibilidades de entender problemas como los que fueron discutidos en el capítulo II respecto a las tesis de Kathleen Zane y, a su vez, desmontar los supuestos sobre los que se asientan estas posiciones.

Sin embargo, discutir la idea del disfraz, es decir, las interpretaciones que lo ligan a un acto exclusivamente de engaño, es discutir en parte el estatuto que las críticas analizadas otorgan a los “narrados”. En ellas, particularmente en la de Zane, hay una idea de que la gente es capturada, atrapada y los territorios penetrados y violados, debido a que el que mira actúa como un *voyeur* que no quiere ser descubierto en su acción. El disfraz, o mejor dicho el uso de atuendos que son comunes en las áreas donde la exploración se lleva a cabo, otorgaría esa protección. Desde mi perspectiva, el análisis de *Primeros pasos...* puede ayudar a comprender otras dimensiones del acto del disfraz. En primer lugar, al incluirse Burton como parte de su propio relato, realiza una doble acción. Por un lado se subjetiviza, en la medida en que él aparece viviendo y confrontando situaciones con sus compañeros de viaje. Adquiere, aunque desde el lugar privilegiado que obtiene como narrador, un estatus similar al que se otorga al resto de los personajes involucrados en el relato. Sin embargo, este movimiento implica también un acto de objetivización debido a que lo comprende como un personaje más, de cuyo papel se puede hacer un análisis en la trama de la narración. Es decir, Burton mismo sufre un extrañamiento creciente al involucrarse en este escenario africano. Su mayor pertenencia a la historia que está narrando lo separa crecientemente del papel de narrador que controla todas las acciones. En cierta forma hay dos Burton. Uno que forma parte esencial de la historia de la expedición a Harar —lo mismo ocurre y tal vez con mayor intensidad respecto a la peregrinación a la Meca—, y otro que narra desde una posición exterior, aquel que dirige sus reflexiones a “L.”. El problema de la tensión aparece aquí desde otra de sus variantes. Entonces el tema del disfraz debe ser leído teniendo en cuenta estas claves.

Si tomamos en consideración esta dimensión de la escritura de *Primeros pasos...*, el disfraz se desplaza del marco más acotado del sujeto que pretende engañar a los otros —aunque Burton de manera manifiesta reconozca esto—, hacia el marco de las interpretaciones de papeles, hacia la eficacia en la ejecución de los mismos.

Desde esta perspectiva los “narrados” no son construidos como sujetos dispuestos en determinada situación para ser engañados, a la par que se relativiza el poder de la escritura para conformar el mundo a su medida. El problema de la mirada inversa, como la de Zane y en parte la de Said, es que se sitúa más en las intenciones de establecer o, mejor dicho, de imponer un orden por parte del narrador. Este punto de vista no es básicamente criticable, pero contribuye a construir instancias de lectura que le otorgan demasiado poder al acto de escribir/inscribir. Al hacer esto los “narrados” quedan definitivamente instalados en un territorio sin posibilidades y no tienen en las narrativas ningún papel relevante, excepto el de ser convertidos en contexto, en marco objetivable que sólo sirve para demostrar las capacidades incomparables del narrador. Si bien en esto hay una cuota de verdad muy grande, que en *Primeros pasos...* se puede advertir con claridad, no significa que desde nuestras lecturas debamos repetir el modelo que los narradores del siglo XIX tuvieron. En otras palabras, las preguntas que fueron formuladas en este estudio responden a intereses distintos a los del narrador. Es obvio que en Burton no hay preguntas acerca de las intersecciones, pero nosotros podemos hacerlas en tanto son un aspecto concreto de su narrativa. Todo esto está muy lejos de cualquier anacronismo.

El tipo de argumentos que se critica en este estudio es el que ubica toda la “responsabilidad” de la escritura en manos del narrador y olvida otras instancias centrales en la constitución de los textos, como por ejemplo la intertextualidad,¹ la cual desde mi perspectiva puede ser ampliada a la idea de contexto que hemos enunciado en la introducción a este trabajo. Es decir, podría haber una homologación entre la idea de texto y contexto en la que el

¹ El concepto es ampliamente discutido en el libro editado por Michael Worton y Judith Still: *Intertextuality. Theories and Practices*.

segundo término adquiera las mismas características activas que posee el primero.

En suma, los argumentos criticados refuerzan lo que paradójicamente combaten: la idea de pasividad de los “narrados”. De alguna manera repiten la lógica de las dualidades y de las separaciones tajantes en dos categorías básicas: victimarios y víctimas. Si bien se puede encontrar más de un argumento que refuerce esta separación, constituida en categoría, pero desde la perspectiva que se asumió en este estudio, tal separación se convierte en un obstáculo para entender el problema de la tensión y de las intersecciones de textos culturales. La razón de ello es que presta demasiada atención a procedimientos maniqueos, y en el mejor de los casos dualistas, para la lectura de textos que fueron escritos en la dinámica de los contactos culturales. Como se repitió en todo este trabajo, no se trata de desconocer las intenciones de dominio y control por parte del narrador, como tampoco la intención de conformar a la gente y los territorios del este de África en espacios de intervención. De lo que se trata es de pensar en textos como *Primeros pasos...* desde lugares menos deterministas y, por lo tanto, como espacios de intensos cruces culturales, de intensas disputas y conflictos.

En el escenario que esos contactos proponen, atravesados por fuertes normatividades, se pone en juego el tema de las interpretaciones de papeles. Sin embargo, este tema está íntimamente ligado al punto central de esta narrativa: la cuestión de las proximidades y los alejamientos del narrador respecto a los “narrados”. Es un punto central, en tanto que es la preocupación más destacada de las tesis analizadas y de este estudio.

En el capítulo III la tesis más importante se refiere a la posibilidad que tiene la narrativa de Burton de dar cuenta de los “otros culturales”. En este lugar se dice que la posibilidad se funda en la capacidad de acercarse a quienes son descritos o “narrados”.

El acercamiento es un proceso complejo que reúne varios elementos. En primer lugar, se constituye en el acto del disfraz, el cual requiere una serie de condiciones de actuación por parte de Burton. Tal situación se interpreta en este estudio desde un punto de vista que relativiza la presentación del disfraz como un factor negativo en los acercamientos. La razón de ello es que el ambiente

donde la narrativa se desenvuelve reclama capacidades interpretativas a los que están implicados en el relato. La presión del escenario “este de África” es de tal magnitud que los intentos de Burton de engañar a la gente se relativizan cuando éste es representado por la misma gente de diferentes maneras, sin importar demasiado cuál es el papel que exactamente cree estar interpretando. De allí que los dos condimentos esenciales de su respuesta sean la ironía y la sorpresa. A pesar de ello Burton es capaz de reconocer en parte ese problema. Cuando habla de su condición de inglés como si fuera un personaje, en el sentido escénico del término, se abre un nuevo espacio en su narrativa. Con mayor intensidad se muestra este punto en la discusión que sostiene con los religiosos en Harar. Allí es el mismo Burton el que discierne sobre la interpretación correcta del Corán. Los personajes que están situados en el mismo espacio de la discusión lo saben, pero la interacción se resuelve en el sentido del conocimiento del Corán y en la eficacia de Burton en presentar argumentos, de la misma manera que lo haría un creyente con amplios conocimientos de ese texto. A la audiencia religiosa mencionada en el pasaje le importa la capacidad interpretativa de Burton. La narrativa de *Primeros pasos...* se constituye también a partir de esos momentos que, sin duda, reflejan que el narrador, aunque esté objetivado como personaje, se instala en áreas donde el poder puede ser representado. Burton discute sobre problemas de conocimiento con quienes lo poseen. Esta característica es una marca permanente de su escritura y de sus opiniones políticas aristocráticas.

Por otra parte, es un acercamiento que está mediado por múltiples instancias de conflicto, donde las luchas por el poder son determinantes; este último en un uso literal y otro metafórico puede ser entendido como el poder para narrar. Desde una perspectiva explícita, Burton se acerca para tener un poder más amplio sobre los “narrados” porque los intenta atrapar desde el interior de sus propias lógicas. El resultado de este esfuerzo es una narrativa que en parte traiciona las ambiciones del narrador. Las traiciona porque *Primeros pasos...* no se brinda como un territorio consumado y completamente dominado por el autor. Los espacios donde operan las intersecciones analizadas en el capítulo III desvirtúan los grandes planes, “el gran plan de la obra”. Son territorios que

emergen de la negociación de instancias y situaciones que no entran fácilmente en las clasificaciones disponibles dentro del universo de representaciones del narrador.

Desde el punto de vista asumido en este estudio, estos elementos permiten establecer una dinámica distinta, o si se quiere más compleja, de la relación que este tipo de texto establece con la gente y los paisajes que intenta describir. Para Zane, y en gran parte para Said, la relación que define estas escrituras se basa en los siguientes términos: distancia/objetivación/control. Por el contrario, en este estudio se incorporan a esa relación otras variables que condicionan el resultado general del análisis y abren el camino para otras lecturas: distancia-aproximación/objetivización-subjetivización/control-conflicto. Cada una de estas dimensiones expresa el problema de la tensión que subyace en la mirada de Burton y en los registros de su narrativa, porque esta tensión no sólo se expresa en los contrastes entre los propios registros culturales del narrador y los de los “narrados”, o en las mayores o menores pertenencias de Burton a la escena de la narración, sino también entre lo que podríamos llamar pulsiones hacia la objetivización y pulsiones hacia la subjetivización. Los desplazamientos permanentes del autor a las escenas del relato constituyen en sí mismos actos de acercamientos y alejamientos respecto a quienes son descritos. La tensión emergente de ese proceso da contenido a cada uno de los comentarios de Burton, a la vez que presenta con mayor claridad las áreas de fractura de *Primeros pasos...* respecto a los discursos homogeneizantes.

Es en este sentido que la tensión opera como un concepto que puede ayudar a entender la narrativa. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que por ser un concepto creado a partir de una situación inestable, es decir, de intersecciones, mostrará a su vez la misma inestabilidad. En otras palabras, no es seguro que usar el concepto “tensión” resuelva, en el sentido de entender, todos los intentos que aparecen en la narrativa de Burton por imponer un orden, aunque tiene la virtud de ofrecer una perspectiva que puede expresar mejor las áreas menos normadas de la escritura. Es decir, frente a las lecturas que privilegian los rasgos “duros”, que definen la pertenencia de esta narrativa a un discurso imperial, el concepto de tensión incorpora los rasgos que señalan los espacios donde el

apego a esa normatividad se atenúa, donde la narrativa se convierte en un territorio heterogéneo.

La cuestión que rodea al problema del objetivismo-subjetivismo en *Primeros pasos...* es si de la tensión entre estos dos factores las aristas fuertes del discurso imperial de orden se debilitan o se refuerzan. Como se vio en el capítulo III, y se afirmó a lo largo de este estudio, la intencionalidad normativa está presente. El punto es que esta intencionalidad no siempre reclama un orden desde el mismo universo simbólico. Burton puede tener una mirada normativa cuando reconoce que el islam es como su propia casa.

El islam es, en esta instancia, una noción de orden tan fuerte como lo sería cualquier narración occidental. Su apego a cierta imagen ortodoxa en la interpretación del Corán refuerza este argumento.

La narrativa de Burton sería así un territorio donde diversas nociones de orden pugnan por imponerse. Aquí se han explorado dos de ellas, las de tiempo y espacio, desde la perspectiva de sus contenidos occidentales, porque el objetivo de este estudio fue mostrar cómo las certezas y la confianza que el narrador manifiesta respecto a su propia cultura son cuestionadas en el momento que es propuesta una lectura que se pregunta por los otros “textos” involucrados en el relato. En el capítulo III se ha visto lo que ocurría cuando esos “textos” se intersectaban con la mirada de Burton. La escritura de *Primeros pasos...* tiene dos características importantes: por un lado, es un factor de mediación de las narraciones del Este de África y la audiencia y, por otro, es el registro evidente de que esas narraciones no son totalmente domesticadas por las nociones de orden que el narrador intenta imponer sobre la gente y los paisajes, lo cual es algo concreto en la propia escritura de Burton. Él reconoció las zonas donde la hegemonía de su mirada se subvertía, aunque las dejara a un lado en relación con el “plan general” de la exploración y descripción de una región del este de África.

DISTANTES Y PRÓXIMOS

“Far away, so close” es la frase que mejor expresa los itinerarios de las miradas de Burton en el escenario del este de África. Hablar en plural es compartir la misma lógica de las tensiones, de las intersecciones de textos culturales. Significa también rechazar una concepción de la mirada que asuma a ésta como un hecho monolítico. En este texto se ha hablado durante breves momentos de las opciones políticas que lo alientan. La principal, sin lugar a dudas, es aquella que reclama la posibilidad de ejercer el acto de mirar y de escribir desde perspectivas heterogéneas. Eso incluye la crítica a las narraciones monolíticas y la reivindicación de poder hablar “desde afuera” del escenario en el que están implicados los actores. Estos dos temas son parte de una amplia discusión en las historiografías poscoloniales. En este estudio fueron puestas en juego para que funcionaran como un referente crítico ante las tentaciones que un discurso convencional provoca frente a la lectura de textos como *Primeros pasos*....

En otras palabras, una perspectiva heterogénea de lectura está mejor dotada para dar cuenta de los conflictos que constituyen esta narrativa. Incluso, permite situar las expresiones explícitas del autor, dichas en el contexto de una idea de homogeneización, en el ámbito de las luchas por imponer una narración sobre otra, desplazando el supuesto de que la victoria ya se ha obtenido desde el momento en que se enuncia una palabra “imperial”. La escritura de Richard Francis Burton sobre la expedición a la ciudad de Harar es un ejemplo de ello. La forma en que fue presentado el capítulo III responde a la idea de los contrapuntos, a la de los desequilibrios de una forma de mirar y de escribir que es capaz por momentos —sin desconocer su pertenencia al discurso imperial— de reconvertir espacios del relato en instancias de conflicto y de fuertes cruces, se podría decir de fuertes mezclas. Estas últimas son las señales visibles de que la inmunidad de los actores implicados en esa historia no es más que un deseo retórico. A su vez, es el mejor ejemplo de que las posibilidades de pensar este tipo de texto, en la esfera de las dualidades irreconciliables, se reducen cuando intervienen en la lectura conceptos como los de tensión e intersección.

El alejamiento y el acercamiento son dos momentos de las miradas de Burton en el este de África. En esa relación se resuelve casi toda la narrativa de *Primeros pasos...* La presencia de un movimiento, pero no en términos de oposición, entre esos dos factores es lo que sustenta este trabajo. En cierto modo, como se dijo antes, un proceso mimético, en términos metafóricos, se produjo entre el movimiento de la mirada de Burton y los conceptos que ordenan estas páginas. Cada momento del movimiento abre espacios para nuevas preguntas, como por ejemplo, cuáles son los resultados del cruce de narraciones en un lugar más amplio que el de la propia narrativa, es decir, cuáles son los resultados en lo que denominamos un discurso. Qué estatuto tienen nuestras propias miradas cuando estamos hablando en un territorio de múltiples mediaciones, las cuales son un lugar en sí mismas. Aquí, desde mi perspectiva, hay algunas sugerencias para futuras discusiones.

UNA NOTA BIOGRÁFICA ACERCA DE RICHARD F. BURTON

En una época conocida por sus férreas premisas sobre la sexualidad y por las estrictas divisiones de clases sociales, nació R. F. Burton. Eso ocurrió en 1821. La época en cuestión era la victoriana.

El ambiente en el que se crió Burton en cierta forma fue un preludio de lo que serían sus largos viajes por la India, Arabia, África oriental y occidental, Estados Unidos, Brasil, Paraguay y Argentina, entre otros. Su infancia transcurrió en distintos lugares de Europa, especialmente en Francia, pero también en Italia, Grecia, etc. Casi todos sus biógrafos coinciden en que en esta temprana edad Burton manifestaba ya una gran aptitud lingüística. En la adolescencia fue enviado a Oxford, donde durante un breve periodo se familiarizó con el árabe. Sus constantes críticas a las formas académicas del momento implicaron para él muchos problemas con las autoridades universitarias. A los dieciocho años abandonaba la universidad y se enrolaba en el ejército británico de la India. En ese momento comienza la larga historia de sus viajes y narraciones. Fue un participante más de lo que Rudyard Kipling denominó "la gran partida". Durante el tiempo que permaneció en la India escribió varios libros y tradujo otros. Los siete años durante los que sirvió al ejército en la India fueron la base para las más profundas transformaciones personales. Mientras que la mayoría de sus compañeros oficiales sostenían una actitud de desdén respecto a los idiomas y a las costumbres locales, Burton se compenetraba crecientemente con la vida del lugar. Brodie señala que una infancia caracterizada por la condición de extranjero implicó para él una fuerte impronta (1967: 49). Los constantes desplazamientos de su familia por Europa le habían hecho tomar

conciencia de lo que significaba vivir en culturas que no eran la de origen.

Fue en la India donde aprendió el indostaní y el persa, además del gujarati y el sánscrito. El conocimiento que adquirió de estas lenguas le permitió realizar los trabajos de traducción de varias obras.¹ A esta primera etapa de su carrera de explorador-viajero-escritor pertenece su trabajo sobre Sind (hoy provincia situada en Pakistán).

Los itinerarios que siguió Burton a partir de esta salida de Gran Bretaña son vastos y complejos. La permanencia, durante una parte muy prolongada de su vida, en los territorios imperiales hizo que, como se dijo en este estudio, fuera un habitante del imperio. Pero un habitante en el sentido más amplio del término, en tanto la familiaridad que adquirió con cada uno de los espacios que exploró y describió y con la gente que en ellos vivía no tiene parangón si lo comparamos con otros viajeros y exploradores contemporáneos suyos.

Arabia fue otro de los momentos centrales de sus viajes y de su narrativa. Éste es uno de los espacios geográficos y literarios más fecundos de la obra de Burton. La narrativa de su peregrinación a la Meca y a Medina fue el resultado de estos desplazamientos. En el mismo ámbito se inscribe el trabajo analizado en este estudio, *Primeros pasos...*, el cual es su primera narración sobre África.

Zanzíbar, la entonces Tangañica, y la región de los grandes lagos que exploró junto con John Speke,² Dahomey, fueron en líneas generales algunos de los caminos de Richard Burton por África.

Hay un periodo en el que visitó el oeste estadounidense. Sus recorridos y narraciones sobre el resto de América fueron muy amplios también. En la etapa en que actuó como cónsul británico en Brasil, narró en distintos escritos sus observaciones sobre ese país, Paraguay, Argentina y Chile.

¹ Un listado de las obras más importantes traducidas y escritas por R. F. Burton puede verse al final de esta nota.

² El recorrido por las fuentes del Nilo es uno de los momentos más dramáticos de la vida de Burton como explorador. De esta expedición nació una fuerte controversia con Speke, tanto pública como en el ámbito de la Royal Geographical Society, que fue señalada como una de las causas de la muerte de este último.

Al regresar de uno de sus viajes africanos, específicamente el que está documentado en *Primeros pasos...*, se casó con Isabel Arundell, una joven de origen irlandés y católica. Ella sería su compañera hasta los últimos días en Trieste, donde Burton actuó como cónsul británico. La relación de Burton con Isabel es un capítulo aparte de su biografía. En el contexto de las sanciones morales que en la época victoriana se imponían a todo lo relacionado con una sexualidad más abierta, la relación de Isabel y Richard era, al menos, particular. Burton fue acusado varias veces de atacar "las buenas costumbres" por sus traducciones del *Kama Sutra* o *Las mil y una noches*. Además, en sus escritos nunca se preocupó demasiado por desmentir su conocimiento de las artes amatorias de la India, por ejemplo; aunque también éste era un rasgo marcadamente orientalista de su escritura, en tanto explotaba los prejuicios que en la época se tenían en Europa respecto a las sociedades árabes e indias. Con todo, sus formas expresivas en torno a la cuestión sexual produjeron varios problemas en la relación con Isabel. Después de la muerte de Burton, su esposa quemó varios manuscritos en lo que pareció ser una censura póstuma.

Hasta su muerte, Burton se resistió a definirse como practicante de alguna de las religiones conocidas. Hacia el final de su carrera afirmaba con frecuencia que, de acuerdo con su experiencia, los hombres (y las mujeres, presumo) habían inventado las religiones para adorarse a sí mismos. Sin embargo podría decirse con seguridad que prefería un ambiente musulmán a uno cristiano. En ocasión de un periodo de reposo que pasó en Túnez, dijo: "Estar entre los musulmanes de nuevo es una especie de reposo para mí [...] El ambiente de la cristiandad me desmoraliza..." (cit. por Brodie, 1967: 321).

Burton murió el 20 de octubre de 1890 en Trieste.

TRABAJOS DE RICHARD F. BURTON

Este listado no comprende el total de las obras de R. F. Burton, que son más de setenta. Sólo se citan aquí algunas con el propósito de mostrar el carácter diverso y vasto de la obra de este autor.

- Goa, and the Blue Mountains; or, Six Months of Sick Leave*, Londres, Richard Bentley, 1851.
- Scinde; or, The Unhappy Valley*, 2 vols., Londres, Richard Bentley, 1851.
- A Complete System of Bayonet Exercise*, Londres, William Cloves and Sons, 1853.
- First Footsteps in East Africa; or, An Exploration of Harar*, Londres, Longman, Brown, Green, and Longmans, 1856.
- The Lake Regions of Central Africa. A Picture of Exploration*, 2 vols., Londres, Longman, Green, Longman, and Roberts, 1856.
- The City of the Saints and Across the Rocky Mountains to California*, Londres, Longman, Green, Longman, and Roberts, 1861.
- Wanderings in West Africa From Liverpool to Fernando Po*, 2 vols., Londres, Tinsley Brothers, 1863.
- The Highlands of the Brazil*, 2 vols., Londres, Tinsley Brothers, 1869.
- Vikram and the Vampire or Tales of Hindu Devilry*, adaptado por Burton, Londres, Longmans, Green, 1870.
- Zanzibar; City, Island, and Coast*, 2 vols., Londres, Tinsley Brothers, 1872.
- Two Trips to Gorilla Land and the Cataracts of the Congo*, 2 vols., Londres, Sampson Low, Marston, Low y Searle, 1876.
- Camoës: His Life and His Lusiads. A Commentary*, 2 vols., Londres, Bernard Quaritch, 1881.
- The Kama Sutra of Vatsyayana*, trad. R. Burton, Londres, impreso para la sociedad hindú Kama Shastra, 1883.
- The Book of The Thousand Nights and a Night*, 4 vols., trad. R. Burton, Londres, H. S. Nichols, 1897.
- Wanderings in Three Continents*, W. H. Wilkins (ed.), Londres, Hutchinson, 1901.
- The Kasidah of Haji Abdu El Yezdi a Lay of the Higher Law*, trad. R. Burton, Londres, Hutchinson, 1914.

BIBLIOGRAFÍA

- Abdullah, A. y Pakenham, T. Compton (1968), *Dreamers of Empire*, Nueva York, Freeport. Se publicó por primera vez en 1929.
- Achebe, Chinua (1959), *Things Fall Apart*, Nueva York, Fawcett Crest.
- Asad, Talal (1991), "Afterword: From the History of Colonial Anthropology to the Anthropology of Western Hegemony", en George W. Stocking, Jr., *Colonial Situations. Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*, Madison, The University of Wisconsin Press (History of Anthropology, vol. 7, pp. 314-324).
- Assad, Thomas J. (1964), *Three Victorian Travellers. Burton, Blunt, Doughty*, Londres, Routledge y Kegan Paul.
- Austin, J. L. (1979), *Philosophical Papers*, J. O Urmson y G. J. Warnock (eds.), Oxford, Oxford University Press.
- Avineri, Shlomo (ed.) (1969), *Karl Marx On Colonialism & Modernization. His Despatches and other Writings on China, India, Mexico, the Middle East and North America*, Nueva York, Anchor Books.
- Bakhtin, Mikhail (1981), *The Dialogic Imagination*, ed. Michael Holquist, trad. Caryl Emerson, Austin, University of Texas Press.
- Berman, Marshall (1986), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI.
- Bhabha, Homi K. (1983), "The other Question", *Screen*, núm. 24, pp. 18-63.
- (1990), *Nation and Narration*, Londres, Nueva York, Routledge.
- Brantingler, Patrick (1985), "Victorians and Africans: The Genealogy of the Myth of the Dark Continent", *Critical Inquiry*, núm. 12, pp. 166-203.
- Brodie, Fawn M. (1967), *The Devil Drives. A Life of Sir Richard Burton*, Nueva York, W. W. Norton.
- Bruns, Gerald L. (1982), *Inventions. Writing, Textuality, and Understanding in Literary History*, New Haven-Londres, Yale University Press.
- Burne, Glenn S. (1985), *Richard F. Burton*, Boston, Twayne Publishers.
- Burton, Richard F. (1964), *Personal Narrative of a Pilgrimage to al-Madinah & Meccah*, 2 vols., Nueva York, Dover.
- (1972), "A Trip to Harar", en Norman M. Penzer (comp.), *Selected Papers on Anthropology, Travel & Exploration*, Nueva York, Benjamin Blom, pp 65-86.

- (1987), *Primeros pasos en el Este de África. Expedición a la ciudad prohibida de Harar*, introd. Alberto Cardín, trad. Marta Pérez, Barcelona, Editorial Lerna.
- (1990), "First Footsteps in Eastern Africa", en John Hayman (ed.), *Sir Richard Burton's Travels in Arabia and Africa. Four Lectures from a Huntington Library Manuscript*, San Marino, Calif., Huntington Library, pp. 63-84.
- (1992), *Sindh and the Races that Inhabit the Valley of the Indus with Notices of the Topography and History of Province* (reimp.), Nueva Dheli-Madras, J. Jetley para Asian Educational Services. Se publicó por primera vez en Londres, W. H. Allen, 1851.
- (s.f.), *Supplemental Nights to the Book of the Thousand and One Nights*, vol. 6, Nueva York, Privately Printed, Burton Club.
- Cardín, Alberto (1987), "Introducción", en R. F. Burton, *Primeros pasos en el Este de África. Expedición a la ciudad prohibida de Harar*, trad. Marta Pérez, Barcelona, Editorial Lerna, pp. 9-14.
- Carr, David (1986), *Time, Narrative, and History. Studies in Phenomenology and Existential Philosophy*, Bloomington, Indiana University Press.
- Casada, James (1973), "The Motivational Underpinnings of the British Exploration of East Africa", *South Carolina Historical Association*, pp. 58-68.
- Clifford, James (1988), *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1992), "Traveling Cultures", en Lawrence Grossberg, Cary Nelson, Paula Treichler (comps.), *Cultural Studies*, Nueva York-Londres, Routledge, pp. 96-116.
- Colección de temas africanos, 10. *El concepto de poder en África*, Barcelona, Serbal, 1983.
- Davies, Robert (1991), *Warriors and Gentlemen: The Occidental Context of the Arabian Travel Narratives of Burton, Blunt and Lawrence* (tesis doctoral), Loughborough University of Technology.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1978), *Kafka. Por una literatura menor*, México, Ediciones Era.
- Derrida, Jacques (1976), *Of Grammatology*, trad. Gayatri Chakravorty Spivak, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- (1989), "...una de las virtudes más recientes..." Prólogo, en Cristina de Peretti, *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Barcelona, Antròpos, pp. 9-16.
- Fanon, Frantz (1972), *Los condenados de la tierra*, México, FCE.
- Foucault, Michel (1969), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI.
- (1970), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- (1984), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.
- Gates, Henry Louis Jr. (1993), "Beyond the Culture Wars, Identities in Dialogue", *Profession*, núm. 93, pp. 6-11.

- Gellner, Ernest (1993), "Edward Said y los dobles raseros en torno al imperialismo", *Debats*, núm. 45, pp. 23-27.
- Gikandi, Simon (1991), *Reading Chinua Achebe. Language and Ideology in Fiction*, Londres, J. Currey (Studies in African Literature, New Series).
- Graham, Edward D. (1983), "The 'Imaginative Geography' of China", en Warren I. Cohen, *Reflections on Orientalism, Edward Said, Roger Bresnahan, Surjit Duali, Edward Graham and Donald Lammers*, East Lansing, Asian Studies Center, Michigan State University, pp. 31-43.
- Hale, Thomas A. (1990), *Scribe, Griot, and Novelist. Narrative Interpreters of the Songhay Empire*, Gainesville, Center for African Studies, University of Florida.
- Hamberland, E. (1992), "The Horn of Africa", en B. A. Ogot (ed.), *General History of Africa*, vol. V, Berkeley, University of California Press, pp. 703-749.
- Iggers, Georg G. y James M. Powell (eds.) (1990), *Leopold von Ranke; and the Shaping of the Historical Discipline*, Syracuse, Syracuse University.
- Jitrik, Noé (1977), "El Facundo, la gran riqueza de la pobreza", en Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, pp. IX-LIV.
- Kernan, Michael (1990), "Richard Burton, a Man for All Ages Except his Own", *Smithsonian*, vol. 20, núm. 11, pp. 127-144.
- Krupat, Arnold (1992), *Ethnocriticism, Ethnography, History, Literature*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press.
- Lammers, Donald (1983), "Taking Japan Seriously, Some Western Literary Portrayals of the Japanese During the Climax of Their National Self-Assertion (c. 1905-c. 1945)", en Warren I. Cohen, *Reflections on Orientalism, Edward Said, Roger Bresnahan, Surjit Duali, Edward Graham and Donald Lammers*, East Lansing, Asian Studies Center-Michigan State University, pp. 45-62.
- Lane, Edward William (1908), *The Manners and Customs of the Modern Egyptians*, 3a. ed., Londres, J. M. Dent.
- Lawson, Hilary (1989), "Stories About Representation. Introduction", en Hilary Lawson y Lisa Appignanesi (eds.), *Dismantling Truth. Reality in the Post-Modern World*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 129-130.
- Laye, Camara (1989), *L'enfant noir*, Paris, Plon.
- Leed, Eric J. (1991), *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*, Nueva York, Basic Books.
- Lupton, Kenneth (1979), *Mungo Park, the African Traveler*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press.
- Maass, John (1960), "The Image of the White Man in the Art of Other Races", *Horizon*, vol. 3, núm. 1, pp. 15-29.
- Matveiev, V. V. (1984), "The Development of Swahili civilization", en D. T. Niane (ed.), *General History of Africa*, vol. IV, Berkeley, University of California Press, pp. 455-480.

- Mauny (1970-1972), "Le Soudan occidental a l'époque des grandes empires", en *Histoire générale de l'Afrique noire. De Madagascar, et des archipels*, vol. I, París, Presses Universitaires de France, pp. 185-203.
- McLynn, Frank (1990), *Burton, Snow upon the Desert*, Londres, John Murray.
- Medeiros, François de (1985), *L'Occident et l'Afrique; XIII-XV siècle*, prefacio de Jacques Le Goff, París, Karthala.
- Moravia, Alberto (1972), *Which Tribe Do You Belong To?*, trad. Angus Davidson, Nueva York, Farrar, Strauss y Giroux.
- Mudimbe, V. Y. (1988), *The Invention of Africa. Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge*, Bloomington, Indiana University Press.
- Musallam, Basim (1979), "Power and Knowledge", *Merip Reports*, núm. 79, pp. 19-26.
- Niane, Djibril Tamsir (1973), *Sundiata, An Epic of Old Mali*, trad. G.D. Pickett, Londres, Longman.
- Osborne, Peter (1993), "Después del orientalismo. Entrevista con Edward Said", *Debats*, núm. 45, pp. 27-37.
- Ouloguem, Yambo (1971), *Bound to Violence*, Oxford, Heineman.
- Pandit, Pallavi (1990), *Orientalist Discourse and Its Literary Representations in the Works of Four British Travel Writers, James Morier, Alexander Kinglake, Richard Burton and Gertrude Bell*, tesis doctoral, Pennsylvania State University.
- Pratt, Mary Louise (1982), "Conventions of Representation, Where Discourse and Ideology Meet", *Georgetown University Round Table on Languages and Linguistics*, Washington, D.C., pp. 139-155.
- (1992), *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres-Nueva York, Routledge.
- Reader, W. J. (1964), *Life in Victorian England*, Londres, B. T. Batsford.
- Rice, Edward (1992), *El capitán Richard F. Burton*, Madrid, Siruela.
- Robinson, Ronald y Gallagher, John (1981), *Africa and the Victorians. The Official Mind of Imperialism*, con Alice Denny, Londres, MacMillan.
- Romer, L. F. (1989), *Le Golfe de Guinée, 1700-1750; récit de ..., marchand d'esclaves sur la côte ouest-africaine*, trad., introd. y notas de Mette Dige-Hess, prefacio de Emmanuel Terray, París, Harmattan.
- Said, Edward (1978), *Orientalism*, Nueva York, Random House.
- (1985), "Orientalism Reconsidered", *Race & Class*, vol. 27, núm. 2, pp. 1-15.
- (1989), "Representing the Colonized, Anthropology's Interlocutors", *Critical Inquiry*, núm. 15, pp. 205-225.
- (1990), *Orientalismo*, Madrid, Libertarias/Prodhufi.
- (1993), *Culture and Imperialism*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Salim, A. I. (1992), "East Africa, The Coast", en B. A. Ogot (ed.), *General History of Africa*, vol. V, Berkeley, University of California Press, pp. 750-775.
- Seaver, George (1957), *David Livingstone. His Life and Letters*, Londres, Lutterworth.

- Senghor, Léopold Sédar (1977), *Liberté III. Négritude et civilisation de l'universel*, París, Seuil.
- Sivan, Emmanuel (1985), *Interpretations of Islam. Past and Present*, Princeton, Darwin.
- Souchou, Yao, "The Predicament of Modernity and Mahathir's Rage, Mass Media and the West as Transcendental Evil" (en prensa).
- Spurr, David (1993), *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*, Durham-Londres, Duke University Press.
- Starkie, Enid (1989), *Arthur Rimbaud*, Madrid, Siruela.
- Stewart, Susan (1991), *Crimes of Writing. Problems in the Containment of Representation*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- Theroux, Paul (1978), *The Old Patagonian Express*, Boston, Houghton Mifflin.
- Thompson, Francis Michael L. (1988), *The Rise of Respectable Society; a Social History of Victorian Britain, 1830-1900*, Cambridge, Harvard University Press.
- Thompson Klein, Julie (1992), "Text/Context, The Rhetoric of the Social Sciences", en Richard Harvey Brown (ed.), *Writing the Social Text. Poetics and Politics in Social Science Discourse*, Nueva York, Aldine de Gruyter, pp. 9-27.
- Tyler, Stephen (1986), "Post-Modern Ethnography, From Document of the Occult to Occult Document", en James Clifford y George Marcus (eds.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, pp. 122-140.
- Van Orman, Richard A. (1984), *The Explorers. Nineteenth Century Expeditions in Africa and the American West*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Viera, Carol (1982), "The Black Man's Burden in Anticolonial Satire", *CLA Journal*, núm. 1, pp. 1-22.
- White, Hayden (1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós.
- Woolgar, Steve (1989), "The Ideology of Representation and the Role of the Agent", en Hilary Lawson y Lisa Appignanesi (eds.), *Dismantling Truth. Reality in the Post-Modern World*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 131-144.
- Worton, Michael y Still, Judith (eds.) (1990), *Intertextuality. Theories and Practices*, Manchester, Manchester University Press.
- Zane, Kathleen J. C. (1984), *Paradigms of Place in Travel Literature; the Oriental Voyages of Nerval, Burton, Kinglake, and Chateaubriand* (tesis doctoral), City University of New York.

El viaje de la escritura. Richard F. Burton y el este de África
se terminó de imprimir en abril de 1996
en los Talleres de Cromocolor, S. A. de C. V.,
Miravalle 703, col. Portales, 03300 México, D. F.
Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.
Tipografía y formación a cargo del Programa
de Autoedición de El Colegio de México.
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones.

Centro de
Estudios de
Asia y África

Imponer un orden parece una tarea ardua; sin embargo, muchas instancias de la superficie textual remiten a ámbitos acotados en el escenario de representaciones que un orden determinado permite. Este trabajo es justamente el análisis de uno de los intentos de imposición de uno de esos órdenes en los territorios del África del este en el siglo XIX: la narrativa de *Primeros pasos en el este de África. Una exploración a la ciudad prohibida de Harar*.

Implica también, y fundamentalmente, una estrategia de lectura que intenta recuperar para nuestra mirada los espacios menos visibles de esta narrativa. En este sentido, la perspectiva política que guía este trabajo se asienta sobre la sospecha de una serie de afirmaciones implícitas y explícitas.

En principio hay aquí una crítica a la idea de las dualidades entre el mundo de los narradores y el mundo de los "narrados", sin que se pretenda establecer la posición de los discursos "locales" respecto a la mirada orientalista.



EL COLEGIO DE MÉXICO

ISBN-978-968-12-0693-2

